

LA MATANZA DE “LO CAÑAS”



LA MATANZA

DE

LO CAÑAS

POR

Jorge Olivos Borne



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA BARCELONA

86 — SANTO DOMINGO — 86

1892

A la juventud chilena,

Que tantas pruebas de patriotismo dió en la
última gloriosa contienda, dedica este humil-
de homenaje

EL AUTOR

Santiago, abril de 1892.





DOS PALABRAS

ESTE libro no es propiamente una obra histórica. Destinado á salvar del olvido la memoria de aquellos generosos jóvenes que rindieron en aras de la patria tiranizada sus nobles existencias, y que la posteridad glorifica ya con el nombre legendario de *Los mártires de «Lo Cañas»* confía á la bondad de su propósito y al patriotismo de los chilenos el éxito desu intento.

En su primera parte traza los perfiles de ese nefando crimen, y en la segunda procura dibujar las figuras de sus juveniles víctimas. Inspiradas ambas en documentos de actualidad absolutamente auténticos, emanados de diversas fuentes, y en relaciones de testigos presenciales, creemos que ofrecerán un cuadro en lo posible completo del terrible drama y sus protagonistas.

Cualquiera otra pluma habría llenado sin duda esta misión mejor que la nuestra; pero el silencio que han guardado á ese respecto nuestros conciudadanos, nos ha hecho temer que el tiempo llegue á cubrir con su lápida inconmovible aquel acon-

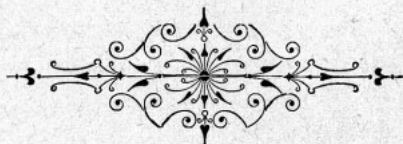
tecimiento y sus hombres, ahogando su memoria, sin que nadie intente salvarla del olvido.

Y ante esta idea, hemos sentido dobladas nuestras fuerzas.

El público dirá si nuestra presunción nos ha arrastrado muy lejos, ó si hemos conseguido alcanzar el mínimo de nuestro intento.

Válganos en todo caso nuestra lealtad y el objetivo de nuestras vistas.

J. O. B.





LA MATANZA DE “LO CAÑAS”



PRIMERA PARTE

DOS LÍNEAS DE HISTORIA

I

La hecatombe

QUE REPARÁBASE ya la brillante estrella de la libertad, asilada desde Pozo Almonte en las hospitalarias playas de Iquique, para ir á romper las cadenas de los oprimidos hijos del Sur; sus bravas legiones corrían presurosas á las filas al són del clarín guerrero; sus altivos estandartes tremolaban al viento, y las velas de sus naves, infladas por las brisas, conducían presurosas la redención de la patria esclavizada.

El tirano, desde su tétrica guarida veíala llegar, y con ella el fin de su reinado de terrores y crímenes. La veía abalanzarse sobre él, triunfante y vengadora, y sus ojos, extraviados por el miedo y los remordimientos, buscaban anhelantes un camino de huída que lo condujese á la impunidad, mientras su cerebro coordinaba una despedida horrible, un rastro sangriento digno de su odio.

Como el tigre que, sintiéndose herido de muerte, trata entre los estertores de su agonía de reunir sus fuerzas para asestar á su temerario matador la última dentellada, así Balmaceda, al sentir bambolearse su espúreo trono, levantado merced á tantas miserias é infamias, supo arrojar al pecho de sus contrarios el último de sus emponzoñados dardos: la matanza de «Lo Cañas».

Y en efecto, el último reto, la última puñalada clavada en el pecho de la sociedad chilena, dignos fueron del que holló las leyes y las instituciones de su patria; del que amordazó á sus conciudadanos sonriente y provocativo; del que no dejó fuero que no pisoteara, derecho que no quebrantara, ni reputación que no escarneciera.

Con «Lo Cañas», Balmaceda se manifestó en la plenitud de sus sanguinarios instintos, en el apojeio de sus cualidades de tirano.

Mediaba agosto, y la sociedad santiaguina, desde algún tiempo aletargada, comenzaba á sacudir sus dudas de salvación á la noticia de la llegada próxima de los heroicos libertadores del norte.

Sabido era de todo el mundo que bajo los execrados pendones de la Dictadura militaban cerca de

treinta y cinco mil malos chilenos, ó infelices atados á la cadena del servilismo por el miedo ó por la fuerza; la Junta Revolucionaria, con su reducido ejército de diez mil hombres, no podía, con probabilidades de éxito, emprender ataque alguno contra tan numerosa banda de enemigos. De acuerdo con el Comité Revolucionario de Santiago, la Junta de Iquique resolvió entonces impedir la concentración del ejército dictatorial, operación que se creyó muy fácil, pues todo se reducía á cortar dos ó tres puentes. Desgraciadamente, las primeras intentonas salieron fallidas, y Balmaceda, que hasta entonces había descuidado los puentes, cambió pronto de sistema, haciéndolos custodiar por numerosas guarniciones que tenían la consigna terminante de «dar bala á todo aquel que se acercase al puente sin permiso».

El mal éxito de estas empresas consternó profundamente á los revolucionarios, pues no se les ocultaba que, pudiéndose operar fácilmente la concentración en un solo punto de toda ó de la mayor parte del ejército dictatorial, el del Congreso sería poco menos que impotente para emprender ataque serio sobre cualquiera de las provincias centrales de Chile. Por otra parte, la noticia de la próxima llegada de los poderosos cruceros *Presidente Pinto* y *Presidente Errázuriz*, buques que debían influir mucho en las operaciones navales, vino á hacer más aflictiva la situación: no sería ya la Revolución la señora de los mares; desde entonces, tendría que disputar su dominio al Dictador.

En virtud de estas consideraciones, la Junta de Iquique resolvió atacar cuanto antes á la Dictadura en el centro mismo de sus recursos; y el Comité de

Santiago, secundando ese propósito, decidió destruir los puentes y telégrafos, es decir, impedir la reunión y comunicaciones de los diferentes cuerpos del ejército de Balmaceda, que se encontraban diseminados en varias provincias.

Al efecto, el Comité de Santiago, fiado en el patriotismo nunca desmentido de la juventud santiaguina, hízola el día 16 de agosto un supremo llamamiento de ayuda en algunos de sus miembros, llamada que fué oída y contestada con todo entusiasmo, poniéndose los jóvenes inmediatamente en acción.

El plan del Comité de Santiago consistía en cortar los puentes de Maipo y Angostura, con lo cual se impediría la reunión de las divisiones de Santiago y Valparaíso con la de Concepción, que juntas habrían elevado las fuerzas de la Dictadura á veintiséis ó treinta mil hombres.

Á ese fin, desde el 17 de agosto ¹⁸⁹² numerosos jóvenes de las más respetables familias y honrados artesanos comenzaban á hacer sus preparativos para dirigirse al cercano fundo «Lo Cañas», propiedad de don Carlos Walker Martínez, uno de los miembros del Comité Revolucionario. Debían ir en pequeñas partidas, por distintos senderos, escogiendo sobre todo los caminos estraviados ó poco frecuentados. Ochenta y cuatro fueron las personas que se reunieron en el sitio indicado, entre jóvenes y artesanos.

Conocidas de toda la sociedad, palpitantes en todos los corazones las horribles escenas de que fué teatro el lugar escogido por los expedicionarios como centro para sus operaciones, no ensayaremos describirlas de nuevo; no haremos más que reproducir aquí

la relación que de ellas hizo en su último número *El Heraldo*, periódico de Santiago que burló constantemente la vigilancia de los agentes de la Dictadura en el luctuoso período de la tiranía, y al cual cupo el insigne honor de mantener ardiente en los corazones patriotas la fe en el triunfo y en la regeneración política y social del entonces desgraciado Chile. Esa relación se redactó en vista de las declaraciones de actores y numerosos testigos presenciales de los hechos.

Dice *El Heraldo*:

«Á mediados de agosto, todos supimos cuán desgraciadas anduvieron las diferentes expediciones organizadas con el objeto de cortar puentes y telégrafos. Los corazones patriotas palpitaban de zozobra por el resultado final de una próxima batalla. Impedir que se reunieran las diferentes divisiones del ejército de Balmaceda era asegurar de antemano el triunfo de las fuerzas constitucionales; y el deber de los hombres libres, en este caso, era hacer un último sacrificio por la salvación de la patria. Los directores de la Revolución, en Santiago, así lo comprendieron, é hicieron el día 16 un llamado á varios jóvenes para que organizaran una montonera que cortase los puentes del Maipo y Angostura en la noche del 19 de agosto ó impidiese de algún modo que en esos días estuviera la línea férrea ó telegráfica expedita.

«Á pesar de que para nadie dejaba de ser la empresa muy peligrosa y difícil, hubo mucho entusiasmo, y ya en la tarde del 18 se encontraban reunidos sesenta jóvenes y veinte artesanos cuyos nombres damos á continuación, en la falda de la cordillera, en un lugar-

cito llamado «Panul», perteneciente al fundo de don Carlos Walker:

- « Ramón 2.º Irarrázaval,
- « Luis Zorrilla,
- « Ignacio Fuenzalida,
- « Luis S. Valenzuela,
- « Guillermo Varas,
- « Daniel Zamudio,
- « Zenón Donoso,
- « Vicente 2.º Borne,
- « Arsenio Gossens,
- « Joaquín Cabrera,
- « Arturo Vial,
- « Carlos Flores,
- « Ismael Zamudio,
- « Manuel Campino,
- « Juan M. Martínez,
- « Pablo Acuña,
- « Luis Correa,
- « Mateo Silva,
- « Nicomedes Salas,
- « Manuel Guajardo,
- « Rosario Astorga,
- « Manuel Mesías,
- « Arturo Barrios,
- « Demetrio González,
- « Jovino Muñoz,
- « Desiderio Escobar,
- « Juan Cruzat,
- « Marcelino Pinto,
- « Bonifacio Salas,

« Manuel Roldán,
« Nicanor Valdivia,
« Pedro Torres,
« Aquiles Arreos,
« Miguel Hernández,
« Juan Reyes,
« Gregorio Pinto,
« Santiago Bobadilla,
« Wenceslao Aránguiz,
« Isaías Carvacho,

que encontraron alevosa muerte en manos de los viles
soldados de San Martín;

« Arturo Undurraga,
« Rodrigo Donoso,
« Edualdo Silva V.,
« Ernesto Bianchi Tupper,
« Pío 2.º Cabrera,
« Eduardo Salas O.,
« Adán Federico Alliende,
« Jorge Zamudio,
« Emilio Pedregal,
« Eduardo Pedregal,
« Roberto Rengifo,
« Manuel Fuenzalida,
« José Francisco Guzmán,
« Manuel Carrasco B.,

y trece artesanos, cuyos nombres no hemos podido
obtener, y que felizmente lograron escapar.

«Las armas eran muy escasas. Sólo veinticinco,

entre rifles y carabinas con municiones y dinamita, se habían podido trasportar ese día, debiendo llegar con las últimas partidas de jóvenes el resto del armamento.

«Entretanto, con la ayuda de algunos oficiales, comenzaron á organizarse militarmente, reconociendo como jefe al señor Arturo Undurraga, y dividiéndose la fuerza en cuatro compañías, cada una respectivamente al mando de los señores Rodrigo Donoso, Eduardo Silva, Ernesto Bianchi y Antonio Poupin. La guardia debía turnarse cada dos horas, tocando hacerla en ese tiempo á una compañía entera. Mandaron también avanzadas á algunos puntos y pusieron centinelas fijos en otros. Los demás jóvenes se ocupaban en repartir las armas, preparar la dinamita, etc., acompañando todos esos trabajos conversaciones alegres y entusiastas, y recuerdos de las familias. Así se encontraban todos hasta las 11 de la noche, cuando poco después, la alarma, dada por un toque de corneta, vino á poner á prueba el sistema de vigilancia que habían establecido, como asimismo la sangre fría de cada cual.

«Inmediatamente, con orden y con calma, salieron todos á caballo y se retiraron un poco más arriba de la cordillera, á un lugar donde podían sin cuidado observar á las fuerzas enemigas. Las avanzadas dieron luego la voz de que era gente amiga, y volvieron todos al campamento, donde investigaron del corneta la causa de haber producido la alarma anterior. El corneta pareció ser inocente y que sólo había obrado á impulso de su mal criterio. Con esto la calma volvió pronto al campamento, donde redoblaron la vigilan-

cia y prepararon diversas comisiones para haciendas vecinas. Varios jóvenes se dirigieron á las casas del fundo con el objeto de esperar las últimas partidas de hombres y las armas, y también para hacer los preparativos de una próxima marcha. Entre ellos se encontraban el comandante, el capitán Bianchi y otros. Á las dos de la mañana llegaron varios artesanos al mando de don Santiago Bobadilla.

«Las primeras avanzadas de la expedición estaban listas y debían ponerse en marcha á las cuatro de la mañana, dirigiéndose á haciendas vecinas al puente de Maipo. En preparativos transcurrió el tiempo hasta las tres y media de la madrugada. Á esta hora debía cometer el tirano Balmaceda el más grande y el último de sus crímenes. En efecto, una avanzada vino á avisar á los jóvenes que se encontraban en las casas de la hacienda, que fuerza enemiga se acercaba. Casi junto con el aviso apareció á poca distancia de las casas fuerza de infantería desplegada en guerrilla. El señor Ignacio Fuenzalida alcanzó, sin embargo, á escapar de esta sorpresa, y á todo galope se dirigió á «Panul» á avisar á sus compañeros. Los otros jóvenes quisieron huír también hacia «Panul»; pero los enemigos ya habían ocupado los caminos y los obligaron con varias descargas á volverse á las mismas casas, donde hicieron una débil resistencia. En este pequeño tiroteo resultaron heridos algunos jóvenes, huyendo los demás hacia el huerto, donde, al saltar una muralla, cayeron todos presos. Poco después Undurraga, Bianchi y otros compraban á los soldados por dinero la libertad, y huían en dirección de la cordillera á juntarse con los demás compañeros. Entre-

tanto que esto sucedía en las casas del fundo, el señor Fuenzalida avisaba en «Panul», y los jóvenes montaban á caballo y se dirigían á los caminos poco conocidos de la cordillera.

«Era natural; los jóvenes sólo habían tenido aviso de que subían fuerzas á atacarlos. Pero como nunca falta gente criminal, alguien había facilitado baqueanos, y todos los caminos poco conocidos y arrancadas estaban ocupados por fuerzas enemigas. Los Cazadores, Húsares de Colchagua, 8.º de línea, artillería, policía rural y secreta, formaban una especie de círculo para cortar toda retirada. Los jóvenes se vieron obligados á hacer una débil resistencia en grupos separados, y trataron á toda costa de salir del círculo de fuerzas enemigas que los envolvía. Algunos cayeron muertos ó heridos; otros, prisioneros; otros lograron salir; otros se escondieron en los matorrales. Después de esto, que sucedía entre cuatro y seis de la mañana del día 19 de agosto, comenzaron los asesinatos más horribles. Si se divisaba á un joven que huía, se ordenaba á los soldados darle una carga de caballería y hacerle descargas cerradas hasta que caía hecho pedazos á sablazos y acribillado de balas. Los oficiales y soldados recorrían como fieras los cerros; buscaban en los matorrales, donde hacían descargas por si acaso había alguien escondido. Á las diez del día cesaban las continuas descargas y comenzaban á recoger los heridos para transportarlos á una casita que hay en Panul. Aquí se juntaron los heridos con algunos jóvenes y artesanos que habían caído prisioneros. Inmediatamente, San Martín y otros oficiales hicieron listas de los prisioneros, separando á los jóvenes de los artesanos. Sin

distinguir á los que estaban heridos, dió orden de llevarlos junto á unos álamos, donde fueron cruelmente maltratados y asesinados. Los oficiales, como aves de rapiña, se dejaron caer sobre los cadáveres y los despojaron de todo lo que llevaban, hasta dejarlos desnudos. Con algunos heridos que encontraron en los mataderos, cometieron toda clase de crueldades hasta dejarlos convertidos en cadáveres. En seguida principiaron su obra de destrucción, quemando todas las casas del fundo, sacando antes lo que podía serles útil.

«A las tres de la tarde aprovecharon las inmensas hogueras de los edificios incendiados para quemar unos cuantos cadáveres. Á los demás prisioneros los iban á traer á Santiago. Como en la mitad del camino recibieron los jefes que conducían á los mártires, orden de volverlos al fundo del señor Walker, donde se reunieron unos cuantos oficiales y los condenaron á muerte.

«Entretanto, Vidaurre, San Martín, etc., no quisieron que quedaran en paz los jóvenes que al día siguiente debían ser asesinados. Principiaron por llamarlos uno por uno y maltratarlos para que dijese dónde se encontraba el señor Walker y confesase quiénes eran los jefes que tenían. Con el que más se encarnizaron fué con el señor Wenceslao Aránguiz, á quien dieron doscientos azotes y lo ultimaron de la manera más cruel.

«Es de advertir que al señor Aránguiz y al señor Arturo Vial, San Martín les había prometido les libraría de la pena de muerte con tal que á él y no á otro oficial le dieran toda la plata. Reunió como cinco mil pesos, fuera de las alhajas.

«En la noche el cuadro era el más triste que se puede figurar. Un campo iluminado por grandes incendios; diez jóvenes heridos y maltratados que con resignación esperaban ser asesinados; otros jóvenes ocultos en los matorrales, algunos á treinta metros de sus compañeros prisioneros; un cuarto lleno de mujeres que Vidaurre, San Martín y otros habían mandado buscar; grupos de soldados que bebían aguardiente sacado de la bodega del señor Walker. El chisporroteo del fuego se mezclaba con el grito de las mujeres y con los ayes de dolor de los prisioneros maltratados, y de vez en cuando se oían chascarros y risas de los oficiales y soldados borrachos...

«Al día siguiente fueron asesinados diez jóvenes más y quemados sus cuerpos cuando todavía les quedaban minutos de vida».

Saciados, tal vez, sus rencores; apagada quizás, su sed voraz de exterminio, el sanguinario Dictador, por conducto de su esbirro Barbosa, ordenó que los muertos fuesen transportados inmediatamente á Santiago, y expuestos en la Morgue para que fueran reconocidos por sus deudos ó parientes, medida que se hizo innecesaria, pues que la mayor parte de los cadáveres se encontraban en completo estado de carbonización.

Y no se tache esta relación de exagerada; ella es nada en comparación de la realidad. Deseosos de averiguar la verdad, hemos interrogado á la mayor parte de las personas que pudieron presenciar más ó menos de cerca este horrible atentado contra la humanidad; el más espantoso, el más friamente premeditado de todos los crímenes de ese período de luto y desgracia

que se llamó la Dictadura. Apelamos al testimonio escrito de algunos servidores de ella; apelamos al sentimiento de todos cuantos sienten latir en su pecho una sola fibra de generosidad, para preguntar si no tienen, como nosotros, la convicción, la íntima convicción de que «Lo Cañas» ha sido mil veces peor que el más horrible asesinato que registra la historia. «Lo Cañas» sería la negación absoluta de humanidad en el hombre, si hombre, y no fiera, hubiese sido el que la mandó ejecutar; «Lo Cañas» será para la posteridad lo que han sido para la historia las persecuciones de los cristianos y el incendio de Roma por Nerón.

La realidad de lo sucedido en esa noche, que podemos llamar *Noche triste del 19 de agosto*, supera con mucho á la relación que de ella hemos hecho más arriba.

Prometimos invocar el testimonio de algunos servidores de Balmaceda, y lo cumplimos, insertando á continuación una carta fechada en los Andes el 1.º de septiembre de 1891, y dirigida por el ex-subteniente de Guardias Nacionales don Alejandro Miniño Castillo al señor Director de *El Porvenir*. En ella verá el lector que al decir nosotros que la relación dada por *El Heraldo* de Santiago no es siquiera un pálido bosquejo de lo que sucedió, no pecábamos absolutamente de exagerados.

«Andes, 10 de septiembre de 1891

«SEÑOR DIRECTOR DE «EL PORVENIR»

“Santiago

«En su estimable diario, número 5,426, de fecha 10 del actual, hace V. figurar mi persona entre los asesinos de la horrible matanza ó carnicería que manos de avezados criminales llevaron á cabo en «Lo Cañas». No pudiendo, bajo ningún punto de vista, aceptar se toque mi honorabilidad, y mucho menos que el público me juzgue de asesino, sin tener á la vista siquiera un proceso ó datos plenamente fundados, me permito, señor Director, suplicar á V. tenga á bien publicar la siguiente narración, ya que, entre otros inocentes, se me hace figurar.

«Mi nombre es Alejandro Miniño Castillo, subteniente de Guardias Nacionales Movilizadas; no fuí ni pertenecí jamás al Estado Mayor del general Barbosa, y sólo fuí agregado á la Comandancia General de Armas de Santiago, donde me ocupé todo el tiempo como escribiente.

«El día 18 del mes de agosto próximo pasado, según se dijo en la tarde en el patio de la Comandancia, se había denunciado la existencia de una montonera, mas no supe dónde; pero sí vi alistarse al comandante Alejo San Martín y al comandante Cortés para salir. Yo me retiré á mi casa á las cinco ó cinco y media de la tarde, hora de costumbre, sin que hasta ese momento tuviera más datos.

«Al otro día, 19, me fuí á la oficina á las once A. M., hora de asistencia. Pocos minutos después de las doce y media ó una P. M. fuimos sorprendidos por la noticia, que trajo un oficial, á quien no conocía, y dijo: «Que en «Lo Cañas», fundo de propiedad de don Carlos Walker Martínez, habían sorprendido una gran «montonera, y que se había trabado un recio combate, resultando varios heridos y muertos». Como era natural, esta falsa noticia despertó en el ánimo de todos el deseo de llegar luego al supuesto campo de batalla.

«Mucho me costó conseguir permiso de mi jefe, señor don Ricardo Castro, y entre muchos que fuimos, sólo nos llevó la curiosidad, como asimismo por ver si había caído algún deudo, ya de las filas de las supuestas montoneras, ó de las fuerzas de Balmaceda. En efecto, nos pusimos en marcha, más ó menos, á las tres de la tarde. Fuera de Santiago, por el camino que conduce á «Lo Cañas», encontramos al comandante Alejo San Martín, que regresaba á Santiago á la cabeza de un piquete de caballería como jefe victorioso. Al ver á San Martín, lo detiene uno de los que iban en el carruaje, y pregunta por lo ocurrido. San Martín, mostrándonos su criminal espada, nos indicó que había tenido necesidad de colocar en la guarnición de ella un pañuelo de seda para poderla sostener; y, en efecto, lo llevaba hasta ese momento; que yo y varios, al verlo, nos estremecemos, sin imaginarnos que algo más horroroso íbamos á ver cuando llegáramos al famoso campo de batalla.

«San Martín, al mismo tiempo de mostrarnos la espada, nos señala con un dedo de su mano derecha

una gran columna de humo, é interrogado por mí sobre su contenido, me dijo con cara risueña *que eran hornos de fundición* y que allí había tenido lugar la refriega, diciendo en seguida que eran las casas del señor Walker Martínez, que las había incendiado él.

«Continuamos nuestra marcha en carruaje; y poco después encontramos varios jóvenes que eran conducidos presos á Santiago.

«Como á las cuatro y media ó cinco llegamos al patio del fundo del señor Walker Martínez. No encontramos demostraciones de haber habido tal combate, y sí encontramos varios soldados de Cazadores, á quienes me dirigí, preguntándoles dónde había tenido lugar el ataque. Á esta pregunta se miraron unos á los otros y me contestaron como con sorpresa:

—«¿Qué ataque, señor?

—«El que se dice que ha habido.

—«¡No hay tal cosa, señor!

«Ya mi imaginación se preocupaba demasiado, y se me puso que aquello no había sido sino una verdadera carnicería; nada había sucedido en las casas principales del fundo, sino como á una legua más al interior, á donde no me atreví á ir, por lograr de interrogar á varios soldados que no tenían jefe y que me dirían la verdad de lo ocurrido; en efecto, hice que me relataran lo sucedido, que en su mayor parte está conforme con lo que á mí me relataron las ocho últimas víctimas del fiscal y vocales que compusieron el corrompido é ilegal Tribunal.

«Lo que me relataron los soldados de Cazadores fué:

—«Señor, no ha habido combate ninguno.

—«¿Qué es lo que ha ocurrido?

—«Todas las fuerzas partimos de Santiago á las doce de la noche del día de ayer, llegando á los cerros como á las dos de la mañana de hoy; se nos hizo avanzar por los cerros como para cortarle la retirada al enemigo. Húsares de Colchagua debía cortar la retirada al lado sur, y el piquete de infantería del 8.º de línea debía avanzar de frente en el momento del ataque.

—«¿Á qué hora se había convenido atacar?

—«Se nos dijo que cuando estuviera bien claro, ó antes, si rompían los fuegos. Estaba muy oscuro todavía cuando sentimos una descarga, pero de muy pocos tiros, que creo fué contestada por otra que después se dijo que la había hecho el piquete del 8.º

—«En resumidas cuentas ¿se trabó el combate ó nó?

—«Nó, señor, porque se dijo que varias personas que hicieron fuego se fugaron y andaban á caballo.

—«¿Ustedes no vieron cuántos eran?

—«Nó, señor, porque la noche estaba muy oscura.

—«Después de los disparos ¿qué hicieron ustedes?

—«Nos hizo seguir el comandante San Martín sobre aquella casa que está en la quebrada (señalándome con el dedo la que está cerca de Cordillera) y ahí encontramos varios jóvenes que dormían tranquilos y que sólo fueron sorprendidos por nuestras cabalgaduras: como asimismo entró el comandante á la pieza y principió á dar de hachazos.

—«¿Viste tú cuántos jóvenes cayeron por la espada del comandante?

—«Nó, señor; pero vi á un joven muerto y con la cabeza partida en dos partes.

—«¿Qué otra cosa ocurrió?

—«¡Ah, señor! luego después principia el comandante á sacar jóvenes de la pieza y conducirlos á distintos lugares, y los hacía fusilar. También hizo fusilar á dos cerca del corredor, de donde los jóvenes que llevaban prisioneros para Santiago los alcanzaban á ver y sentían los tiros.

—«¿Y es todo?

—«Sí, señor; y también el mismo comandante incendió las casas.

—«Y los jóvenes ¿opusieron resistencia?

—«Nó, señor.

—«¿Estaban armados?

—«Sí, señor, algunos tenían revólvers sin tiros.

—«¿Tenían otras armas?

—«Sí, señor, como quince ó veinte, entre carabinas Remington y rifles; pero todas estaban sin balas.

—«¿Entonces no tenían balas?

—«Sí, tenían; pero no estaban ahí, y cuando incendiaron las casas sentimos varios tiros. (Efectivamente, sentí yo mismo varias detonaciones de cartuchos).

—«¿Qué otra cosa tienes que contarme?

—«Nada más, señor; esto es todo.

«Toda la concurrencia siguió hasta el mismo horrible y desgraciado lugar, y quedamos en las casas principales el mayor Manuel Escala, creo también don Antonio Braga y el redactor de *El Recluta*, no presenciando ninguno de éstos las preguntas anteriores, porque visitaron el fundo en distintas direcciones; y yo tampoco habría podido interrogar á los Cazadores estando ellos presente, por creerlo comprometente para mí.

«Estando ya para ponerse el sol, se subieron á un

carruaje Allende y Braga, y partieron para Santiago. Yo me quedé ahí hasta que toda la gente volviera de la quebrada ó del lugar de la matanza.

«Estaba ya oscureciéndose: regresa toda la gente, y luego después llegan al patio de la casa las ocho víctimas del día 20, ó, más bien dicho, los ocho jóvenes que habíamos encontrado poco afuera de Santiago y que iban en calidad de prisioneros. Luego se dijo que los volvían á «Lo Cañas» por orden del general Barbosa, quien dicen que dijo (1) *que no quería tener prisioneros, y que los volvieran para que se cumpliera lo que de antemano se había ordenado.*

«Una vez que el que se había nombrado presidente del Tribunal, don José Ramón Vidaurre, reconoció á los ocho jóvenes, y observó en ellos la inocencia que era natural, dijo «que á él le parecía que esos jóvenes «no debían ser fusilados»; hicieron observaciones contrarias los vocales y el fiscal, y sin embargo de esto último, el señor Vidaurre hizo ó redactó una nota para Balmaceda, en la que le decía que, según su opinión, no debería fusilarse á esos ocho jóvenes; á más, le inserta en la nota los nombres de esos ocho jóvenes, diciéndole que ellos no han opuesto resistencia alguna. Por otra parte, le indicaba el coronel Vidaurre que ahí los juzgarían y levantarían el proceso, y que en caso de que el fiscal y vocales optaran por aplicarles la pena de muerte, ésta no debía llevarse á cabo sino después de consultarse. Á esto contestó Balmaceda *que en el momento se fusilaran, sin consultarse la reso-*

(1) Textual.

lución, y que no quería saber quiénes eran los jóvenes; que después sabría.

«En la noche del 19, después de volver de Santiago el mayor Escala, que fué quien llevó la nota al Presidente, principió á funcionar el que por sarcasmo llaman Tribunal. Toman declaración á los jóvenes. Sus declaraciones son las más inocentes: sólo tenían el pecado de encontrarse en ese lugar de desgracia para ellos, de ser opositores á la administración Balmaceda, y tratar de prestar sus servicios á la causa constitucional.

«Estos desgraciados, según me lo dijeron, habían llegado el 18 en el día y tarde á «Lo Cañas», y el 19 al amanecer fueron atacados, y asesinados varios compañeros.

«Toda la noche la pasé con ellos; mas, como ya sabían la criminal resolución del fiscal y vocales, les ofrecí papel y lápiz para que, si se encontraban con fuerzas, se despidieran de sus familias. Varios aceptaron, siendo el que suscribe portador de un papel del joven Carlos Flores para su señor padre don Máximo Flores, el que entregué á unas señoritas sobrinas de este caballero, no sin que antes les suplicara me hicieran el servicio de no entregarlo á conocimiento del público, porque el general Barbosa había ordenado no se entregase nada á la familia de esos jóvenes. El día 20 por la mañana, á las seis tres cuartos A. M., fueron fusiladas las últimas ocho víctimas de Balmaceda, fiscal y vocales. Al que habla, con el mayor Escala, no nos permitían nuestras fuerzas presenciar el fusilamiento, y nos retiramos fuera de la propiedad del señor Walker Martínez, oyendo sí la descarga, la que

nos hizo estremecer, como habría hecho estremecer al hombre de corazón de fiera, y nó al criminal ó criminales que lo presenciaron.

«Entre los que figuran en las diferentes listas como asesinos, aparecen varios que no han tomado parte alguna ni han estado en «Lo Cañas», como ser el teniente Arturo Ramírez, que aseguraría no estuvo, ni tampoco las víctimas le entregaron papel. Quizás á este joven lo equivocan con el teniente Enrique Baeza, á quien le entregaron papel y no sé qué objetos que me consta no entregó, cumpliendo con la orden del general.

«Los ocho jóvenes comieron y bebieron por mi mano, porque se me ordenó me hiciera cargo del rancho para tropa y señores oficiales; y á las víctimas, que debía de ser más tarde, las atendí como era de mi deber, ya que para esos desdichados no había piedad.

«Algo que partió el corazón á muchos, fué el hecho que todos á una voz pidieran un sacerdote para confesarse, y que se retardara una ó dos horas su ejecución, á lo que contestó el fiscal y vocales *que no tenían para qué, y que murieran como buenos soldados.*

«La fuerza que tomó parte fueron cincuenta y cinco soldados de Cazadores, treinta y cinco soldados de Húsares de Cochagua y cuarenta soldados del regimiento Chillán, 8.º de línea.

«Creo suficiente lo expuesto para que el público suspenda el mal juicio que á mi respecto pudiera haberse formado. Me considero con la conciencia limpia, y en cualquier momento estoy dispuesto á comparecer ante los Tribunales de Justicia ó militares:

jamás rehusaré mi presencia, aunque se me llame particularmente. Hoy mi residencia está señalada en Los Andes, por lo que pido á la persona ó personas que de mí deseen obtener algunos datos sobre «Lo Cañas» se dirijan allí, pues estoy dispuesto á servirles.

«Esperando de V., señor Director, el servicio de insertar la narración anterior, quedo á las órdenes de V.

«J. A. MINIÑO CASTILLO.»

Crímenes sin nombre que el sombrío Dictador ponía en conocimiento de su abyecto Ministro Bañados Espinosa, por medio del telegrama siguiente:

«19 de agosto de 1891

«MINISTRO BAÑADOS

Concepción

«Anoche fuerzas del Gobierno atacaron montoneras de Santiago en fundo de Carlos Walker, que llegaban á ochenta ó cien jóvenes. La montonera fué hecha pedazos.

«BALMACEDA».

¡Horrendas escenas, que la infame que se atrevía á llamarse prensa detallaba con el más soez y repugnante entusiasmo! ¡Prensa sacrílega, que usaba insultar la memoria de esos mártires con epítetos de taberna, sólo á la altura de sus degradados plumarios!





II

La prensa dictatorial

É aquí los editoriales que traía *La Nación* el día 19 de agosto, y que reproducimos con pesar, sólo para dar una idea de aquellos hombres y del lenguaje que llenaba aquellas horribles páginas, escritas con la hiel de las pasiones, impregnadas del odio más ruin:

«Obras de imbécil

« Yo quedo aquí, prestando el empuje de mi inteligencia y el esfuerzo de mi brazo á los acontecimientos; yo quedo aquí, en donde soy necesario, en medio del polvo de la lucha! »

« Así escribía Carlos Walker Martínez á la Argentina, demostrando con ello que la revolución tenía dos cabezas, una visible en Iquique, otra invisible en

Santiago. Aquella es la Junta de Gobierno revolucionaria, y esta, es el mismo Walker.

« Debemos, pues, rendir pleito-homenaje al brazo y á la inteligencia de este caudillejo, y atribuir á él todo lo que ha sucedido, desde las famosas cintas rojas de las mujeres, hasta las alarmas y travesuras de los despoblados en la línea del ferrocarril, el cruzamiento de los telégrafos, sin interrumpirlos, etc. etc.

« Pasma tanta habilidad y tanta energía de acción. Asombra ver un caudillo revolucionario, escondido tal vez en la celda de algún fraile, dirigiendo los movimientos de sus fantoches, para ridiculizar más y más todavía una causa desprestigiada ya ante el país y ante el mundo, y que si se prolonga, es en virtud del robo más descarado que se haya efectuado en época alguna por los aventureros de la política, á todo un país.

« Si ya hemos analizado en otra ocasión lo que son al desnudo los revolucionarios chilenos, lo que son sus caudillos, juzgados por sus propias obras; lo que significan las doctrinas de los unos, las creencias de los otros, la hipocresía y el fanatismo de tantos y tantos exaltados, Judas, Caínes de su propia Patria y de su propia conciencia, nos queda analizar lo que llaman estos hombres, como Carlos Walker, el empuje de su inteligencia y el esfuerzo de su brazo.

« Nunca se ha caracterizado mejor el revolucionario chileno, desde el 7 de enero hasta la fecha, que en este último tiempo, y en especial en la persona de Walker Martínez, la cabeza invisible de Santiago.

« Nada lo pinta mejor que aquel famosísimo personaje de *La Marsellesa*, el beato San Martín.

«En realidad, un *buen hombre*, muy devoto, muy cristiano, muy suplicante. Un infeliz que se moría de miedo ante cualquiera situación crítica; que ofrecía ayunos y disciplina para librarse de la muerte ó de la guerra; que anhelaba el convento, con sus soledades tranquilas, ó el amparo de la *Marquesa* para guarecerse de los estallidos de la demagogia.

«Y sin embargo, como los acontecimientos rodaron y los trastornos se sucedieron, dejó el beato San Martín su levitón y su peluca, su sombrero de teja y su rosario, se vistió una camisa burda, se ciñó el sable y el gorro revolucionario y se convirtió de repente y por obra de encanto, en el terrible é imponderable *ciudadano Nerón*.

«Y tanto asombro causa al héroe su transformación, y tanto le admira su poder, que exclama sincerísimamente:

«Señor, si seré un gran hombre,
sin haberlo conocido...»

«Hé ahí al tipo del famoso Carlos Walker, su imagen, su semejanza más perfecta en la tierra, con la diferencia de que Nerón siquiera desafiaba al público al través de su disfraz, y el Nerón conservador se esconde bajo la tierra, y aquél no tenía tan grandes, ni tan terribles bigotes como éste.

«Todo el mundo podrá comprender que nada hay más ridículo que el cobarde, ni nada tampoco más sanguinario y bajo que el cobarde, por cuanto se encuentra protegido por las sombras y esgrime *heróicamente* las armas que maneja con tanta limpieza, la

traición del asesino pagado, contra la víctima indefensa.

«Las bravatas del beato San Martín, conservador chileno, son conocidas en la historia: cuando se exalta, parece una pantera que olfatea sangre, y quisiera ver convertido en sangre el mundo entero. Toma todos los giros del descamisado, habla de muerte y de exterminio, traza imágenes fúnebres de la República y de la libertad, se hace conducir en brazos de poblados sospechosos, y, en una palabra, adopta el tono, la actitud, el gesto y la ferocidad de Nerón.

«Pero cuando se trata del hecho, de la prueba, del peligro, huye y se esconde como rata cobarde, en el albergue del monasterio, ó recurre al disfraz que le procura la astucia de las mujeres.

«Y es por eso que este campeón, como la tortuga en su concha, sólo saca la cabeza del escondite cuando se encuentra en la soledad, en medio de la noche, ó en el silencio sepulcral de su celda.

«Sin embargo, la soledad y el silencio exaltan la fantasía de nuestro beato, y al revés de lo que sucedía al de la Marsellesa, que soñaba con el altar y entonaba el *Kyrie*, nuestro caudillejo concibe planes y formidables ataques, escribe órdenes, alista ejércitos, prepara operaciones bélicas, sitia á Santiago, se lo toma, proclama el triunfo y llega hasta la Moneda, en donde se sienta orgulloso con todo el esplendor de la victoria.

«Y esto que pasa entre él y las paredes de su desnuda celda, sale al día siguiente y se reparte como orden imperiosa, resultando que todas las mujeres se rodean la muñeca con una tira roja, los pijes se calan

la corbata lacre, y los dispersos en las llanuras de las haciendas asaltan los machones de los puentes del ferrocarril, creyéndolos tal vez gigantes encantados.

«La locura agita todas las mentes, enervadas por el placer de una revolución que era el sueño dorado de los que siempre mordieron el polvo del desprecio público. Pero todo es anónimo, todo es cobarde, todo es el resultado de la ineptitud de los jefes y de la imbecilidad de los soldados.

«Sin embargo, como aquella es la realización del pensamiento del famoso beato conservador, como aquello es el empuje de su inteligencia y el esfuerzo de su brazo, manifestación innegable de la inspiración divina que robustece el espíritu del señalado por Dios para trastornar á Chile, los frailes y los clérigos revolucionarios se encargan de transmitir al público *creyente* las inspiraciones, y de mantenerlo en continua exaltación, hasta que la oculta Pitonisa vuelva á pronunciarse otra vez.

«La contemplación de esas secretas interioridades causa la profunda risa del desprecio. Pero así se concibe que anden á la par y por vías paralelas, las retumbantes expediciones libertadoras del ejército revolucionario, con las terribles asonadas de los maricones de Santiago. Así se concibe que vengan á un mismo tiempo las formidables invasiones de Canto y Urrutia, con la plaga de langostas que invadirá en la capital las casas particulares, la Moneda y todos los establecimientos públicos. Y así se concibe también quemientras los santísimos, justos y patriotas varones que componen el Gobierno de Iquique roban descaradamente todo el dinero que cae en sus manos, y cir-

culan papeles sin valor alguno para esquilmarse al país y á los particulares, los ocultos y encubiertos directores de Santiago se den al demonio, porque se les alcanza que mañana aquellos tomarán las de Villadiego, dejándolos con un palmo de lengua, mientras ellos tendrán que soportar todo el peso de la justicia y de la miseria.

«Ya basta de farsas, de maricones y de muñecos. Si todo les ha fracasado y el pueblo les ha vuelto la espalda, como á los quiltrillos rabiosos que molestan al transeúnte, no aumenten todavía la enorme responsabilidad del crimen que han de pagar con sangre.

«Ó si aun se encuentran capaces de sentir valor, preséntense de una vez al combate y prueben que defienden una causa.

«Pero no estén llenando el mundo con sus fanfarronerías, con sus ejércitos y con sus mentiras, ni haciendo tanto alarde de *los empujes de inteligencia y de los esfuerzos del brazo, ni del polvo de los acontecimientos.*

«Y el beato San Martín, conservador chileno, déjese de representar el papel de Nerón oculto, y tomar la trágica actitud de pantera, porque puede ser que cuando menos lo piense reciba una lección que lo escarmiente, por imbécil, á pesar de sus disfraces y de los sacerdotes criminales que lo protegen.»





III

La prensa constitucional

MAS, no sigamos pasando en revista escritos como esos, que repugnan á nuestra cultura; abandonemos ese terreno que amenaza envenenar con sus mefíticas exhalaciones; huyamos de ese cuadro horrible de rencores, de ignominias y de rastreras pasiones. Volvamos nuestra vista á la luz, á la gloria; miremos hacia los memorables campos de Concón y la Placilla; miremos la lucha, la sangrienta refriega; oigamos los gritos de triunfo; saludemos los estandartes del orden y la ley.

Como Codro, aquel generoso rey de Atenas que salvó con su vida la libertad de su pueblo, los mártires de «Lo Cañas» con el holocausto santo de las suyas debían necesariamente darnos el triunfo.

Los aguerridos escuadrones de que hacía gala el Dictador, deshechos quedaron al empuje de un puñado de valientes; esos estandartes, cuyos bordados de oro deslumbraban, pisoteados fueron por las cabalgadu-

ras de los heroicos vencedores. Cayó la tiranía, triunfó la libertad; y los nombres de los que supieron morir mártires en aras de la patria, recogidos fueron é inscritos en el libro de oro de nuestra historia; esos nombres queridos, cobardemente insultados por los plumarios del Dictador, fueron y serán pronunciados desde entonces con respeto y veneración por sus conciudadanos agradecidos.

La prensa, esa prensa que supo defender con entereza nuestros fueros de hombres libres, ocupó sus páginas de honor en tributar un homenaje de admiración y cariño á la memoria de los jóvenes héroes.

Habríamos querido insertar aquí todo lo que sobre «Lo Cañas» ha dicho; pero hemos de contentarnos con los artículos siguientes:

Dice *La Unión*:

«El detalle más sangriento de estas últimas convulsiones de la tiranía agonizante, y al mismo tiempo la página más negra y más horrorosa del despotismo que ha tenido sumido durante ocho meses en un mar de lágrimas á nuestro querido Chile, ha sido el crimen nefando perpetrado el 18 del actual, á unos pocos pasos de Santiago, en el fundo «Lo Cañas».

«Los anales de la historia no recuerdan actos de crueldad y salvajismo semejantes á los que allí se ejecutaron con más de cuarenta jóvenes de las más distinguidas familias de Santiago, honra y esperanza de la patria.

«Ni aun entre las tribus bárbaras, se ha visto nunca lo que con aquella flor de la juventud santiaguina se hizo por orden de Balmaceda.

«Hay en aquel cuadro de sangre y de horror tales detalles, que es imposible describirlos.

«Durante los días que precedieron al 18 de agosto se habían puesto de acuerdo unos ciento cincuenta jóvenes para secundar al ejército constitucional en su acción, una vez que llegase á Valparaíso. El 17 se reunieron casi todos en el fundo «Lo Cañas», con el propósito de apoderarse de Santiago, caso que la guarnición lo abandonase para atacar al ejército constitucional.

«Desgraciadamente, no faltó un delator, un miserable, un alma ruin y cobarde, un canalla, (que ha pagado ya con su vida la delación), el cual impuso al Dictador de lo que ocurría.

«Inmediatamente comenzó á tomar éste las medidas del caso, y á las dos de la mañana hizo despachar para el vecino fundo setenta y cinco soldados de caballería con otros tantos de infantería, que eran llevados á la grupa por aquéllos.

«Al amanecer se acercan cautelosamente á las casas del fundo, y antes que los jóvenes se apercibiesen del asalto, fueron saludados con una descarga cerrada disparada por toda la tropa, que había rodeado completamente los corredores, patios y huerta de la casa. Los jóvenes apenas tienen tiempo para resistir un instante el alevoso asalto, y luego después, encontrándose completamente perdidos y al ver que ni siquiera se les intimaba rendición, sino que se trataba únicamente de ultimarlos del modo más cobarde y miserable, emprenden la fuga, cada cual del modo que ve más fácil y expedito.

«Don Arturo Undurraga Vicuña, joven ingeniero,

sale el primero en unión de otros doce ó quince compañeros. Creyendo que el dinero habría de conseguir lo que no pudieran la humanidad y la justicia, saca de sus bolsillos un rollo de billetes y los ofrece á los soldados en precio de su libertad. Los venales instrumentos del dictador aceptan la oferta, y el joven Undurraga puede escapar junto con los compañeros que lo seguían.

«Por otras puertas salían al mismo tiempo otros grupos de jóvenes; pero éstos, desgraciadamente, no tuvieron la misma fortuna de los anteriores. Al frente de ellos aparece un individuo de aspecto patibulario, que da inmediatamente la voz de *¡Fuego!* y recomienda á sus soldados que no deben seguir otra consigna que la de «descuartizar á los futres canallas.» Este era un ayudante de Barbosa, Alejo San Martín. Á la primera descarga caen seis ú ocho de los jóvenes. Al ver esto, los que quedaban dentro de la casa comprendieron que no les quedaba otro recurso que abrirse paso á viva fuerza, y, revólver en mano, se precipitaron á escape hacia el interior del fundo. En la retirada quedaron más de quince en el campo, cinco ó seis de ellos heridos y diez ó doce prisioneros. Los heridos fueron inmediatamente ultimados á bayonetazos y sablazos, sus cadáveres mutilados y quemados.

«Los prisioneros eran conducidos á Santiago por el camino de Pirque algunas horas más tarde. Antes de llegar á su destino, se recibe contra-orden por disposición de Balmaceda y Barbosa, para que se les devuelva al teatro mismo de los sucesos y allí se les fusile inmediatamente. Así se hace en efecto, sin que

procediera formalidad alguna de proceso y sin que se guardara con las víctimas ni siquiera la menor de las consideraciones que se toman con los más infames criminales. Pero los viles instrumentos del tirano no se satisfacen con ejecutar ciegamente la orden recibida, sino que se ensañan con los ajusticiados, como pudieran haberlo hecho las hienas más feroces.

«El joven Wenceslao Aránguiz Fontecilla, administrador del fundo, antes de ser ejecutado fué sometido al más atroz suplicio. Se le amarró á un árbol y comenzóse por darle de sablazos para que confesase el punto donde se encontraba oculto don Carlos Walker Martínez. Como insistiese en responder que nada sabía, se le quebrantaron las piernas á golpes, y en seguida se le aplicó parafina ardiendo que lo quemara lentamente. En medio de sus dolores, Aránguiz pedía con toda la fuerza de su voz que lo matasen de una vez. En lugar de conseguirlo, recibía por respuesta de los inicuos verdugos, palabras de escarnio y de mofa. No menos de tres cuartos de hora de suprema angustia hubieron de transcurrir para que el joven Aránguiz pudiera encontrar en la muerte un alivio á su indecible tormento.

«Los cadáveres de los demás muertos sirvieron á aquella turba de aves de rapiña para solaz y entretenimiento por muchas horas. Algunos cuerpos eran cortados por mitad y suspendidos en seguida por cordeles de las ramas de los árboles, en medio de una algazara general. Los bustos de otros eran colocados sobre los bancos de los corredores y allí les picoteaban los ojos con la punta de las bayonetas, les cortaban la lengua, las orejas ó la nariz.

«Más tarde, la mayor parte de los cadáveres fueron quemados en una hoguera.

«Excusado es decir que los relojes y otras prendas de valor que las víctimas llevaban consigo fueron botín abundante para los bandidos.

«Al día siguiente los cadáveres fueron trasladados al cementerio de Santiago, donde costó inmenso trabajo á los deudos reconocerlos.

«La indignación que este crimen sin nombre produjo en la sociedad fué espantosa, no encontrando excusa ó atenuación ni siquiera entre los pocos partidarios del tirano.

«Con él se colmó la medida de la justicia, y no transcurrieron cuarenta y ocho horas sin que la sangre inocente de tantas víctimas fuese ámpliamente vengada en el campamento de Concón.

«¡Paz eterna sobre la tumba de los esforzados jóvenes que han sido un holocausto sangriento ofrecido en aras del más puro patriotismo!»

Y *El Porvenir*, del 7 de septiembre:

«El temor de turbar las alegrías patrióticas de nuestras primeras horas de libertad con la nota más lúgubre de la dictadura, nos había impedido cumplir con el deber de consagrar un recuerdo á los mártires de «Lo Cañas» y de depositar en su temprana tumba un tributo de cariño y de lágrimas como expresión del sentimiento público.

«Pasados los primeros estallidos del entusiasmo patriótico y restablecida la calma de los espíritus, llega el momento de apreciar en su horrible magnitud el más grande y el más inútil de los crímenes con

que la dictadura puso sello de sangre á su funesta dominación. Importa en gran manera que la historia recoja este crimen y lo transmita á las generaciones venideras como una muestra de lo que fué la tiranía de Balmaceda y como el más completo justificativo de los que emprendieron la tarea patriótica de derrocarlo.

«Un hecho basta á veces para retratar á un hombre y darse cuenta cabal de las cualidades de su alma. El crimen de «Lo Cañas» es uno de esos hechos reveladores; y aunque Balmaceda y sus cómplices no hubiesen desatado un río de sangre y de lágrimas en el corazón de la República para ahogar en él todas las manifestaciones de la libertad y del patriotismo, bastaría el bárbaro asesinato consumado con lujo de crueldad en cien víctimas inocentes, para adquirir la persuasión de que vino á la vida con el alma de un monstruo y con el corazón de un leopardo.

«Un puñado de jóvenes, de los cuales pocos pasaban de veinte años, habían concebido el proyecto de prestar su concurso patriótico á la causa de la revolución, que era para ellos, como para el país entero, la causa de la libertad, de la justicia y del derecho. Ya que no habían tenido la fortuna de formar en las filas del ejército constitucional, deseaban ayudarlo contribuyendo con sus esfuerzos al logro de la victoria. No sabemos cuál era su plan de operaciones; lo único que sabemos es que con el ardimiento generoso de la edad juvenil, habían comenzado á ponerlo en práctica reuniéndose en el fundo de «Lo Cañas» bajo la dirección de un valiente capitán del ejército.

«Los animosos adalides empezaban á reunirse en su improvisado campamento y se sentían felices en-

tre las abruptas breñas de los cerros, porque había llegado la hora tan deseada de hacer en aras de la patria esclava algunos generosos sacrificios. Allí estaban dispuestos á todo, viendo llegar á cada momento á nuevos compañeros que iban á engrosar sus filas, y á afianzar en sus almas magnánimas la esperanza de que aquel ejército, formado entre las asperezas de la sierra, podría llevar útil contingente á los libertadores de la patria.

«Dios acogería sin duda esos patrióticos anhelos y bendeciría aquella resolución de sacrificarse por su patria sin tener en vista otro interés que el de servirla. Habían dejado en la víspera sus hogares y en ellos á sus madres desoladas, que acaso presentían que el camino de «Lo Cañas» era camino de la muerte. Habían dejado la casa paterna con la alegría del que va á una fiesta, sabiendo que las comodidades y regalos del hogar habían de cambiarse en privaciones y penalidades. Sabían aún que sus vidas tan bellas y tan caras iban á correr riesgos inminentes; y antes de la fatal partida purificaron sus conciencias y se confortaron, como los antiguos mártires, con el pan que hace héroes de los seres más débiles y desvalidos.

«¡Quién hubiera podido detenerlos! El ojo incansable del espía dictatorial había sorprendido aquella heroica resolución y llegó á oídos de Balmaceda, que había hecho de la delación el arma más poderosa de la dictadura. Y á favor de las sombras de la noche salió de los cuarteles de Santiago un grueso destacamento de infantería y caballería para ir á sorprender como malhechores en su guarida, á un puñado de conspiradores de quince años. Dormían éstos el sue-

ño profundo de las últimas horas de la noche, cuando la voz de alarma les advierte que habían sido sorprendidos. No tenían más que veinte rifles, y toda la resistencia era inútil, porque la salvación era imposible. Y en efecto, rodeados por todas partes por una fuerza diez veces superior, cayeron casi todos en manos, nó de sus enemigos, sino de sus verdugos. Los sayones dictatoriales, ufanos de su fácil triunfo, creyeron hacerse dignos de grandes recompensas si en vez de unos cuantos niños prisioneros, llevaban á su amo los cadáveres de sus víctimas, bárbaramente inmoladas. Y allí mismo y por la sola orden de un militarillo inhumano fueron fusilados diez jóvenes de nuestra más distinguida sociedad. Para ultimar á los demás se formó al día siguiente un tribunal irrisorio, sin investidura legal, que llevaba orden de Balmaceda de fusilar sin piedad. Y ese tribunal, compuesto de fieras, creyó que la muerte rápida de las balas era una pena demasiado benigna para castigar el crimen de unos cuantos niños indefensos que deseaban cooperar con sus esfuerzos generosos al restablecimiento de las instituciones patrias. Y con una inhumanidad verdaderamente salvaje, los martirizaron con tormentos inauditos que la pluma se resiste á describir. ¡Dignos ministros de una dictadura que intentó mantenerse por el terror y que fatigó el brazo del verdugo!

«Ninguna consideración fué bastante para salvar á las víctimas: eran jóvenes arrastrados por la impetuosidad generosa de la edad risueña de la vida; pertenecían en su mayor parte á las familias más respetables de la capital, y su muerte iba á dejar muchos hogares desolados y muchos corazones inconsolables;

eran prisioneros de guerra que en todo pueblo civilizado son tratados con benignidad; era menester averiguar el grado de la culpabilidad de cada uno en los tribunales establecidos por las leyes, porque en ninguna sociedad regularmente organizada se puede disponer de la vida de los ciudadanos sino por causas legales y por tribunales legítimos: el delito de las víctimas era apenas una tentativa de conspiración que distaba mucho para llevarse á efecto, y que en ningún país del mundo habría sido castigado con el tormento, con la hoguera y con la muerte.

«Nada pudo detener el brazo de los asesinos, nada consiguió despertar un eco de piedad ó un sentimiento de justicia en el corazón de acero del tirano; ni siquiera se acordó de que era padre para calcular por sus propios sentimientos la hondura de la herida que iba á abrir en el corazón de muchos padres. Los tiranos no tienen corazón: la naturaleza parece haberles negado toda fibra generosa y delicada; no conocen más emociones que las del crimen, ni sienten en el alma otro amor que el de su poder.

«El asesinato de los mártires de «Lo Cañas» hizo rebosar el vaso de la justicia divina.

«El mismo día en que derramaba en medio de la consternación del país la pura sangre de esos mártires, desembarcaba en nuestras costas la expedición libertadora que derrumbó el trono de la tiranía en el momento en que Balmaceda lo creía más firmemente asegurado. Y hoy arrastra en las sombras una existencia cargada de crímenes y manchada de sangre y condenado á un suplicio más terrible que la misma muerte.

« ¡Sangre generosa de los mártires de «Lo Cañas»
tú has salvado á la patria!»

Pero, no sólo los periodistas han consagrado los arranques de sus plumas á lamentar la pérdida de aquellas preclaras vidas, tronchadas en todo al albor de su juventud; también los poetas han hecho vibrar por ellas las más sentidas notas de sus liras, en elegías llenas de lúgubre tristeza; en odas en que rugen á veces toda la indignación, toda la cólera de que rebosan los pechos honrados al recuerdo del sangriento drama de «Lo Cañas,» con el cual la éra de crímenes nefastos llamada Dictadura colmó la medida que Dios le había señalado para saciar sus excesos, como en otro tiempo al gobierno de Labinito, aquel vicioso rey de Babilonia.

Á continuación reproducimos la parte titulada «Lo Cañas» del hermoso poema *La Dictadura* del señor Manuel A. Hurtado:

«Lo Cañas

.....

« En tanto que la Escuadra sus huestes redentoras
impávida aproxima de firme á batallar,
del monstruo abominable las iras destructoras
los genios infernales aumentan sin cesar.

« La sed de alevosías su pecho desenfrena,
frenético se agita de sangre en un raudal,

«Lo Cañas» patentiza su espíritu de hiena,
su vértigo y locura, su instinto criminal.

« ¡La juventud ardiente de Chile asesinada!
¡Oh Dios! ¿cómo pudiste mirar aquel horror
sin que en el mismo instante tu cólera sagrada
la vida no extinguiera del pérfido opresor?

« Jamás, jamás pudieran los ecos de mi lira
pintar el cuadro horrible de bárbara crueldad;
aquel rencor sin nombre que su ruindad inspira,
aquel odio salvaje y atroz ferocidad.

« El alma empedernida del mísero malvado
del pueblo no atendía las voces de dolor,
de madres angustiadas el ¡ay! desesperado
del padre los sollozos, ni el fúnebre clamor.

«Del monstruo inexorable las órdenes cumplieron
estúpidos sicarios, matando sin piedad
á niños indefensos que heroicos perecieron
al cielo alzando el grito de *¡Patria y Libertad!*

« El ángel que discierne las glorias del civismo
formóles con sus alas magnífico dosel,
y al ver de tanto mártir el sacro patriotismo
ornó sus puras frentes con su mejor laurel.

«¡Espíritus sublimes de honor inmaculado!
¡oh manes generosos! mi pensamiento oíd:
Ó Chile no es el Chile glorioso del pasado,
ó logrará vengaros, ó morirá en la lid.

«Teatro ha sido América de crímenes fatales,
que siempre de su historia los fastos mancharán;
mas ¡ay! como esta infamia no cuentan sus anales
y acaso semejante sus ojos no verán.

«La humanidad ha sufrido violencias y crueldades
que graban de los tiempos las horas de baldón,
y el crimen de «Lo Cañas» quizás en las edades
será ignominia eterna del suelo de Colón.

«Relámpagos de sangre que surcan por la esfera
parece que anunciaran de Chile el deshonor.
¡Ay Dios! óigalo el mundo: ¡la felonía entera
es sólo del perjurio, del cínico traidor!

«Mi patria encadenada, del monstruo en ese instante
no pudo con su daga partir el corazón.
¡Oh! lance el mundo entonces, cual rayo fulminante,
sobre esta sierpe infesta su justa execración.

«¿Qué numen, Balmaceda, qué numen maldecido
con odios del infierno tu mente enloqueció,

que en furia vergonzosa te deja convertido,
en furia que á mi patria de lágrimas cubrió?

«Mil siglos que vivieras en dura penitencia
no borrarías nunca tu crimen infernal:
tu juez y tu verdugo sería tu conciencia
si el alma no tuvieras de estúpido chacal.

«Jamás en esta vida levantarás la frente
sin que las sombras veas de víctimas gemir,
y á toda voz honrada ¡salvaje delincuente!
escucharás en Chile tu nombre maldecir.

«¡En brazos de tu culpa prosigue tu camino,
que el sol de la venganza bien pronto alumbrará!
¡Tal vez en el cadalso que aguarda al asesino
tu frente envilecida sangrienta rodará!»

.....

Y sin embargo, hemos oído á algunos llamar *corazonada de niños* á ese heroico sacrificio; calificarla de *imprudencia sin fin práctico* á otros menos severos; hemos oído decir que ni siquiera sabían los jóvenes el objeto de su reunión; que la montonera no tenía pies ni cabeza; etc., etc.

Y como prueba de algunas de estas aseveraciones se traen á colación los triunfos de Concón y la Placilla, conseguidos sin necesidad de destruir puentes ni telégrafos.

Así es el siglo. La empresa que no llega al resultado que se proponía es una empresa loca y descabellada; la montonera de «Lo Cañas», por consiguiente, tenía que ser apellidada de igual manera.

Y no obstante, está en la conciencia de todo el mundo que el ejército constitucional no habría desembarcado si sospecha siquiera que las comunicaciones entre las divisiones de Santiago, de Valparaíso y de Concepción estaban libres. Su triunfo fué debido á su arrojo, á su temerario valor, nada más, pues todas las circunstancias estaban en su contra.

—Pero, agregan algunos, si la montonera estaba tan bien organizada como se dice ¿cómo pudo ser descubierta en el momento mismo en que debía entrar en acción?

¿Cómo? Porque en el siglo XIX, como en todos los tiempos pasados, como en todos los tiempos futuros, no faltan traidores.

Que hubo traición en «Lo Cañas» es lo cierto. Lo confirma el hecho de estar ocupados por los soldados de San Martín los senderos de la montaña, por donde la montonera debía operar su retirada. Y adviértase, que para encontrar dichos senderos es preciso ser un *baqueano*, un perfecto conocedor de esos terrenos; y los soldados de San Martín no estaban en aptitud de serlo. Por lo demás, podríamos nombrar á las personas señaladas por la voz general como delatores y traidores; pero preferimos no hacerlo, pues si habláramos nos engolfaríamos en una bien enojosa cuestión que, hoy por hoy, vale más no menear. Tiempo habrá de hacerlo.





IV

El castigo

SEA como fuere, la sociedad, herida en lo más caro de sus afecciones; la sociedad, trémula de cólera ante tan espantoso crimen, no debía contentarse con ayes y lamentos: era necesario que los malvados no quedasen impunes, era necesario que la espada vengadora de la justicia cayese implacable sobre la cabeza de los asesinos.

Acatando esa necesidad, una vez cimentado el orden público, se encargó la vista del proceso al Fiscal en lo criminal don Floridor Román Blanco, quien puso con toda actividad manos á la obra. La tarea era ardua y escabrosa, y por consiguiente larga; y la sociedad, impaciente, creyendo que la iniciación del proceso tardaba mucho, se entregó á toda clase de congeturas y suposiciones, la mayor parte absurdas, como pronto lo confirmaron los hechos.

Como una muestra de la impaciencia que reinaba en

los ánimos damos una carta que el señor Pedro Nolasco Salas, padre de una de las víctimas, publicaba por esos días en *El Ferrocarril*:

«Hace cerca de dos meses que las *bandas galoneadas* del Dictador cometieron el crimen más horrendo que recuerda la historia de la humanidad; y en ese lapso de tiempo todavía no se ha dado paso alguno para la averiguación y castigo de los culpables.

«En nuestra patria no faltan nunca los empleados encargados de pesquisar y acusar los crímenes que afectan á la sociedad; y éste, que es un crimen que afecta á la humanidad entera ¿por qué ha sido descuidado? No entraré por ahora á señalar las causas que en mi concepto, puedan justificar semejante omisión; solamente me permitiré llamar la atención á que en la actualidad hay más de diez autoridades que tienen poder para dar libertad á todos los presos que tienen empeños para salir, aunque éstos sean verdaderos delincuentes, y no hay un solo Tribunal ni ninguna autoridad administrativa que obligue á los funcionarios negligentes á cumplir sus deberes.

«Esta relajación en nuestro rodaje administrativo y judicial es muy antigua, y está en nuestra organización social muy arraigada, por causas que todos conocemos. Nuestro actual Gobierno ha podido mejorar este estado de cosas; pero vemos con dolor que se ha impresionado con los lamentos que lanzan los antiguos empleados de la Dictadura, y no ha hecho una barrida necesaria, deshaciéndose de todo elemento inútil; de aquí es que con profundo desaliento todos los hombres honrados ven con verdadera tris-

teza la marcha judicial que se da al más horrible delito cometido por la Dictadura, á la faz del mundo entero, con escándalo de la moral y de la razón.

«Los asesinos llevaban galones con profusión, eran individuos que estaban relacionados con familias pudientes, habían recibido alguna educación, ninguno puede alegar ignorancia del horrible delito que cometió, y sin embargo, después de lo expuesto y dados los caracteres agravantes de este hecho ¿dónde está el fiscal ó acusador público que ha iniciado el sumario? ¿dónde están el Tribunal ó autoridad que ha compelido á ese funcionario á cumplir con su deber?

«Francamente, podría creerse que hay interés en que los bandidos galoneados se escapen á la acción de la justicia, y se les está dando tiempo de que emigren á países extranjeros, para después presentarse con una parodia de juicio cuando la acción de la justicia no pueda ser eficaz.

«Todo el mundo sabe que el ex-coronel dictatorial Vidaurre, presidente del inicuo Tribunal formado para asesinar ocho niños que reservó la saña del Dictador y de su ex-general Barbosa para destrozarlos, está asilado en Lima junto con el teniente coronel Vicente Subercaseaux Latorre y el capitán de artillería Quezada. ¿Acaso el funcionario que debe acusar espera que los demás jefes y cómplices de esas matanzas salgan de las prisiones donde están detenidos ó se escapen de los lugares donde están escondidos?

«Debo creer, sin embargo, que las autoridades administrativas ó los Tribunales superiores que tienen la supervigilancia de los empleados subalternos de la

Administración de Justicia, compelerán á los encargados de ejercer acción directa en este horrendo crimen, presenten desde luego su acusación é inicien el correspondiente sumario para el castigo de los culpables, tomando las medidas que sean conducentes á asegurar á los que hoy se encuentran detenidos en la cárcel pública y á perseguir á los delincuentes que todavía no se encuentran en poder de la justicia.

«No terminaré sin hacer presente que ha llegado á mi noticia que el editor del inmundo periódico *Las Noticias* que hizo escarnio del dolor general que causó la infame matanza de «Lo Cañas», se pasea libremente en esta ciudad. ¿Qué pretenden nuestras bondadosas autoridades con estas concesiones? ¿Acaso creen que nuestra paciencia no tiene límites? Ó quieren, que, al fin, todos los padres, las madres y los hermanos de tanto mártir brutalmente sacrificados nos hagamos justicia por nuestras manos?

«El tiempo lo dirá.

«PEDRO N. SALAS»

Pero, como decíamos más arriba, la tarea de formarse un conocimiento cabal de las cosas era por demás difícil y estaba erizada de dificultades. Por otra parte, restablecido el régimen legal, y queriéndose proceder en todo conforme á la ley, tocaba al Juez del departamento de la Victoria, bajo cuya jurisdicción se halla el lugar del crimen, la instrucción del sumario.

En vista de esto, el Juzgado competente, con fecha 23 de octubre de 1891, decretó lo siguiente:

«Santiago, 23 de octubre de 1891

«Teniendo presente:

«1.º Que según aparece de la querella presentada por el Promotor Fiscal, los delitos perpetrados en «Lo Cañas» se verificaron en el departamento de la Victoria;

«2.º Que conforme á lo dispuesto en el artículo 227 de la ley de 15 de octubre de 1875 es competente para conocer de un delito el tribunal en cuyo territorio se hubiese cometido el hecho que da mérito al proceso; y

«3.º Que el señor Juez Letrado de ese departamento ha manifestado verbalmente á este juzgado que instruye el sumario correspondiente

«Se declara que estos antecedentes deben enviarse al señor Juez de Letras de la Victoria que conoce de la causa, haciéndole presente que este Juzgado se hará un deber en practicar las investigaciones que tuviere á bien recomendarle, con toda la actividad y celo que asunto de tanta gravedad requiere.—ARTEAGA.—*Verdejo*».

Por otra parte, el Fiscal encargado de la causa, don Floridor Román Blanco, en un remitido publicado en *El Ferrocarril* con fecha 21 de septiembre del mismo año, expone que él cree que el tribunal competente para el caso es «un tribunal militar, dado lo prescrito en el número 5.º del artículo 5 de la ley de 15 de octubre de 1875, que á la letra dice así:

«Las causas por delitos comunes que cometan los «militares estando en campaña (ó en actos del ser-

«vicio militar), ó dentro de sus cuarteles, quedarán sujetos al conocimiento de los tribunales que el Código designa.»

«Este Código, continúa, es el Militar, según el inciso que sigue, y que dice así:

«Quedarán asimismo sujetas á los tribunales que el Código Militar designa, etc.»

«Pero, como para coadyudar á la acción de la justicia, agrega el Fiscal, he hecho sobre tan gravísimos asuntos una prolija investigación, hoy ó mañana á más tardar remitiré á quien corresponda los datos que he obtenido».

Estas, y otras causas que no queremos mencionar, fueron las que principalmente retardaron la vista del proceso. Sin embargo, anticipándose al fallo de la justicia, el público tenía ya su opinión formada, y señalados con marca indeleble los principales asesinos de aquella noche de sangre, y sus condignos cómplices.

Hé aquí sus nombres, sus títulos, y algunas especificaciones, según las publicó un diario de esos tiempos:

«José Manuel Balmaceda, Dictador.

«Nicanor Ugalde, Ministro de la Guerra interino.

«Orozimbo Barbosa, Comandante General de Armas.

«José Velázquez, General y Ministro de la Guerra.

«Gregorio Cerda Ossa, Intendente de Santiago.

«Acario Cotapos, Diputado.

«Ramón Vidaurre, coronel, presidente del Consejo de Guerra.

«Alejo San Martín, teniente coronel que mandaba la fuerza. •

- «Manuel Emilio Arís, teniente coronel, fiscal del Consejo, el más sanguinario de todos.
- «Arturo Rivas, sargento mayor del 7.º de línea, vocal del Consejo.
- «Miguel Angel Reyes Bazo, teniente coronel, ayudante de Velázquez y vocal del Consejo.
- «David Silva Lemus, teniente coronel.
- «Eduardo Infante Costa, Teniente coronel, vocal del Consejo.
- «Ramiro Infante Costa, sargento mayor que, si bien no pertenecía al Consejo, hizo gala de sanguinarias crueldades en sus opiniones, y las hacía prevalecer en sus maldades.
- «Jorge Porras, teniente coronel; no se sabe qué papel desempeñó, pero se jactaba de haber sido cruel.
- «Manuel Escala, uno de los más sanguinarios.
- «Julio Sepúlveda, sargento mayor. Se dice que robó á los jóvenes como tres mil pesos en billetes y á más, muebles de las casas. Se mostró muy sanguinario.
- «Arturo Ramírez Medina, capitán del Estado Mayor de Barbosa. Recibió correspondencia y últimas voluntades de los jóvenes mártires, dinero y objetos de afección de ellos, y no los entregó.
- «Samuel O’Ryan S., teniente del 8.º Escoltó á ocho jóvenes presos y no hizo nada por uno que podía contarse de familia de bienhechores.
- «Alejandro Miniño Callejas, subteniente empleado en el Estado Mayor de Barbosa.
- «Miguel Baeza Javan, ayudante de Barbosa y su pariente. Fué cruel.
- «Juan Agustín Duran, capitán de Cazadores. Cruel.

- «N. Fuenzalida, del 8.º de línea. Cruel.
«N. Quezada, capitán de Artillería.
«Ricardo Saavedra, sargento mayor del Buin.
«Manuel H. Torres, ayudante del Estado Mayor.
«N. Cortés, comandante, ayudante de Vidaurre.
«Juan Bravo, oficial del batallón que ocupaba la quinta Matte, calle de Santa Rosa. Sanguinario y cruel.
«Vicente Subercaseaux L., teniente coronel, del Estado Mayor. No sé á qué fué éste.
«Eduardo Estévez, cirujano, que presencié todo lo ocurrido.
«Tropa de Cazadores, de Húsares de Colchagua, del 8.º de línea y de policía con sus oficiales.»

El señalado como más sanguinario es el teniente coronel don Alejo San Martín, uno de «los instrumentos más ordinarios, más sucios del Dictador. Tipo del pije petardista, acribillado de deudas, acosado por los acreedores, vivía en los suburbios de Santiago, sirviendo á la policía en la inmunda ocupación de delaciones y pesquisas.

«Barbosa, su cuñado, que buscó á la mayor parte de los oficiales de su ejército en las tabernas y garitos, hizo á San Martín sargento mayor del batallón movilizado Santiago. Á consecuencia de la pérdida de una gran cantidad de ropa de la tropa, que después apareció empeñada, fué San Martín separado del batallón y enviado al sur. Llegó á Santiago á principios de agosto, y fué el jefe de las fuerzas dictatoriales que cometieron los asesinatos de «Lo Cañas».

«San Martín vino personalmente á dar cuenta al

Dictador de la matanza; quiso ganar las albricias, y se presentó en la Moneda con el traje descompuesto y las manos ensangrentadas. En la antesala del Dictador se encontraban el coronel Simón Moraga y el ayudante de campo Carlos Lalanne, y los dos se apresuraron á estrechar en afectuoso abrazo al vencedor San Martín, y don Simón, abriendo la puerta, empujó á San Martín hacia donde estaba Balmaceda, diciéndole alegremente:

— «Excelentísimo señor, aquí está el coronel.

El «Dictador, al verlo ensangrentado, le preguntó con interés:

— «¿Viene usted herido?

— «Nó, señor Presidente, es la sangre de los futuros. . .

— «Ah! exclamó Balmaceda con indiferencia; y estrechándole la mano, agregó: Bien, es usted un valiente.»

«Al siguiente día se confirió á San Martín el empleo de teniente coronel de ejército.

«Se dice que este infame había sido muerto en la Placilla, agrega el diario de donde extractamos estas líneas. Nunca lo creímos, porque es un cobarde, un miserable que no se pondría jamás en puestos de peligro. Sabemos que está en Santiago, y ojalá caiga en poder de la justicia para que lo cuelguen en la misma horca que á Stephan y Valdés Calderón.»





V

Rectificaciones dictatoriales

SA publicación de los nombres de las personas que el público señalaba como complicados en aquellos hechos, dió pronto lugar á varias protestas. Citaremos aquí el remitido del señor Manuel J. Valenzuela, en que niega la presencia del doctor Estévez durante la matanza; y el del señor David de D. Arís en que atestigua la ausencia de su hermano el teniente coronel don Manuel Emilio Arís en el llamado Tribunal que juzgó en la mañana del 20 de agosto á los jóvenes hechos prisioneros la noche anterior.

Dice así el primero:

«SS. EE. DE «LA LIBERTAD ELECTORAL»:

«En un párrafo de crónica del acreditado diario de Vds., de 9 de actual, y con el rubro de *Asesinos y*

cómplices de la matanza de Lo Cañas, se da una lista de las personas que han tenido participación en ese horrible crimen, y en ella se hace aparecer al cirujano del ejército don Eduardo Estévez, y se agrega esta nota: «que presencié todo lo ocurrido.»

«En homenaje á la verdad y mientras se esclarece ante la justicia la responsabilidad que afecta á los que se hallaron complicados verdaderamente en este acto infame de la Dictadura, diremos lo que nos consta respecto al señor Estévez.

«Nuestro amigo fué nombrado cirujano del ejército *antes del 1.º de enero* del corriente año y prestaba sus servicios profesionales con ese título legítimo, procediendo en esto como todos los empleados civiles y como lo han hecho, hasta su separacion, los más altos funcionarios de la jerarquía judicial. Porque es menester que el público no olvide que la acción del doctor Estévez en el ejército era puramente humanitaria y nada más, y que se ha ceñido constantemente al estricto desempeño de su cargo. Fuera de él, nadie lo habrá visto colaborar en lo que menor con la Dictadura ó sus agentes, y al contrario, sabemos que por más de dos respetables conductos ofreció repetidas veces sus servicios á la Junta Ejecutiva de la oposición en Santiago.

«En cuanto á su intervención en los horrorosos asuntos de «Lo Cañas», los hechos han pasado de la manera siguiente:

«El 18 de agosto último, encontrándose enfermo en cama, recibió orden del jefe del servicio sanitario para trasladarme con una ambulancia á la calle de Santa Rosa, esquina del Camino de Cintura, donde

un piquete de cazadores le guiaría para conducirlo á su destino, el que no le fué indicado; sólo se le dió á entender por noticias verbales, que quinientos hombres de la Dictadura habían salido á batir una montonera que se hallaba en la chacra «Carmelina». Después tuvo conocimiento que se le enviaba á «Lo Cañas», á donde llegó á las nueve de la noche.

«Allí supo que en la mañana de ese día se había atacado á un grupo de jóvenes que se encontraban reunidos en dicho fundo, de los cuales se les dijo que once habían sido muertos en los cerros vecinos.

«Se presentó al jefe de las fuerzas, coronel Vidaurre, y éste le ordenó que, ya que se encontraba allí, tomara colocación con el personal de su ambulancia en donde el comandante Subercaseaux le señalara, manifestándole además, que no necesitaban sus servicios, pues no había heridos.

«En este momento funcionaba un tribunal militar que recibía las declaraciones.

«Poco después el doctor Estévez se imponía con horror de la triste suerte que estaba deparada á los prisioneros, y quiso poner de su parte cuanto le era posible para salvarlos. Á este propósito, aprovechando una oportunidad, se apersonó á uno de los vocales del pretendido tribunal, y haciendo valer antiguas relaciones de condiscípulo, le suplicó con calurosas y repetidas instancias que influyera en el ánimo de sus compañeros en favor de los procesados, exigiéndole especialmente su intercesión para el más joven de ellos, un niño que no alcanzaba á diez y ocho años.

«El vocal aludido contestó que estaba resuelto ya por autoridades superiores el fusilamiento; que, respecto

al más joven, «había sido su defensor y no su juez y que aunque se había captado la buena voluntad de todos por su entereza y heroico valor, no era posible obtener nada.» Las instancias repetidas fueron inútiles.

«Á la mañana siguiente, 19, cuando se llevó á cabo el fusilamiento, se llamó al doctor Estévez para que constatará la muerte de los ocho asesinados, y rebo-sando indignación, respondió á sus verdugos que no cabía constatación á la vista de cadáveres que tenían los cráneos despedazados.

«La presencia del doctor Estévez en el fusilamiento de los ocho jóvenes patriotas sacrificados por la más inicua de las tiranías, no da pues margen para arrojar la más leve sombra sobre su conducta, y antes bien lo enaltece. Pensaba que su misión no podía ser otra que la de prestar sus auxilios profesionales y humanitarios á heridos, entre los cuales bien pudieran hallarse muchos de sus amigos.

«Pero debemos hacer mención de otro acto.

«Al salir de Santiago, encontró á un respetable miembro de un alto tribunal de justicia, padre de una de las víctimas, que deseaba dirigirse á «Lo Cañas», en unión de otros caballeros que se hallaban en análogas condiciones. Les ofreció acompañarlos; pero en el curso de su viaje y habiéndose adelantado al doctor Estévez, fueron detenidos. No les valió el que marcharan junto con la ambulancia; se les descargó un tiro de carabina porque abrieron la portezuela del carruaje que les conducía, y se les ordenó regresar á Santiago en calidad de presos. Sólo merced á las exigencias del doctor Estévez pudieron escapar de los vejámenes y de la prisión que se les había intimado.

«Á su regreso á esta capital, fuertemente impresionado por este drama sangriento, nuestro amigo se negó á prestar servicios, á pesar de las amenazas que se le hicieron, y salió de su casa únicamente para trasladarse á Valparaíso en compañía del doctor Barros Borgoño, donde permaneció seis días atendiendo á los heridos.

«Esperamos, señores Editores, que esta narración perfectamente exacta, llevará á Vds. y al público el convencimiento de que el doctor don Eduardo Estévez no ha merecido jamás que se le coloque entre los que sacrificaran tan cobardemente, llenando de luto los más distinguidos hogares de nuestra sociedad, las preciosas existencias de tantos nobles jóvenes, esperanza de la patria.

«De Vds., señores Editores atento servidor,

«MANUEL FRANCISCO VALENZUELA».

El otro, en su pésima forma textual, es como sigue:

«SEÑORES EDITORES DE «EL FERROCARRIL»:

«Con la esperanza de saber el paradero de mi hermano, teniente-coronel don Manuel Emilio Arís, no había ocupado las columnas de su importante publicación, para sentar ciertos hechos referentes á los sucesos ocurridos en «Lo Cañas» y que reproduce el diario de Vds. de 4 del presente, tomados de LA UNIÓN; pero como, desgraciadamente, los datos obtenidos acerca de su existencia son contradictorios á tales esperanzas, como lo explicaré más abajo, me apresuro

á verificarlo, después de una investigación constante de veinte y tantos días, ateniéndome para ello á la exposición de varios de sus compañeros de armas y otras personas que están bien impuestas de tan lamentable suceso.

«Al amanecer del 18 del mes próximo pasado, se llevaron á cabo los hechos que ya el público conoce, con más ó menos datos; y de las averiguaciones citadas, puedo asegurar que mi hermano salió de Santiago en dirección al punto de la catástrofe, entre dos y tres de la tarde, ó sea once horas después de tales ocurrencias, cuando ya las casas del señor Walker ardían, y cuando se había ya desarrollado el cuadro que se ha pintado.

«De las prolijas investigaciones de que hago mérito, resulta: que Emilio se dirigió al citado punto de á caballo y escoltado por unos cuantos soldados, y con la intención de regresar inmediatamente, pues tenía esa noche un serio compromiso particular que cumplir, y así lo prometió á las personas de su compromiso, antes de partir, segun me lo aseguran éstas; que en el camino alcanzó á varios carruajes que conducían al señor coronel Vidaurre y á varios jefes y oficiales; que Emilio llevaba por comisión residenciar, como superior jerárquico de San Martín, la conducta de éste, que ya se comentaba, y dar cuenta al Estado Mayor, á la brevedad posible, de su cometido; que desde que llegó al fundo, tanto él como el coronel Vidaurre impusieron á la situación un camino serio y moral; que mientras estuvo en el paraje indicado, no se cometió acto alguno de salvajismo, ni se atentó en manera alguna contra los prisioneros y vivientes

de aquella localidad; que estos datos pueden comprobarse con los cocheros del servicio público que fueron llevando á la tropa y oficiales, con el mayordomo de éstos, con un caballero francés, empleado del fundo, y con la servidumbre de éste. Parece que esto también queda corroborado con las declaraciones de Juan M. Martínez y Pedro P. Acuña, publicadas en *El Ferrocarril* del 5 del presente. De mis investigaciones resulta también que mi citado hermano se encontraba el 19, entre ocho y nueve de la mañana, en la estación central de los ferrocarriles, impartiendo las órdenes del caso para el alistamiento de trenes que debían conducir á los campos de Concón la división Santiago, y en cuyo punto permaneció, con ligeros intervalos, hasta el día 21, hechos de que pueden dar testimonio el jefe de estación, señor Toro, el señor Pablo Masenlli y otros empleados de aquella sección, como asimismo un capitán Muñoz, que cubría el destacamento.

«Se ha dicho por alguien que mi hermano fué fiscal del proceso que, se dice, instruyó el coronel Vidaurre; pero, según también se me asegura por un ayudante del Estado Mayor, en el decreto que se extendió nombrando el consejo no figuraba mi recordado hermano. Esto será fácil á la justicia ó á los interesados conseguirlo en el archivo de la oficina, como probablemente se comprobará también en el proceso que al efecto debe haberse intruído.

«Por otra parte, todo el mundo sabe la misión de un fiscal en un proceso, que se reduce á emitir su opinión, y de la cual el consejo, verdaderos jueces que fallan, hace caso omiso casi siempre.

«Hay que tener presente, además, y esto es voz pública, que allí se llevó á efecto un Consejo de Guerra verbal ante siete jueces, y no sé qué cargo pudiera hacerse legalmente á mi hermano en este caso; pues el que conozca la Ordenanza sabe que el fiscal desempeña el papel de interrogador.

«Es verdad, hay un cargo que hacer, en la hipótesis de que mi hermano estuviera allí y es que, habiéndose puesto éste de pie, se hubiera declarado defensor de los acusados. Pero ¿cuál habría sido su situación entonces? ¡Fácil es comprenderlo!

«No se crea por un solo momento que con estas líneas trato de hacer una defensa de mi citado hermano, aunque derecho tengo para hacerlo; lo que quiero es hacer conocer cómo han pasado las cosas, tal como he podido averiguarlas, con datos fehacientes.

«No es mi ánimo tampoco echar sombras sobre nadie, ni acusar á nadie; pues para implantar la verdad en favor de uno, no es necesario calumniar á otros, papel muy de moda en la presente situación por muchos de los que se encuentran apurados.

«No es este el momento de entrar á manifestar á quiénes sirvió, si fueron gobiernistas ú opositores, si fueron chicos ó grandes; ya tendré tiempo de ocuparme de este asunto cuando los ánimos estén más calmados. Pero lo que puedo asegurar, sí, es que á quienes sirvió lo hizo sin interés y sin la esperanza de retorno en la adversidad, y sin faltar á la lealtad que su puesto le imponía.

«Mucho diera porque mi hermano existiera, pues habría oportunidad de conocer quién sabe cuántos detalles.

«Con respecto al segundo punto del artículo de que me vengo ocupando, seré breve.

«Se dijo que mi recordado hermano, al ausentarse, se había llevado catorce mil pesos de la Comandancia General de Armas.

«Para responder á ésto, me baso, además de los buenos informes recogidos, en documentos oficiales.

«Mi hermano no fué nunca ayudante de dicha oficina. Era secretario general del Estado Mayor, y en todo el tiempo de la existencia de dicha oficina, ocho meses, se mandaron poner á disposición del jefe de la división, en diversos decretos, diez y ocho mil pesos, y es natural que un decreto se girara cuando se había invertido la suma anterior. Según me garantizan, sólo dos de esos decretos se extendieron con cargo á rendición de cuenta. Ateniéndome al informe de uno de los mejores compañeros de oficina de mi hermano, en 17 ó 18 de agosto, se pasó una nota al Ministerio pidiendo cinco mil pesos, por no haber fondos para atender á gastos urgentes, nota que no fué despachada, probablemente por haberse ausentado el jefe de la división.

«El 26 ó 27 del mismo mes se pasó otra nota por el jefe accidental de la oficina, pidiendo dos mil quinientos pesos para pagar con un suple igual á sus sueldos á los ayudantes presentes en Santiago, que fué despachada, y cuya suma fué invertida en la forma para que se había solicitado.

«Todos estos documentos deben encontrarse en los archivos respectivos, y fácil es concebir que la existencia de los catorce mil pesos no ha sido más que un mal informe, nacido de las murmuraciones del mo-

mento; pues no es creíble que de dieziocho mil pesos fueran á existir catorce mil pesos; que habiendo fondos, fueran á estarse acumulando más fondos, y que se fueran á solicitar más aún, á mediados de agosto.

«Se comprende también esto, por cuanto que en Valparaíso, según decretos publicados, se mandaron entregar diez mil pesos al jefe de la división Santiago, para atender á gastos de la guerra; pues si hubiesen existido en caja, habrían marchado al partir la división.

«El mismo jefe me asegura que mi hermano tenía las llaves de una caja en la oficina, y que de ella se hacían pagos, según instrucciones del jefe respectivo, y que esos pagos eran exclusivamente particulares de fondos propios del jefe, que había retirado esos pocos fondos de los Bancos.

«He averiguado también que á la salida del señor Balmaceda de Santiago hacia Valparaíso, y que como con este motivo la ciudad se pusiera un tanto intranquila, temió mi hermano un tumulto cualesquiera, y retiró de la caja un libro y varios documentos, que sospecho y se cree fueran comprobantes que el jefe de la división tuviera á su cargo, documentos que busco con interés, pues se me asegura los condujo á una casa amiga para ponerlos en seguridad, y si ellos llegan á ser habidos, cumpliré con el deber de ponerlos á disposición de quien corresponda, si es que tengan relación con las sumas de que se debía rendir cuenta.

«Sé perfectamente que mi hermano no tenía ninguna responsabilidad oficial, con manejos de fondos del Estado Mayor, y que si él llegaba á tener alguna

ingerencia en ellos, habrá sido por la ilimitada confianza que su jefe tenía en él, pues sólo dicho jefe era el responsable en todos sus manejos.

«La precipitada ausencia de mi hermano no ha dejado lugar para haber tomado datos precisos sobre todas estas ocurrencias; pues sé por la familia, que al amanecer del 29 de agosto llegó á la casa, se puso un traje de subir á caballo y se dirigió á la estación de los ferrocarriles, dejando su cartera y algunos papeles de interés particular y que á él sólo podrían servirle.

«Según me asegura don Ramón Castro Ruiz, el 30 habló con él en Quillota, y le dijo que iba al campo de la Placilla, en busca del cadáver del general Barbosa; y el ningún dato de su paradero es lo que me ha hecho presumir que haya encontrado la muerte en su trayecto á aquel lugar, que se encontraba lleno de dispersos de ambos ejércitos.

«Ha tenido siempre idolatría por su anciana madre, y se me hace duro creer que, sin un fatal accidente, no le hubiera hecho saber su existencia.

«Concluiré, señores Editores, con ciertas palabras que he leído en un libro de Dumas, que las copio á la letra y las encamino hacia el público: «Os suplico que
« vuestro justo resentimiento no os haga exagerar las
« cosas. Siendo más justos, seremos más severos; pues
« los hechos vistos de cerca y á sangre fría pierden de
« su gravedad».

«De Vds. señores Editores,

«DAVID DE D. ARÍS».

Este último remitido no vino á favorecer en nada al teniente coronel Arís, pues estaba en la conciencia pública que él, como fiscal del tribunal (?), pidió la muerte de los ocho jóvenes mártires. La sociedad, por medio del remitido firmado por don Pedro N. Salas, que reproducimos de *El Ferrocarril*, se encargó de desmentir las aseveraciones del señor David de D. Arís.

«SEÑORES EDITORES DE «EL FERROCARRIL»:

«Permitidme que vuelva á causaros la molestia de pedir os una vez más hospitalidad en vuestras columnas para ocuparme del sangriento episodio de «Lo Cañas», á pesar del propósito hecho de no abusar de vuestra benevolencia.

«Don David de D. Arís, hermano del teniente coronel dictatorial Manuel Emilio Arís, ocupa una columna entera de vuestro diario de 26 del presente, para contarnos una historia del legal y recto proceder de su hermano en los asuntos de «Lo Cañas»; lamenta que se tenga mala voluntad con ese sujeto; cree que ha muerto en la peregrinación que hizo á Placilla á buscar el cadáver de su jefe Barbosa, y concluye invocando á Dumas y á su anciana madre, que era idolatrada por su hijo Manuel Emilio.

«No creo que deba ocuparme de los robos que se achacan á ese hermano ausente, porque eso no me atañe por ahora.

«Sostengo que fué fiscal del inicuo tribunal que en «Lo Cañas» asesinó á los ocho niños en la madrugada del 20 de agosto el teniente coronel dictatorial

Manuel Emilio Arís, y á fin de que su hermano don David no lo ignore, me permito referirle que los cocheros que él invoca y otras personas más, presenciaron que su citado hermano Manuel Emilio, en el acto que se consumó el fusilamiento y cuando los mártires estaban en los estertores de la agonía, con ademán trágico pisoteó los cuerpos de todos los inocentes, uno por uno, pronunciando las palabras de: —«Así mueren los traidores de su patria».

«¿Y es á este miserable á quien se trata de disculpar, invocando para ello su presunta muerte y el cariño á su anciana madre? Tribunal, ejecutores de la matanza, todos son asesinos que no tenían ni corazón, ni nada. ¡Eran brutos!

«Después de ese acto salvaje, indigno de la raza humana, pensóse que el mundo entero iba á imponerse de las profanaciones de los cadáveres, y vuestro hermano, con los demás asesinos, resolvieron quemar los restos aun vivos de esos mártires; y mi hijo fué uno de los más destrozados por tanto miserable, á tal extremo, que no se le dejó sino una parte del tronco carbonizado.

«¿Creéis, acaso, que mi hijo no tiene padres, hermanos y deudos que valgan tanto como vuestra anciana madre?

«¿Ó acaso vuestra madre ó vuestro hermano valen más que los míos?

«Creo que la única muerte que ha sufrido vuestro hermano es la muerte moral, porque jamás podrá presentarse en tierra habitada por otros seres que los irracionales, y aun éstos huirán con horror de semejante abominación.

«Todos los asesinos y cómplices en esa horrenda matanza, no son sino individuos cegados por la más estúpida ambición; y como á vuestro hermano, que fué, según vuestro artículo, á residenciar al asesino San Martín, después de su horrible hazaña, lo hicieron teniente-coronel ¿qué raro es que Manuel Emilio, superándolo en crueldades, quisiera ser coronel? ¿Acaso no eran generales, esbirros y azotadores los Balma-ceda, los Velázquez, los Gana y los Barbosa? Á vuestro hermano y todos esos miserables con galones, gente menuda que aspiraban á grandes cosas, ¿qué papel se les reservaba? ¿El de Ciriaco Contreras, capitán, acaso? Era poco; querían ser más: fueron asesinos, mutiladores de niños mártires.

«No contaron esos futuros generales con que la Providencia miró horrorizada la iniquidad y, en su misericordia, tenía pronto el tremendo castigo.

«No caía todavía el último mártir, y en el punto opuesto desembarcaban los libertadores de la patria.

«Se había cumplido la profecía de uno de los mártires, mi hijo. Poco antes de morir anunció á los asesinos que pronto sería vengado por los redentores de la patria.

«No dejaré de hacer presente los actos heroicos de todos esos jóvenes gigantes, que murieron desafiando impávidos el furor de sus verdugos; no hubo uno que flaqueara ante las amenazas de esos cobardes; y nadie mirará sin horror el contraste que presentaban los asesinos: tenían placer en atormentar á sus víctimas y no se les dejó tomar ni una taza de caldo, que una mano caritativa les ofreciera.

«Después de estas hazañas, me permito preguntar

á don David ¿dónde está la legalidad que dice que imprimió su hermano? ¿En qué parte de la Ordenanza se encuentra la sanción de estos horrores? ¿Ó el Dictador había hecho un Código especial que los sancionara? Si ello fuera cierto, razón tenía su hermano en ser leal; pero mientras V. no pruebe lo contrario, su hermano será un mísero y despreciable asesino, como lo son sus demás cómplices.

«No terminaré este artículo sin decirle que cuando Alejandro Dumas, el grande escritor francés, escribió las palabras que V. transcribe en su artículo, no se había consumado la hecatombe de «Lo Cañas», y tenga entendido que, á haberla sabido, la habría condenado como sabía hacerlo ese grande escritor.

«Espere la sanción de la justicia, y entonces verá con horrible espanto de lo que era capaz su miserable hermano y demás asesinos y cómplices de esa matanza, oprobio eterno de nuestra nación.

«PEDRO N. SALAS»

Si en conocimiento del señor Salas hubiesen estado las cartas que á continuación reproducimos, en las que el señor Manuel Emilio Arís dice que pidió perdón á Barbosa para las inocentes víctimas, pues tenía la íntima convicción de que eran inocentes, habría agregado que con ello más se condenaba el señor Arís; pues por miedo, por obedecer órdenes infames pasaba por encima de sus convicciones, por encima de sus sentimientos de hombre honrado.

Y aun hay más; el señor Arís como fiscal del tribunal (?) se atrevió á pedir la pena capital para los

infelices prisioneros, cuando quizás su corazón indignado decíale en cada latido: «Vas á cometer un crimen, vas á derramar la sangre de inocentes».

¡Ah! el hombre que así se prostituye es mil veces más criminal que el bandido de profesión, pues éste no atiende más que á sus brutales instintos, en tanto que el asesino *por abyección* se ve obligado á cometer doble muerte, la de la víctima que tiene bajo su puñal, y la de los sentimientos de virtud y honradez que siente sublevarse en su pecho.

¿Por qué el señor Arís no atendió más que á la conservación de su empleo? ¿Por qué aceptó el horrible papel de acusador?

Juzgue el lector, en vista de las cartas que van en seguida y díganos si el teniente coronel Arís es ó nó mil veces más culpable que el mismo San Martín:

«Lo Cañas, 20 de agosto de 1891 (al amanecer)»

«Mi señor General:

«Perdone que á tan avanzada hora le moleste; pero la situación, la humanidad y hasta la justicia así lo exigen. Son las 2.45 A. M. y tengo que pedirle un servicio muy grande, para lo cual procedo en reserva, pero con la venia del señor coronel Vidaurre.

«Por resolución del Consejo de Guerra verbal, debe fusilarse, al aclarar, á ocho de los prisioneros hechos por San Martín, entre los cuales figuran seis jóvenes muy distinguidos, y me intereso por ellos, por sus vidas, á pesar de la contestación que trajo el mayor Escala. Yo creo que V. puede mandar suspender la

sentencia y conseguir mañana arriba que no se ejecute á ninguno; pero si esto lo cree difícil, por lo en absoluto que pido, otórgueme la vida de tres, que son los más interesantes; un joven Vial Souper, de veinte años, ingeniero civil, una inteligencia, franco y muy simpático, que, según asegura, ha sido engañado por Arturo Undurraga á nombre de Carlos Walker M.; un otro Flores Echaurren, que debe ser pariente del Alcalde, y el tercero, uno que era empleado del Banco de Ahorros y Préstamos.

«Yo me llevaré á estos tres en un coche, y á nombre de V. los haré asegurar en la Penitenciaría hasta que pasen estos disturbios, y aun pueden extrañarse del país; así me lo pide Vial S., y yo respondo del resultado. V. tiene buen corazón, y lo considero extraño á esta dura resolución, y nunca está demás hacer un servicio, y más como éste.

«Perdón, mi General ¡somos chilenos!

«Por otra parte, bien castigados están los tales montoneros, pues, como usted verá mañana por el parte que le pasaré, ha habido cierto exceso, que nos ha desagradado mucho á mí y al señor coronel Vidaurre, de parte del jefe.

«Aquí llegamos cerca de las cuatro, y luego comenzó á oscurecer, por lo cual no he vuelto luego, y ahora no lo haré, mientras no regrese el portador, haciéndole presente que la sentencia me empeñaré con el jefe para que no se lleve á efecto mientras no llegue contestación de V.

«Repito que perdone la molestia nuevamente, pues ya me ha dicho repetidas veces que todo me vuelvo empeñitos; pero ya me tiene acostumbrado al sí.

«Esperan este servicio, el coronel, su comandante y amigo.

«EMILIO ARÍS»

«Santiago, 20 de agosto de 1891.

«Señor General:

«Comisionado por V. S. para trasladarme al campamento de «Lo Cañas», á investigar sobre la conducta del teniente coronel don Alejo San Martín, sobre los sucesos con las montoneras instaladas en dicho lugar, me trasladé ayer al punto indicado, acompañado de los ayudantes tenientes don Arturo Ramírez y don Enrique Baeza I. y quince hombres de cazadores al mando de un oficial, llegando al campamento á las 3.50 P. M.

«De las averiguaciones que he podido llevar á efecto resulta: que las casas no pueden haberse incendiado casualmente, pues las grandes casas del fundo y las del lugar llamado «Panul» distan como legua y media unas de otras y, no obstante, ambas ardían desde mucho antes que yo llegara.

«En la casa de «Panul», pues es una sola la vivienda, construída de adobes y tejas, al pie de la cordillera, era el cuartel de las montoneras, y las paredes demuestran haberse hecho muchos disparos de armas de fuego en esa dirección. Dos leñadores que se encontraban ahí declararon, á presencia del señor coronel Vidaurre, tenientes coroneles Reyes é Infante, mayor R. Infante y mis ayudantes, que todo el grupo

de jóvenes no pasaba de cuarenta hombres y que hicieron una resistencia muy pequeña, pero activa, contestada por un vivo fuego; que ellos no vieron más, por haberse ocultado en la cordillera.

«Á cincuenta metros de la casa nombrada, á orillas de una vertiente, casi oculta por el monte, conté hasta diez cadáveres, casi desnudos y con terribles heridas en la cabeza. Examiné uno por uno los cuerpos para reconocerlos, teniendo que cortar á cinco fuertes vendas que tenían cubriéndoles los ojos; ninguno me era conocido; pero todos tenían el aspecto de gente decente.

«En resumen, señor General, de mis investigaciones resulta:

«1.º Que no ha habido un combate, sino un corto tiroteo;

«2.º Que, á mi juicio, dicho tiroteo no dió muertos, pues á haberlos habido entre las montoneras, debió haberlos en nuestras tropas, que era mayor número y estaban á descubierto;

«3.º Que si hubo algún herido, éste fué ultimado;

«4.º Que todos los cadáveres tenían roto el cráneo y otras heridas en el cuerpo, por armas de fuego, lo que corrobora mi dicho 3.º, y que las circunstancias de estar vendada la vista de muchos, es indicio seguro de un fusilamiento;

«5.º Que las casas han sido indebidamente incendiadas; y

«6.º Que es falso que haya llegado el número de bajas á cuarenta ó cincuenta, como falso el número de prisioneros, pues los que hay han sido arrancados de sus casas ó faenas sin conocimiento de lo ocurrido.

«En conclusión, señor General, yo me he formado mala idea del comportamiento del jefe de las fuerzas, cuya opinión en igual sentido me ha dado el señor coronel Vidaurre, y creo que V. S., salvo su superior acuerdo, haría bien mandando instruir un sumario que esclareciera bien todos los sucesos llevados á cabo en esta expedición; rogando á V. S. que me releve de tomar participación en él, por creerme implicado tratándose del comandante San Martín, por lo tirante de nuestras relaciones.

«Creo hacer bien no entrar en más detalles, por la circunstancia de solicitar la confección de un proceso.

«Es cuanto puedo decir á V. S. en cumplimiento de la comisión que V. S. me confió.

«Dios guarde á V. S.

«EMILIO ARÍS.

“Señor General, jefe de la 1.^a división, Santiago.”





VI

Acusación del Ministerio Público

PERO aparte de las opiniones del público, la justicia seguía impertérrita su marcha; las declaraciones, las visitas al teatro mismo del suceso, las comprobaciones y requisitorias judiciales, todo fué puesto en juego para llegar á formarse un conocimiento exacto de los hechos.

Así pudo el fiscal don Floridor Román Blanco establecer la querella del ministerio público, con grande acopio de documentos y comprobantes.

Verdad es que adolece de algunas inexactitudes, como, por ejemplo, cuando establece que las tropas de San Martín tomaron posesión de las casas de «Panul» sin resistencia alguna.

Se hizo resistencia, si bien ésta fué de tal manera débil, que se limitó tan sólo á unos cuantos disparos de revólver, como lo atestigua aún el señor Arís en una de sus cartas dirigidas á Barbosa.

Con el fin de que el lector pueda juzgar por sí mismo, reproducimos íntegro el importante documento del Ministerio Público:

«Señor Juez del Crimen:

«El Promotor Fiscal que suscribe á V. S. dice: que en la creencia de que estuvieran ocupados del proceso de «Lo Cañas» el juez letrado de la Victoria, y muy principalmente el Tribunal Militar establecido por la Excmá. Junta de Gobierno, me había abstenido de querellarme ante V. S. de tan cruel é inhumano suceso, y esperaba únicamente que se pidieran por algunas de esas autoridades los datos que, según expuse en *El Ferrocarril*, había reunido para compaginarlos y remitirlos cuanto antes.

«Mas, como hasta ahora nada he sabido de este asunto, estimo de mi deber querellarme de él ante V. S. á fin de que instruya el correspondiente sumario, ó bien mande pasar estos antecedentes al Tribunal Militar, á virtud de lo que disponen los artículos 5, números 4.º y 5.º, y 233 de la ley de 15 de octubre de 1875.

«Todos saben que en la noche del 18 de agosto último se mandó fuerza de caballería é infantería á «Lo Cañas» con el objeto de batir una montonera de jóvenes de esta capital, que, se decía, se encontraba allí. Iban al mando de esa fuerza el coronel don Ramón Vidaurre y los teniente coroneles Alejo San Martín y Manuel Emilio Arís y muchos otros oficiales, y dichos jefes, después de dejar custodiadas las casas de «Santa Sofía», dispusieron que tres piquetes por tres

distintos puntos fueran á tomar posesión de las casas de «Panul», lo que consiguieron al amanecer del 19 sin resistencia alguna, pues los jóvenes que en ellas se encontraban no trataron más que de fugarse.

«Sólo á un joven de veinticuatro años se le dió muerte en la fuga cerca de las casas, porque no se detuvo á dos voces de alto. Pero, por desgracia, fueron aprehendidos quince ó diez y seis más, á todos los cuales se les iba encerrando en una pieza á medida que eran tomados. Como soldados del 8.º dijeron que uno de los prisioneros era sargento desertor de su regimiento, incontinenti se le hizo salir en dirección á un bosquecillo y fusilar por cuatro tiradores. Después, como á las ocho de la mañana, Vidaurre y San Martín se fueron con la fuerza á las casas de «Santa Sofía», dejando á Arís en las de «Panul», con una lista de los jóvenes que debían fusilarse sin forma alguna de juicio. Tocóles á ocho tan inmediata y triste suerte, y con los demás bajóse Arís á «Santa Sofía». Aquí pasaron los jefes hasta las oraciones del 19 haciendo investigaciones, y San Martín y un mayor Cortés intentaron muchas veces y consumaron algunas, según lo entiendo, el delito previsto en el artículo 361 del Código Penal, siendo sus cómplices el llavero de «Lo Cañas» José López, y su mujer.

«Pueden declarar sobre este punto Elisa Marchant, Concepción Vargas, Rosa Aurelia Reyes, Margarita y Blanca Castillo, Leonor Tapia, Margarita Vera y Simón González.

«En la noche del 19, y á presencia de Elisa Marchant, prendiéronle fuego á las casas, porque en la tarde ya habían remitido á los aprehendidos para acá;

pero del camino fueron devueltos, para ser juzgados y fusilados allí mismo, de orden de Barbosa, transmitida con el oficial Manuel Escala, quien, según el doctor don Eduardo Estévez, fué el que, después de hacerle disparar un tiro al carruaje de don Máximo Flores, lo hizo detener y volverse á ésta.

«En la mañana del 20 un Tribunal Militar compuesto, según el doctor Estévez, de Vidaurre, Arís, Arturo Rivas y otros que no sabría designar, tomó declaración á los jóvenes que enumeraré é hízolos fusilar.

«Esos jóvenes fueron:

«Arturo Vial Souper,
«Carlos Flores,
«Alberto Salas Olano,
«Wenceslao Aránguiz,
«Arsenio Gossens,
«Ismael Zamudio Flores,
«Manuel Campino, y
«Santiago Bobadilla.

«Elisa Marchant refiere que á tres jóvenes que quedaron vivos después de la descarga y que quisieron aún levantarse, los ultimaron á balazos y en seguida les dieron de hachazos con las espadas. Por último, ahí mismo prendieron fuego á los cadáveres, echándoles encima pasto seco, más arriba ramas de espinillo seco, y después tablas secas de álamo. Es de notar que no se fusilara á ningún obrero compañero de los jóvenes.

«Fuera de los oficiales enumerados, vió además allí el mencionado señor Estévez á Eduardo y Arturo In-

faute, á Jorge Porras, á Vicente Subercaseaux Latorre, á Juan Bravo (de Húsares), á un capitán Santander, á Fuenzalida (del 8.º), á un tal Sepúlveda y á Alejandro Miniño Castillo, que hacía de ranchero. En el recorte del diario que acompaño figuran algunos otros, y entre ellos don Ricardo Saavedra Serrano, quien me ha dirigido desde Valparaíso la carta-protesta que adjunto.

«Por otra parte, y como consta de las copias autorizadas que acompaño, en el libro de decretos que se encuentra en la Comandancia General se registra el siguiente, de fecha 19 de agosto:

«Núm. 365.—Nómbrese un Consejo de Guerra que
« procederá sumariamente y en el término de seis
« horas á resolver lo que corresponde sobre el castigo
« que merecen las montoneras y las tropas irregula-
« res armadas para maltratar la Constitución y el res-
« peto á las autoridades legalmente constituídas; y
« con arreglo á lo dispuesto en el artículo 4.º del tí-
« lo 13 de la Ordenanza General del Ejército, artículo
« 141 y 143 del título 80 del mismo Código, servirá de
« presidente del Consejo el coronel don José Ramón
« Vidaurre, y de vocales los capitanes don Juan Agus-
« tín Durán, don Manuel Quezada, don Arturo Rivas,
« don Leopoldo Bravo, don Abelardo Orrego y don
« Manuel A. Fuenzalida. Servirá de secretario el capi-
« tán don Manuel H. Torres. Anótese y cúmplase.—
« O. BARBOSA.

«No sólo las casas de «Santa Sofía» sino también las de «Panul» y hasta las de los inquilinos de «Lo Cañas» fueron totalmente incendiadas.

«El comisionado de policía Rudesindo Salas llevóse

dos carretas del fundo, una cargada con zinc y la otra con dos canastos de aves y un barril de chicha. También trajeron aves y barriles pequeños de chicha los cocheros que condujeron á «Lo Cañas» á algunos de los oficiales.

«Deben ser testigos de este sumario Eusebio Iturriaga; Eusebio Garay; Rosario Astorga (camino de Pirque); el comisionado Guillermo Caro; Monsieur Vineaud, vinicultor de «Lo Cañas», y Vicente Sandoval.

«También adjunto á esta querella dos listas de sobrevivientes de esta hecatombe, á fin de que V. S. pueda inquirir de ellos los datos que estime conducentes.

«Con lo expuesto, termino suplicando á V. S. se sirva instruir el correspondiente sumario, despachando desde luego orden de prisión contra los presuntos culpables, ó bien mandar pasen estos antecedentes al Tribunal Militar. Es justicia.

«FLORIDOR ROMÁN BLANCO»

Como la publicación de la lista de las personas señaladas como cómplices y asesinos de «Lo Cañas» dió lugar á diversos desmentidos, la de la querella del Ministerio Público dió también lugar á numerosas protestas, entre las cuales citaremos la del coronel J. R. Vidaurre, dirigida desde Lima á *El Ferrocarril*, en la cual trata de justificar su conducta en aquella horrenda noche de luto y desgracias para la familia chilena, y refutar algunas de las aseveraciones del señor Román Blanco:

«Lima, 30 de noviembre de 1891.»

«SEÑORES EDITORES DE «EL FERROCARRIL»

«En el diario de Vds. de fecha 22 de octubre, he leído con sorpresa una querella del Ministerio público, en la cual manifiesta el señor fiscal Román Blanco que el insfrascrito mandaba en jefe las fuerzas que atacaron la montonera armada que se encontraba en la hacienda de «Lo Cañas» de propiedad de don Carlos Walker Martínez, siendo que en la expresada fecha, 18 de agosto, me encontraba en comisión en la costa de San Antonio, en unión de los coroneles señores Ezequiel Fuentes, Julio García Videla, Vicente Ruiz y Enrique Munizaga, el teniente coronel Alvarado, el sargento mayor Arturo Rivas y varios otros, reconociendo el camino que conduce del expresado puerto á Santiago, por donde se decía desembarcaría el ejército revolucionario, habiendo sólo regresado de esa comisión y dado cuenta del desempeño de nuestro cometido ese día á la 1 P. M.

«Á esta misma hora, y al presentarme á la Comandancia General de Armas de Santiago, oí decir que esa mañana había tenido lugar un combate entre fuerzas del Gobierno y una montonera armada que existía en «Lo Cañas», según lo indicaba un parte pasado por el jefe de la fuerza que había atacado, teniente coronel don Alejo San Martín, al Comandante General de Armas. Momentos después regresaba de la Moneda el señor general Barbosa, donde había ido á dar cuenta de lo sucedido, y me notificó que yo había

sido nombrado presidente de un consejo de guerra, en unión con los vocales capitanes señores Manuel A. Fuenzalida, Abelardo Orrego, Manuel Quezada, Arturo Rivas, Leopoldo Bravo y Juan Agustín Durán, y secretario el capitán don Manuel H. Torres, sirviendo de fiscal el teniente coronel don Emilio Arís. Se me manifestó al mismo tiempo que debía trasladarme inmediatamente á la hacienda de «Lo Cañas» para proceder con el expresado consejo á juzgar á los reos prisioneros que habían hecho en la montonera, debiendo evacuar sentencia en el término de seis horas y proceder verbalmente.

«A la dos de la tarde, en cumplimiento de la orden superior que como jefe subalterno del general tenía que obedecer y acatar, me puse en marcha con el fiscal, secretario y vocales nombrados. Me dirigía por el callejón del Traro, y á la altura del Zanjón del Aguada encontré al comandante San Martín con cien hombres de caballería é infantería que conducían unos cuarenta prisioneros, siendo de éstos sólo siete personas conocidas y los demás gente del pueblo. Lo interrogué sobre el motivo por que llevaba esa gente, y mostrándome una lista de todos, me contestó que eran los prisioneros tomados á una montonera que esa mañana había sido atacada y dispersada en «Lo Cañas». Inmediatamente ordené que fueran conducidos los reos á Santiago y puestos á disposición del Tribunal Militar, enviando aviso de lo resuelto al señor general Barbosa, con el teniente coronel don Vicente Subercaseaux. Iban también á la orden del expresado comandante San Martín, las cargas de rifles y municiones tomadas en el campo del suceso. Á re-

taguardia marchaba un coche con los señores Luis Barceló Lira, Luis Infante Tagle y Carlos Lira Ossa, que se me dijo habían sido encontrados en el camino al irse á incorporar á la montonera. Interrogados, negaron su complicidad, y sólo se les quitó los revólvers y municiones que llevaban en el coche, ordenando el que suscribe fueran también conducidos á Santiago con las armas que les fueron encontradas. Me dirigí, en seguida, á la hacienda nombrada para tomar un ligero croquis y todas las averiguaciones que fueran conducentes al mejor esclarecimiento del suceso. Llegados allá, encontramos ardiendo las casas próximas á la puerta, y unas á la izquierda que ya empezaban á arder, y que dispuse se apagaran, por ser fácil hacerlo.

«En este punto empecé mis averiguaciones interrogando á un hombre y á una mujer que había allí, quienes me dijeron que el ataque había sido como á una legua, en otras casas que estaban al pie de la cordillera y más ó menos á las cuatro de la mañana. Como se me indicara el camino que conducía á ese lugar, resolví llegar allá, y apenas me puse en marcha, divisé hacia ese punto una humareda. Llegado al lugar encontré dos hombres que me dijeron eran arrieros y leñadores de las casas y que estaban ahí porque los ocupaban en traer víveres y otros artículos á las personas que se habían batido en la noche anterior.

«Me condujeron ellos mismos al lugar del suceso, que era al pie de un cerrito, en una vertiente; lo hice reconocer por mis ayudantes, y se encontraron once cadáveres, cuya identidad no se pudo constatar por ser desconocidos de nosotros, con excepción de uno que

fué reconocido por un oficial del 8.º de línea, quien dijo había sido sargento de su cuerpo y licenciado por sospechoso. Su apellido era Cabrera.

«Se encontró también en este punto un sombrero que en el interior tenía el siguiente nombre: *V. Borne*.

«No pudiendo adelantar más mis averiguaciones, resolví volverme á Santiago, y al salir de las casas de la hacienda me encontré nuevamente con el comandante San Martín, quien, antes de ser interrogado, me dijo que le habían ordenado terminantemente de la Comandancia General de Armas se volviera con los prisioneros al lugar del suceso y los pusiera á disposición del consejo de guerra que debía juzgarlos. En consecuencia, el fiscal, comandante Emilio Arís, asumió su carácter de tal y procedió á tomar las declaraciones, principiando por el señor Arturo Vial Souper, en presencia de todo el Consejo y de varios jefes y ayudantes extraños á él. Debo advertir que sólo el fiscal interrogaba á los reos, sin emplear amenazas de ningún género ó medio alguno que, atemorizándolos, pudiera obligarlos á declarar algo distinto de lo que había sucedido.

«Las ocho personas que fueron sentenciadas por el Consejo á sufrir la pena que indicaba el fiscal en su vista, declararon su culpabilidad en la montonera, exponiendo que habían ido á ese lugar mandados por el Comité de Santiago con el objeto de cortar los puentes del «Morro», «Pirque», «Angostura» y varios otros, como también los telégrafos en distintas partes en los momentos que desembarcaran los revolucionarios en cualquier punto de la costa, para impedir que se unieran las divisiones de Valparaíso, Santiago y

Concepción; que las armas, municiones, dinamita y demás elementos los recibían del molino «Las Alatas» (?); que si hicieron fuego y se defendieron de las fuerzas del Gobierno fué porque así se lo habían ordenado los capitanes que los mandaban, pues estaban divididos en compañías con sus correspondientes centinelas; que no creían ser atacados ni sorprendidos porque se les había asegurado que el Comité vigilaba tan bien sus escondites, que antes de salir un soldado del Gobierno de su cuartel ellos lo sabrían; que si sus capitanes habían alcanzado á escapar era porque en el primer momento tomaron los únicos caballos que había á mano y á ellos los dejaron batiéndose de á pie; y, en fin, varios otros puntos que á su debido tiempo revelaré y que quedaron estampados en el sumario que se instruyó.

«Como se verá, el Consejo no tenía otra cosa que hacer sino fallar con arreglo á la vista fiscal, que en todo estaba conforme á las declaraciones y á los preceptos de la Ordenanza Militar, fallo que debía ser, además, examinado por el Tribunal Superior ó autoridad que lo había mandado constituirse como tal.

«En el curso de las declaraciones se suscitaron en el Consejo varias dudas, y el que suscribe creyó necesario consultarlas á Santiago. En primer lugar, si el Consejo debía sólo fallar ó aplicar también las penas, como parecía darlo á entender el decreto de formación del Consejo; y en segundo lugar, si se remitía en la misma noche, inmediatamente después de concluído el sumario, á la capital, para los efectos de apelación ú otros, ó se entregaba al fiscal para su tramitación. Estas consultas se mandaron por medio de

una nota al señor general Barbosa con el mayor don Manuel Escala, y al mismo tiempo se le indicó verbalmente que pusiera en conocimiento del general todo lo que había visto y oído, en caso de ser interrogado.

«Después de dos horas volvió el expresado jefe, y en presencia del Consejo me manifestó lo siguiente:

—«Fuí á la Comandancia General de Armas y no
« encontré al señor general; pero habiéndoseme indi-
« cado que estaba en la Moneda, me trasladé allá.
« Efectivamente, estaba en los salones de S. E., y en
« virtud de la importancia del asunto, me hice anun-
« ciar y le entregué la nota. Después de un rato salió
« el general Barbosa y me entregó la contestación,
« ordenándome que cambiara caballo en Cazadores y
« partiera al escape». Procedí á leer lo contestado
delante del Consejo y además las siguientes palabras
que venían al pie de la nota-contestación del general
Barbosa: «Que sean ejecutados inmediatamente todos.
—(Firmado) BARBOSA».

« Á primera vista, sin titubear se comprenderá que, tanto la redacción del decreto sobre formación del Consejo como la contestación á mi nota de puño y letra del general, indicaban que debíamos proceder sumaria y verbalmente en el término de seis horas á la investigación y castigo de los culpables. Pero el que suscribe, bajo su responsabilidad, y con el asentimiento unánime del Consejo, resolvió hacer desde la iniciación de las averiguaciones un formal sumario por escrito, estampando en él las declaraciones, vista y sentencia, y entregarlo en seguida al fiscal para su tramitación. Efectivamente, así se hizo; todas las de-

claraciones fueron leídas, ratificadas y firmadas por los declarantes, sin variar una coma á lo declarado; se estampó la vista y la sentencia, dando término á su cometido el Consejo á las 3.30 más ó menos de la mañana del día 20.

« No obstante, retuve en mi poder el sumario hasta las 7.30 de la mañana, con el objeto de que pudiera darse lugar en Santiago á cualquiera resolución gubernativa que atenuase en parte siquiera la pena que los reos habían merecido por el grave delito de que se habían hecho culpables y estaban confesos. Aun hice más: dirigí al señor general Barbosa una carta particular cuyo contenido á su debido tiempo daré á conocer.

« Como el público verá, el que suscribe jamás ha tenido participación en el ataque que se hizo á la montonera en la madrugada del día 19.

« Ahora, respecto al espíritu que animaba al que suscribe y vocales en el delicado desempeño que se nos había confiado, él se revela, en primer lugar, en que hicimos conducir á Santiago los reos á pesar de haberseme ordenado juzgarlos en el punto mismo del suceso, para así dar lugar á la clemencia, ya que la aplicación de la Ordenanza General del Ejército era inevitable; en segundo lugar, en que, habiéndosenos delatado y asegurado que los señores Barceló, Infante y Lira iban á formar parte de la montonera, no les dirigimos, el que suscribe, ni los vocales, ninguna palabra amenazante para atemorizarlos; y aunque estábamos convencidos de su complicidad, les manifestamos creer en su palabra, y al efecto fueron conducidos á Santiago, desarmándolos sólo de sus revólvers, que

cada uno llevaba en el coche; (esos mismos señores, según versión que he visto en la prensa de Santiago, han confesado que iban formar parte de la montonera); y en tercer lugar, la actitud asumida por nosotros con todas las personas de la hacienda, á quienes no se les apremió de ningún modo para declarar, no obstante los indicios que dejaban escapar de complicidad.

«De esto último pueden ser testigos los leñadores que encontramos en las casas al pie del cerro, el viniticultor del fundo, su mujer, y otras personas que podrían haber sido sometidas á un interrogatorio.

«Cuando ya el Consejo no podía rehuir el desempeñar su cometido, lo hizo con sólo los individuos que le fueron entregados como prisioneros por el jefe de la fuerza, comandante San Martín, aplicando en su sentencia las penas que señalaba la Ordenanza Militar sólo á las personas que espontáneamente confesaron de plano su complicidad, y dejando en libertad á los que negaron su participación.

«Con sorpresa, también he visto que el señor Fiscal en un documento público como es el á que me refiero, inserto en el *Ferrocarril* de 22 de octubre, asegura, entre muchas otras inexactitudes, que la montonera no hizo resistencia, y sólo pretendía huir. Sin embargo, el *Heraldo* de Valparaíso del 7 de septiembre, publica dos declaraciones de testigos presenciales, que reproduzco para que se vea claro la manifiesta parcialidad del Fiscal:

«Juan M. Martínez dice: «En esos momentos nos pusimos en actitud de combate para atacar las fuerzas de la dictadura. Se dispararon descargas de ambas partes: yo firme en mi puesto. Á la hora después

«llegó una segunda fuerza del dictador, también de
«á caballo, y sólo entonces empecé á disparar mi rifle
«por intermedio de un bosque; no se veía con la os-
«curidad de la noche».

«Y Pedro Pablo Acuña expone: «Minutos después
«se oyen disparos, y la pequeña división quiere dis-
«persarse, mas el valiente capitán los detenía dicién-
«do en alta voz:—«¡No se mueva ninguno!» y re-
«petía esta frase con tanto mando que ninguno se
«movía, haciendo fuego al enemigo, que se acercaba
«á cada momento. Pero llegó el instante crítico en
«que tuvimos que retroceder haciendo fuego en reti-
«rada, sobre todo mi capitán, que no cesó de dispa-
«rar tiros hasta que mereció escapar».

«También incurre maliciosamente el señor Fiscal
en otra inexactitud, tal vez con algún estudiado ob-
jeto, pues dice en su querella: «Es de notar que no se
«fusilara á ningún obrero compañero de los jóvenes». Esto no es exacto, señor Fiscal; el reo Santiago Bobadilla pertenecía á nuestro pueblo, y no era persona conocida. Si con los demás obreros no se ejercitó la ley del mismo modo, lo sabrá V. más tarde cuando se investiguen con serenidad y justicia los hechos; entonces también sabrá cómo, por quién, y para qué fueron llevados esos individuos á la hacienda de «Lo Cañas».

«Dejo al público, sin comentario alguno, la apreciación de lo asegurado por un funcionario como el señor Román Blanco y las declaraciones dadas por dos testigos ante sus amigos ó partidarios.

«Debo advertir también que la declaración que hacen estos individuos en los puntos en que se refieren

á la defensa y ataque de la montonera, está enteramente conforme con lo aseverado por el señor Arturo Vial Souper y demás compañeros.

«En cuanto á lo aseverado por el señor Fiscal, de que los cáda-veres han sido profanados bárbaramente, puedo asegurar que está muy mal informado. Cuando reconocimos los once cadáveres, que estaban cerca de la vertiente, no tenían sino las heridas causadas por los proyectiles de rifle y por los sables.

«Respecto á las ocho personas que fueron ejecutadas por sentencia del Tribunal, también puedo asegurar que no fueron profanados sus cadáveres en ningún sentido, pues fuí informado por varios de los jefes que presenciaron este acto, que se llevó á cabo con la formalidad y respeto que se acostumbra en estos solemnes casos. Aún más, el doctor señor Estévez, jefe de la ambulancia que fué á ese lugar, puede, en unión del personal que lo acompañaba, declarar sobre el particular, pues él presenció desde el primer momento lo sucedido y pudo constatar la ejecución.

«Por si hubieran extraviado intencionalmente el sumario, conservo en mi poder una relación circunstanciada de todo lo sucedido en este delicado asunto, para, en momento oportuno, presentarla al Tribunal que debe conocer en cuestión tan grave.

«Por ahora sólo me limito á la presente publicación para contestar en parte los infundados cargos del señor fiscal, reservándome, como lo he dicho, una oportunidad propicia á fin de entrar en todos los esclarecimientos necesarios.



VII

Dos excursiones

AL lado de esas proezas de inventiva con que se pretende paliar el horror de aquellas escenas sin nombre, coloquemos las medias tintas que amortigüen el cuadro: nos las dará un hermoso artículo que el señor Zorobabel Rodríguez Rozas dedica á un amigo suyo, en que narra sus impresiones al visitar el campo del crimen.

Es éste:

«Una excursión á «Lo Cañas»

I

«Eran las tres de la tarde de uno de los días calurosos del pasado mes de diciembre, y el que estas líneas escribe y el apreciable amigo á quien van de-

dicadas,—joven é inteligente agricultor del valle de Llaillay, perseguido y preso durante la Dictadura,—tomamos caballos en una de las chacras que se extienden al sur del llano de Subercaseaux, y en animada charla nos pusimos en camino al fundo de «Lo Cañas».

«Mientras atravesábamos las cinco ó seis polvorientas avenidas que nos separaban del término de nuestro viaje, largamente discurrimos sobre el crimen inaudito, aun no castigado, que manos dictatoriales, que agentes serviles de Balmaceda habían llevado á cabo con instinto sanguinario, propio de caníbales. ¿Cómo traer al recuerdo el alevoso asesinato perpetrado en «Lo Cañas» sin sentir lastimados en lo más vivo nuestros sentimientos humanitarios? ¿Cómo no avergonzarse al pensar que fueron chilenos sus autores? ¿Cómo sujetar la petición de la justicia, ya que nó de venganza, que brota involuntariamente de los labios al relatar la horrorosa hecatombe? Perjudica á los buenos el que los criminales queden sin castigo. ¡Dios quiera no tengamos que arrepentirnos de haber sido indulgentes en demasía!

II

«Habíamos, al galope del caballo, atravesado, en dirección á la Cordillera, las calles de San Diego y Santa Rosa, en su parte rural, y desde un camino ancho, bastante poblado, comenzamos á divisar, entre manchas verdes y amarillentas, allá en las laderas

de los primeros cordones andinos, las casas y potrerros de «Lo Cañas».

«Preguntamos por la vivienda de «Panul», que queda más arriba, y donde tuvo lugar el llamado *combate* por los dictatoriales, y se nos dijo aparecía perdida entre la montaña tupida que la rodeaba.

«Insensiblemente ascendíamos. La brisa era más pura y refrescante. Menos quemaba el sol, á pesar de que distaba mucho aun para que se sepultara, entre purpúreas tintas, tras las montañas del poniente.

«¡Qué grato es el campo para el que vive la agitada existencia de la ciudad! La tranquilidad que reina por do quiera, el fresco ambiente, la limpidez y hermosura del cielo, la vegetación exuberante y verde, las corrientes de agua, el expresivo lenguaje de los animales y el canto alegre de las aves, la sencillez de los pobladores de las campiñas, todo, apartándonos de lo ficticio y del ruido ensordecedor de las grandes poblaciones, inunda de placer nuestra alma, ensancha nuestros pulmones, y en medio de los aromas que despiden las flores, levanta nuestro espíritu, nuestro corazón y nuestro pensamiento á la altura.

III

«Del largo camino que da remate en el ancho canal que sirve de lindero á «Lo Cañas», acabábamos de recorrer la mayor parte. Sin conocer á punto fijo el lugar en que estaban situadas las casas del histó-

rico fundo, vimos una cruz sobre murallas derruídas, y tratamos de indagar lo que ella significaba.

—«Está ahí hace mucho tiempo, nos contestaron unos sencillos campesinos.

—«¿Desde antes del suceso de «Lo Cañas»?

—«Sí, señor.

—«¿Dónde están las casas de «Lo Cañas».

—«Aun más lejos, señor.

«Y nos mostraron unas paredes blancas que no distaban mucho del punto en que nos encontrábamos.

—«En los campos hay cruces por todas partes, agregó mi acompañante.

«Y es la verdad. La cruz es símbolo de la religión que profesamos. Por lo mismo que la cruz es instrumento de martirio, la miramos como áncora de salvación. En vez de maldecirla, la imploramos; en vez de mirarla con espanto, la queremos y reverenciamos.

IV

«Al llegar al término de la prolongada avenida, doblamos á la derecha, dejando á la izquierda el caudaloso canal, y al lado opuesto numerosas viviendas de inquilinos rodeadas de árboles y flores.

«De pronto divisamos una pintada puerta de reja, y luego de franquearla, atravesamos, por sobre sólido puente de madera, el canal ancho y de considerable profundidad. Desde ese momento la tierra que hollaban nuestros caballos pertenecía al fundo de «Lo Cañas».

«La alameda que conduce á las casas es corta; no tendrá más de dos cuadras á tres de largo. La forman arbustos muy nuevos aún. Á ambos lados se extienden hermosos y verdes viñedos, cerrados con tapiales cubiertos de tejas. La uva debe darse allí más que jugosa, sumamente dulce. El terreno es de primer orden, y la exposición de la planta al sol es magnífica. Está tendida en la ladera.

«El fundo todo de «Lo Cañas» es de lomaje ó cerro. La parte más próxima al valle la ocupan los viñedos; la intermedia, sembrados de toda especie, y la superior, en la que se hallan las casas de «Panul», una montaña baja y enmarañada, mas no tanto que impida que el pasto crezca, sirviendo para la crianza.

V

«Á la conclusión de la pequeña avenida nos encontramos frente á las extensas y destruídas casas de «Lo Cañas». Con religioso respeto las contemplamos, y al leer las inscripciones que cubren los blancos muros, trajimos á nuestra memoria á las jóvenes víctimas de la tiranía y elevamos nuestro pensamiento á Dios.

«¡Honor y gloria á los mártires de Lo Cañas!» «¡Honor á los que murieron por dar libertad á su patria!» «¡Gloria á los valientes jóvenes asesinados por el tirano!»

«Estos y muchos otros letreros parecidos, junto con algunos nombres de las víctimas y con nombres de visitantes y fechas, cubren las paredes, pintadas con cal.

«Las casas eran de dos pisos, y un pequeño y hermoso jardín las perfumaba.

«El frente era formado por cinco ó seis piezas en la parte baja, y de cada extremo partían, construídos sobre habitaciones subterráneas, departamentos que daban más pintoresco aspecto al edificio, resguardando el jardín por ambos costados.

«Tras de la hilera de piezas que formaban el frente, se extendía un patio cubierto de árboles y con habitaciones á los lados y en su parte posterior.

«Á la izquierda de las casas se encuentran las del viñatero, que también fueron quemadas, y cerca de ellas, pero un poco más hacia al cerro y en la parte posterior de las principales, se alzaban las bodegas, que fueron igualmente incendiadas.

«Próximo á la puerta de entrada á las bodegas, y en el espacio que queda entre ella y una pirca de piedra, fueron fusilados algunos de los esforzados jóvenes, no sabemos con precisión el número.

«Una cruz de madera, clavada allí por la generosa mano del dignísimo cura de San Miguel don Miguel León Prado, se levanta y parece cobijar bajo sus brazos á las víctimas, y nos hace concebir la dulce esperanza de que todas ellas han de ser felices en la otra vida. El mártir al morir debe volar rápido en dirección al cielo. Muere para vivir.

«Numerosas coronas cubren la muralla, y tarjetas de deudos, y amigos, y admiradores, adornan la oscura pared de adobes, con caracteres en que se reflejan los más puros sentimientos de fe y amor á la patria.

«Anduvimos por todas partes, y á las personas que

encontramos las interrogábamos, tratando de obtener pormenores de la horrorosa matanza.

«Sobre nuestros briosos caballos penetramos á las piezas de las casas del fundo, á las bodegas, y recorrimos los patios y avenidas que rodean los edificios. Mientras andábamos por do quiera, en más de una ocasión recordamos al querido amigo Wenceslao Aránguiz, nuestro compañero en trabajos electorales y en asociaciones cristianas; al alegre joven y amigo Ignacio Fuenzalida Castro; á Luis Zorrilla, á quien dos ó tres días antes habíamos visto y hablado, y del cual conservo cartas que serán para mí imborrable recuerdo á su memoria; y á Vicente 2.º Borne, á cuyo dolorido padre oímos, al darle el pésame de amigo, que su hijo Vicente era tan bueno y tan cumplido, que no lo merecía.

—«¡Dios me lo llevó! nos dijo llorando.

«El día avanzaba, y era necesario apurar nuestra visita. Después de orientarnos, y con el correspondiente permiso, dejamos atrás las casas y las bodegas, y franqueando puertas y un nuevo canal, comenzamos á ascender la montaña.

«Se nos olvidaba decir que en el potrero, y cerca de las bodegas, sobre un gran peñasco, se ha colocado una gran cruz de madera, que ostenta numerosos letreros.

VI

«De las casas de «Lo Cañas» á las de «Panul» hay una legua larga. El camino está bien marcado, y conduce

al viajero casi en línea recta. No es pendiente, por lo que es fácil el tráfico no sólo á caballo sino en carruaje.

«Separa las casas del fundo de las de «Panul» un bosque tupido de tebales, espinos, litres y otros árboles y arbustos que se enlazan con quiscos, y flores y enredaderas silvestres. Peñascos esparcidos aquí y acullá contribuyen á hacer más impenetrable el bosque. Y la quebrada es ancha. La vista distingue lejos los cerros que á uno y otro lado la forman y que se juntan detrás de las habitaciones de «Panul».

¿Cómo los esforzados jóvenes y campesinos que les hacían compañía no pasaron la noche ocultos en el escondite seguro que los árboles les proporcionaban? No se comprende. ¿Cómo no apostaron centinelas en el camino que en ese momento recorriamos, y antes, al rededor de las casas del fundo? Tampoco es fácil explicárselo. El toque de una campana, una corneta, un silbato, el anuncio de un jinete, luces, en fin, pudieron, estando sobre aviso, prevenirlos de la sorpresa de que fueron víctimas. En una época de terror como por la que atravesó el país durante la dictadura de Balmaceda, ¿era razonable aventurarse á permanecer reunidos, y con algunas armas, sin tomar medidas de precaución? No habría estado demás el tomar todas las que se hubiera imaginado. Pero Dios no lo quiso. Plugo al cielo que entre sus mártires más meritorios la historia de Chile grabara los nombres de los heroicos jóvenes sacrificados en «Lo Cañas», y, quiso el cielo que el tirano agregara, con tan horrible carnicería, una página cruentísima é imborrable á su aborrecida dictadura. ¡Gloria á los mártires y castigo ejemplar para los victimarios!

VII

«Á pesar de que hicimos la travesía hasta las casas de «Panul» al lento paso de nuestras cabalgaduras, para no fatigarlas demasiado, no tardamos mucho en llegar á ellas.

«Una cerca de piedra las rodea. Algunos álamos se alzan próximos y les dan cariñosa sombra.

«Todo es allí soledad y silencio. Las casas de Panul están deshabitadas, y no hay una sola vivienda en los alrededores, ni hallamos una sola en el largo camino que arranca desde las casas principales del fundo.

«No es posible mirar con indiferencia los sitios en que se han desarrollado sucesos que han conmovido hondamente á la sociedad. Nosotros no pudimos menos de contemplar con curiosidad, y con veneración sobre todo, ese recinto, y esas murallas, y esos árboles y montes que fueron, hace poco, teatro del crimen más inicuo que registran los anales de Chile. Allí en esa casa se ocultaron jóvenes que ardían en deseos de prestar su contingente á la causa nobilísima de la Revolución. Familia, hogar, comodidades, amigos, porvenir, todo lo jugaban. ¡Qué importa! Un tirano esclavizaba á la patria, y era necesario hacer esfuerzos indecibles por redimirla. La patria ante todo, se dijeron esos jóvenes, esos niños, y con arrojo temerario se reunieron y se armaron, cerca de la guarida de la fiera, á las puertas de Santiago, dispuestos á contribuir en la medida de sus fuerzas al derrocamiento de la Dictadura. Desgraciadamente hubo delatores infa-

mes, hubo confianza excesiva, hubo impremeditación. Y esa brillante juventud, ese grupo de audaces ciudadanos fueron sorprendidos por los instrumentos del tirano, y rodeados y muertos bárbaramente.

«Estábamos en presencia de las casas en que se había verificado la matanza, ó parte de ella, en el punto mismo en que tuvo lugar la que nosotros llamamos atroz carnicería, y los dictatoriales *combate con la montonera de «Lo Cañas»*. Descendimos de nuestras cabalgaduras, y nos dispusimos á visitar minuciosamente las habitaciones de «Panul» y sus alrededores, en cuanto nos lo permitiera el escaso tiempo de que podíamos disponer.

VIII

«Creíamos las casas de «Panul» mayores de lo que son. Es en realidad una vivienda para inquilino: tal vez la habitaba el encargado del cuidado de las reses que pastan en la montaña. La forman dos piezas y una contigua, á la que no puede dársele el nombre de tal, y que ocupa parte del corredor que hay en contorno. Las piezas no tendrán más de cuatro ó cinco metros de largo por otros tantos de ancho; el corredor, un ancho de dos metros. Las puertas son tres, y dos las ventanas. El pavimento de las habitaciones es de ladrillo, y de tierra el del corredor. Unos seis pilares sostienen los corredores.

«Las casas de «Panul» fueron quemadas. Parte del techo de una de las piezas ha sido consumido por el

fuego. En las demás no aparecen ni vestigios del incendio.

«Hay un hoyo, en la habitación del medio, próximo á una esquina, y dos de las puertas tienen una de sus hojas desprendidas. En las paredes, que se hallan enlucidas, existen manchas, algunas de las cuales parecen ser de sangre. Las mismas manchas se notan más pronunciadas en las puertas mismas. Las manchas son de tamaños diferentes, y en una de las hojas de las puertas vimos una producida, al parecer, por una cabeza herida que había buscado allí apoyo por breves momentos.

«Ni en las puertas y ventanas, ni en los marcos de unas y otras, ni en los pilares, existe la huella de un disparo. En cambio, las paredes, sobre todo al frente de las casas y en la parte posterior, se hallan horadadas por las balas. Pretendimos, pero en vano, extraer alguna para conservarla como valioso recuerdo de nuestra visita.

IX

«Inspeccionadas las casas de «Panul» por dentro y fuera, y después de haber excudriñado con la curiosidad que es de suponer, los muros y puertas, techos y pavimentos, tratando de sorprender un indicio siquiera de la desigual lucha, salimos á recorrer los alrededores.

« Uno que otro árbol se alza silenciosamente en torno de la vivienda de «Panul». Tal vez la imagina-

ción excitada tiene en ello parte, y nó pequeña; pero lo cierto es que creíamos en cada árbol y en cada piedra encontrar un testigo de aquella hecatombe, y un testigo que se condolía en silencio de ella, y acusaba en silencio, pero amargamente á los verdugos. ¿Cómo no traer á la memoria que esos árboles, y esas piedras, y esos cerros, y el manantial cercano presenciaron, al clarear el infausto día, escenas horripilantes, cuadros nunca vistos, en que hombres ó fieras armadas ultimaban con saña brutal á jóvenes distinguidos, á pobres campesinos? ¿Cómo no interrogarlos por si algo nos cuentan, por si nos descubren los detalles de algunos de esos dramas horrendos? ¿Cómo no suponer hasta á los mismos objetos inanimados tristes al recuerdo de la muerte inhumana aplicada á niños indefensos por numerosa y bien armada tropa?

«Poseídos de tales ideas, contemplamos los árboles y los peñascos, nos sentamos sobre éstos y cogimos hojas de los primeros, penetramos en una gruta formada por una infinidad de troncos, y mojamos nuestras manos en las aguas dormidas de la fuente vecina á la gruta.

«Fatigados, sin saber por qué, más moral que físicamente, descansamos un instante y, mirando lo que nos rodeaba, pensamientos sombríos cruzaron por nuestro cerebro, afebrado con la rapidez del meteoro.

X

«Cerca crecía una planta de flores rojas; tomamos algunas y las guardamos en nuestra cartera. Conservaremos siempre esas flores, ya secas, arrancadas en las vecindades de «Panul».

«Presurosamente ascendimos sobre nuestras cabalgaduras, y, con más pena que á la subida, bajamos lentamente la quebrada. Al abandonar la vivienda de «Panul», la miramos por la vez postrera. Contemplé ese edificio, más que con los ojos del cuerpo, con los del espíritu.

«Todo se aunaba para impresionar dolorosamente nuestro ánimo: el espectáculo de las casas que acabábamos de visitar y lo sombrío del paisaje. El día avanzaba á su término. Los vapores que, al perderse el sol entre los montes del poniente, se desprenden del valle, ascendían imperceptiblemente á lo alto. Las sombras primeras de la noche envolvían á la naturaleza, cubriéndola con tenue gasa. Buscaban las aves sus nidos y sus hijuelos, y en los campos el labrador, rendido con la pesada faena, marchaba camino de su choza; los ganados se apiñaban en los corrales. Todo era cesación de luz, de vida, de labor y de bullicio. Difícilmente hay una hora más poética é impregnada de mayor romanticismo y misterio que la del crepúsculo. La creación descansa, y mientras las campanas de los grandes y pequeños templos tocan el *Angelus*, brota de los labios del campesino el perfume de la plegaria!

XI

«Á las ocho de la noche estábamos de regreso en la chacra, de donde habíamos partido cuatro horas antes.

«Para no olvidar lo que acabábamos de ver, resolvimos hacer de nuestro viaje sucinta pero verídica relación. Nada nos había satisfecho de lo mucho que habíamos leído sobre la matanza de «Lo Cañas». Deseábamos que se nos diera á conocer el fundo, las casas principales y las de «Panul», en fin, algo que nos describiera el teatro en que los sangrientos sucesos se habían verificado. Sin tiempo suficiente y sin los datos necesarios, nuestro relato dista mucho de ser completo. Valga, en todo caso, nuestra buena voluntad, y sírvanos ella de disculpa.

«Z. RODRÍGUEZ ROZAS.

«*Santiago, 7 de enero de 1892.*»

Mas al señor Rodríguez Rozas no le fué dado presenciar el campo mismo de la matanza, humeante aún con la sangre de las víctimas, ardiendo aún los escombros de los edificios al contacto de la tea incendiaria. El señor Rodríguez Rozas sólo vió huellas inertes de un furioso huracán; ruinas, pero nó cadáveres; cenizas, mas nó la llama que se cebara con ansia en los cuerpos de las sublimes víctimas, hasta hacerlos carbón.

Para formarse idea de todo el salvaje horror de que el campo de «Lo Cañas» podía dar testimonio era preciso haber estado en él pocas horas después de los asesinatos; y para hacerlo necesario era arrancarse antes el alma, haberse bañado el corazón en las aguas de la insensibilidad. . . . era menester estar loco, demente, para no sentir estallar las fibras de la vida, romperse las ligaduras de la razón.

Pero á veces el deber se sobrepone al dolor; á veces, ante un deseo que se estima sagrado, se ocultan las lágrimas, aunque caigan gota á gota sobre el corazón. Entonces, en esa lucha entre el dolor que ahoga y la lágrima que se comprime, entre el dolor que batalla y el dolor que se vence, la vista se oscurece, se destroza el alma, la vida no existe. Entonces no se siente, no se llora; el pecho, comprimido, se dilata apenas, y un sollozo hondo, profundo como el último estertor de un moribundo, quema la garganta, sube al cerebro, y la razón huye. . .

Entonces se está loco.

La narración del viaje que el 20 de agosto de 1891 hizo á «Lo Cañas» el señor Eduardo Borne en busca del cadáver de su hermano, la noble víctima don Vicente 2.º Borne, y que damos á continuación, podrá pintar los horrores que la mano de la Dictadura dejó escritos para siempre en los pintorescos parajes del fundo del señor Walker Martínez.

Nos dice el señor Borne:

« He sabido últimamente que estás escribiendo un folleto sobre el luctuoso martirologio de «Lo Cañas», y que deseas obtener el mayor número de detalles

sobre aquellos desastrosos sucesos. Creyendo que te puede interesar la relación del viaje que hice á aquel lugar en busca del cadáver de Vicente, te la remito, previniéndote que una igual envié á don Eduardo Salas, quien la debe conservar.

«Como de los primeros á quienes le fué dado ir á «Lo Cañas» á buscar los despojos fúnebres de las víctimas, puedo darte detalles exactos sobre los desoladores cuadros que en ese lugar se exhibían.

«Así pues, empezaré mi relación desde el momento en que tuve la dolorosa certidumbre de que mi inolvidable hermano era uno de los mártires.

«Desde luego, mi primera diligencia fué dirigirme á la Comandancia General de Armas, con la remota esperanza de que me permitieron pasar á «Lo Cañas»; y dijo remota, porque no hacía mucho que á un influente diputado dictatorial había oído decir:

—«*Es inútil pedir permiso para traer los cadáveres: los montoneros no tienen sepultura; mueren como los perros.*»

«Efectivamente, en la Comandancia se me negó el permiso de ir á tributar el último homenaje de cariño al que fué mi hermano querido.

«Pero no desmayé, y al día siguiente muy de alborada volví nuevamente á la Comandancia á reiterar mi petición. Encontré allí gran movimiento y bullicio; las idas y venidas precipitadas de oficiales y clases, los cuchicheos y misteriosas conversaciones, todo me anunciaba una gran nueva. En efecto, esa misma mañana se había recibido la noticia del desembarco del ejército constitucional en la bahía de Quintero.

«Después de esperar cerca de una hora, conseguí

hablar con un sargento mayor ó teniente coronel, al que humildemente expuse mi demanda. Con cara de vinagre me contestó que esperara, lo que hice por más de media hora, expuesto á las torvas y amenazadoras miradas de cuanto individuo entraba. Transcurrido aquel tiempo, el oficial volvió diciéndome:

—«El General (Barbosa) accede á su solicitud; *pero no responde de lo que allá puede sucederle.*

«Sin temor á esa advertencia-amenaza, en compañía de Abraham y de Roberto, mi hermanito menor, momentos antes de las once de la mañana tomamos un coche y nos pusimos en marcha.

«Á la altura del Camino de Cintura encontramos una ambulancia ¡cruel sarcasmo! al mando de un señor á quien no conocía, pero que más tarde supe era el doctor Estévez. Tomamos el callejón del Traro, y después de algunos minutos de marcha, nos vimos detenidos por una numerosa partida de tropa que tornaba del teatro de los sucesos, cargada con el botín del robo y arreando un gran piño de ganado sustraído en los alrededores. No satisfechos con sus instintos de asesinos, esos soldados, ávidos de pillaje, capitaneados por oficiales ebrios de vino, quisieron detenernos, profiriendo al mismo tiempo contra nosotros los más soeces é inmundos insultos, y amenazándonos con sus puños y bayonetas, que más que el arma de un soldado parecían el puñal de un salteador.

«¡Ah, querido Jorge! necesario fué poner una cara risueña para poder pasar adelante; preciso fué recibir de manos de esos asesinos una copa de aguardiente y hacer el simulacro de brindar con ellos á la salud del Dictador para escapar con vida de sus sanguina-

rias garras. Merced á esto, pues, pudimos conseguir que se nos dejase continuar nuestro camino.

«Sólo cerca de la una de la tarde pudimos llegar á «Lo Cañas».

«Al acercarnos, los hombres, mujeres y niños que vagaban por el campo huyeron rápidamente en dirección á la montaña; pero al ver nuestras señas amistosas y sobre todo nuestro traje de paisanos, se acercaron, y nos mostraron el camino que conduce á las casas del fundo, que divisamos, después de algunos momentos de marcha, ardiendo todavía, y despidiendo de sus derruídos escombros gruesas columnas de humo, que arremolinadas por el viento, se disipaban lentamente en medio de caprichosas espirales. Á juzgar por uno que otro indicio, dichas casas debían de haber sido hermosísimas, rodeadas como estaban de extensos jardines y arboledas.

«Mas, esos detalles que hoy puedo apuntar armándome de tranquilidad, no me fué dado observarlos en ese entonces, pues mi dolorosa misión no era otra que traer el cadáver de mi malogrado hermano. Con este fin, siguiendo la indicación de uno de los campesinos, nos dirigimos hacia el lugar donde estaban las bodegas, hoy montón de ruinas y de escombros, y penetramos en ellas para presenciar la escena más espantosa que pueda imaginarse: á lo largo de la pared, ocho cuerpos humanos se consumían pausadamente por el fuego de algunas tablas y ramas secas que aun ardían. Creo que ninguna pluma podría describir ese cuadro de horror y de sangre, ese asesinato sin nombre, el más horrendo que registrarán los anales de los más feroces pueblos. Nó, no podía darse el nombre de cadá-

veres á esos mutilados miembros. De los esforzados jóvenes que heroicos desafiaron la muerte, tostadas carnes, informes restos tan solo quedaban, hacinados en horrible confusión entre el barro, los escombros, los rotos girones de ropa y las cápsulas de los cartuchos de rifle, que de cuando en cuando estallaban al contacto del fuego. Allí veíase un cráneo dividido en dos partes, con muestras tan sólo de cuero cabelludo; acá una mano crispada aún después de la muerte; más allá una pierna, un brazo; en la pared trozos de cerebro y manchas oscuras de sangre.

«¡Ah Jorge! todavía tengo ante mis ojos esa venda de horror, ese hacinamiento de restos humanos!...

«Hoy no comprendo cómo pudo seguir latiendo mi corazón cuando mi vista, ansiosa, buscando el cadáver de mi hermano, deteníase un segundo sobre unos ojos arrancados de sus órbitas, para fijarlos después sobre una boca, cuya lengua había sido arrancada de raíz, y chisporroteaba, tostándose sobre unas rojas brasas que entre la oscuridad del sitio centelleaban á intervalos, como esos fuegos fatuos de los pantanos.

«¡Y ahí se encontraban los que fueron mis queridos amigos, Arturo Vial, Alberto Salas, Ignacio Fuenzalida, Carlos Flores, Wenceslao Aránguiz! Mas yo no los conocí... era imposible...

«Trémulo, sintiendo ofuscarse mis pensamientos, estallar mi corazón, huí de ese sitio de muerte, no sin haber recogido antes dos medallitas, una con la imagen de San Vicente de Paul, y otra con la de Santa Filomena, que conservo en mi poder, como reliquia de aquellos mártires.

«El desconsuelo, la desesperación más horrible se

habían apoderado de mí al no encontrar entre esos restos el cadáver de Vicente. Suponía, y á la verdad con razón, que quizás lo hubiesen ya quemado ó entregado de pasto á las aves de rapiña; esto me quitaba el consuelo, dulce hasta cierto punto, de honrarlo con cristiana sepultura.

«No sabía ya qué hacer, cuando un campesino se me acercó y me dijo:

—« Hay todavía más, señor.

—«¿Dónde? le pregunté.

—«Allá arriba, patrón, contestó, extendiendo su brazo en dirección á la montaña; allá donde se ven aquellos alamitos amarillentos y escuálidos.

«Como le diera á entender que no conocía el camino, el buen hombre con una solicitud complaciente se prestó á conducirnos.

«Á causa de lo pedregoso y estrecho de la senda tuvimos, á poco andar, que abandonar la marcha en coche y, arreando uno de los caballos, proseguirla á pie en unión del cochero.

«Á medida que nos acercábamos al lugar en que, según el campesino, debíamos encontrar nuestros fúnebres despojos, notábamos que el hombre retardaba más y más el paso, como arrepentido de haber-nos llevado hasta allá.

«Interrogado por mí me respondió:

—«Qué quiere, pues, patrón; me da pena, porque allá hay un caballerito tan parecido á usted, que se me figura ha de ser su hermano. Es tan jovencito que de pura lástima tapé su cadáver con unas mantas.

«El corazón me anunciaba que las palabras de ese buen hombre decían desgraciadamente verdad, así es

que apresuramos la marcha, y saltando clavadoras matas de espino, pisando cápsulas de rifle, restos de comida,—pues ahí había sido el lugar elegido por los soldados de San Martín para vivaquear,—atravesando tupidos breñales y destrozados matorrales, pudimos alcanzar, como á las dos y media de la tarde, la casita de la montaña, que después supimos se llama el «Panul», donde un nuevo cuadro de horror, más espantoso aun que el de las casas de «Lo Cañas», se presentó á nuestra vista; ahí, diseñándose sobre el fondo oscuro del terreno, en medio de nueve ó diez cadáveres, pudimos reconocer el cuerpo helado de mi idolatrado Vicente.

«¡Ah, Jorge! la naturaleza exuberante de los contornos parecía llorar con nosotros: un bosquecillo verde y sombrío, con esa verdura tímida del despertar de la primavera, parecía inclinar lloroso las ramas de sus árboles, para asociarse á nuestro dolor; las aves de rapiña, voraces siempre, no se atrevían á tocar los cuerpos de esas nobles víctimas, sino que, revoleteando á cierta distancia, lanzaban de cuando en cuando penetrantes graznidos, como si, hambrientas, no pudieran traspasar una misteriosa barrera que les impidiera saciar sus apetitos.

«Nuestros pies, como arraigados al suelo, se negaban á avanzar un paso; el temblor convulsivo de nuestros labios nos impedía desahogar en espantosas maldiciones contra los asesinos la cólera de que rebosábamos, y pronunciar una palabra que descargase nuestros corazones del dolor que los atormentaban.

«¡Ah! Vicente cubierto de heridas, mi hermano querido con el cráneo despedazado, vaciados los sesos,

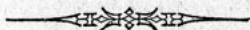
los muslos rotos á hachazos, yacía en tierra al lado de Isaías Carvacho, de Arsenio Gossens, de Ramón Irrarázabal. . . . ¡Oh! cómo no morir! . . . Cómo no sentir en sí el vértigo del delirio, las alucinaciones de la fiebre! ¡Cómo no sentir los arranques de la locura en medio de esa soledad, cerca de unas casas en ruinas humeando todavía, bajo un sol abrasador, á orillas de una vertiente de espumosas aguas, y ante la vista los cadáveres del que fué el hermano, el amigo, y el compañero de infancia! . . .

«Largos momentos permanecimos sombríos y cabizbajos, hasta que el mismo dolor nos vino á sacar de nuestras hondas meditaciones. Era necesario llenar los últimos deberes del cariño y la piedad.

«Como pudimos, atamos al caballo el cadáver de Vicente, envuelto en toscos sacos, y con él empezamos el descenso de la montaña hasta llegar al coche, donde lo colocamos del modo más conveniente, para tornar con él á Santiago, á donde llegamos cerca de la cinco de la tarde.

«Al otro día tuvo lugar el entierro, al que asistieron los voluntarios de todas las compañías de bomberos de esta capital, aunque sin uniforme, porque, como tú sabes, un úkase de la Comandancia General de Armas lo dispuso así, como también el número de carruajes que podían asistir al cortejo fúnebre.»

.
.





VIII

En el templo.—Á la memoria de los mártires.

No insistamos más en evocar tan horrorosas escenas. Ellas hacen mal; obligan á abominar de los hombres.

Volvamos nuestros ojos á horizontes más serenos: vamos al templo.

Pero aun allí encontraremos ecos del crimen. En efecto, la Iglesia, por su parte, también quiso asociarse al duelo nacional, y enlutando sus templos, en medio de sus imponentes ceremonias, levantó á lo alto su piadosa plegaria; la cátedra del Espíritu Santo, silenciosa desde tanto tiempo, dejó oír su palabra consoladora en raudales de esperanza.

La oración fúnebre pronunciada por el presbítero don Ramón Ángel Jara en recuerdo de los caídos en Concón y la Placilla tuvo también hermosas frases para los mártires de «Lo Cañas».

Hélas aquí:

«Tan cargada de vapores estaba la atmósfera en la primera quincena de agosto, que á cada instante nos parecía que iba á desatarse alguna horrible desgracia en torno nuestro.

«Sobran las razones para creer que en aquella sed de sangre estaba reservado al sacerdocio el papel de Isaac sobre la leña del sacrificio; pero Dios, en sus inexcusables designios, permitió que la cuchilla respetase esa víctima y fuera á hundirse en el cuello de un inocente cordero que encontró prendido entre las zarzas del monte...

«¡Oh noche infausta del 19 de agosto! ¿Por qué no tuviste rayos en el cielo, lluvias torrenciales y horribles huracán que hubieran llevado el terror á los lobos carnívoros?

«¡Ah, noche de horror, noche sin semejanza y que serás la *Noche triste* de nuestra historia! Noche funesta de la hecatombe de *Lo Cañas*, ¿á cuál podría yo compararte? Acaso á aquella noche del 13 de mayo de 1647, que guardan nuestros anales, en que la ciudad de Santiago cayó aplastada al empuje de súbito terremoto? Acaso á la noche inolvidable del 8 de diciembre de 1863, en que el incendio voraz de un templo consumió dos millares de existencias? ¡Ah! Para ignominia eterna de la Dictadura, no puedo encontrarte igual ni en las leyendas pasadas de la salvaje Araucanía! Para encontrarte una hermana ¡oh noche cruel! necesitaría ir á buscarla ó dentro de los circos del viejo paganismo ó bajo las negras tiendas de los bárbaros errantes. Y eso me humilla como hombre y me avergüenza como chileno...!

«Las catástrofes de los incendios y terremotos

producen, es cierto, los espasmos del dolor; pero, cuando se inmolan víctimas inocentes por hombres que son hermanos. . . cuando los verdugos meditan con frialdad su crimen. . . cuando en un pueblo culto y cristiano tienen lugar escenas de caníbales que arrancan protestas á nuestros mismos adversarios. . . ¡ah! entonces, si no vinieran en nuestro auxilio los consuelos de la fe, estallaría entre golpes desesperados el fanal de la razón.

«Van corriendo los días y aun está palpitante el asesinato de «Lo Cañas.» En vano se suceden las patrias alegrías, porque hilo á hilo sigue corriendo el llanto sobre esos troncos mutilados, sobre esos calcinados miembros y esos campos desolados por la muerte.

«¡Ah, niños y jóvenes, mimados de la fortuna, de la nobleza y del cariño! decidnos: ¿qué secreta inspiración tuvieron vuestras almas, qué impulso irresistible os arrastraba á sufrir el martirio por las leyes y la libertad de la Patria? ¿Por qué, al partir de vuestros hogares, dabais abrazos estrechos á vuestros hermanos; por qué en sentidas cartas pedíais perdón á vuestros queridos padres, por qué implorabais de rodillas la bendición de vuestras madres y, temblando de emoción, depositabais un beso sobre sus frentes; por qué se turbaban vuestros labios al despediros de la joven prometida; por qué, en fin, vinisteis á los pies del sacerdote á purificar vuestras conciencias y á cubrir vuestros pechos con la imagen sagrada de María. . . ?

«¡Ah! Con la punta de sus espadas han escrito ya nuestros guerreros la explicación de ese holocausto. ¡Sí, señores! En sus grandes calamidades, el pueblo

de Israel aplacaba á Dios con la sangre de las palomas y corderos. Nuestro país había irritado al cielo con negras ingratitudes y, así como los inocentes niños de Belén fueron los heraldos de la redención del mundo, quiso Dios, señores, que los jóvenes mártires de *Lo Cañas* fuesen las hostias pacíficas del perdón y los mensajeros de la anhelada redención de nuestra Patria. . . »

Pasaron ya las emociones de los primeros momentos del triunfo; pasaron los gritos de alegría de los que, encarcelados durante ocho meses, vieron de repente rotas sus cadenas, y sintieron ensancharse sus pechos al respirar anhelantes el aire de la libertad; secáronse ya las lágrimas derramadas en recuerdo de los que rindieron sus vidas por devolver á la patria sus instituciones gloriosas. Hoy nosotros, que somos ya para ellos la posteridad que debía juzgar sus acciones, pensamos sólo en tributar á su memoria los homenajes de admiración á que se hicieron acreedores. El pueblo de Chile, jamás ingrato, trata hoy de levantar un monumento á los heroicos mártires de «Lo Cañas»; y nuestra prensa, siempre entusiasta por todo lo que es digno y grandioso, ha puesto su pluma al servicio de tan laudable proyecto.

«Es olvidadiza la memoria de los hombres, dice *El Porvenir* en uno de sus editoriales.

«En un punto dado de la vida nos encontramos con un rasgo, con un hecho, con una escena alegre ó trágica que quisiéramos conservar intacta. Y á veces se nos antoja que sabremos guardarla en todos sus de-

talles. Pero el tiempo pasa, y los contornos de aquello que nos impresionó tan hondamente se van desvaneciendo, y los detalles se confunden y el conjunto mismo se pierde y desaparece entre las brumas de los años. Los años son crueles con la memoria.

«Por eso los hombres consignan en escritos sus recuerdos, y por eso los pueblos fijan en el bronce sus grandes fechas.

«No es esta consideración sola la que ha asociado á una docena de distinguidos jóvenes con el propósito de arbitrar recursos para levantar un monumento que perpetúe la memoria de las víctimas de «Lo Cañas». Ese monumento será también el pago de una deuda grande de reconocimiento, de gratitud sincera; será una página de heroicos sacrificios, de generosidad sublime por la patria, expuesta á las generaciones que vengan más tarde.

«Fueron muy amargos los últimos días que la dictadura proporcionó á la República. La prensa, gastada de arrojar insultos durante largos meses á la sociedad chilena, nerviosa ante la sonrisa del público desdén, encontró una fraseología más llena de veneno, más insultante, más cargada de bajezas, de calumnias y de odios implacables. Por aquellos días redoblaron su altanería los esbirros, grandes y pequeños, se multiplicaron los decretos encaminados á torturar las libertades del ciudadano, llovieron amenazas de exterminio y se vició la atmósfera hasta dar muerte desesperante, que no llegó para todos, porque en el santuario de la conciencia sentíamos agitarse la dulce esperanza de una próxima victoria.

«Fué entonces cuando desaparecieron sigilosa

mente de sus hogares muchos jóvenes de nuestra sociedad con un laudable propósito. Los que nunca debían volver, no pudieron dar el adiós postrero ni á sus padres ni á sus hermanos.

«Reunidos en un punto de operaciones, fueron sorprendidos, insultados en presencia de la muerte, muertos desapiadadamente. . . ¡y se profanaron sus cadáveres! y un festín babilónico celebraron las hienas sobre las fresca y caliente sangre. . . !

«La noticia llegó á Santiago á tropezones y confusa. Los que habíamos visto tantas iniquidades, la desechamos por inverosímil: tan grande, tan inicua, tan salvaje era la tragedia que se nos contaba, empaçada con lágrimas de dolor y de impotencia.

«Gimió la gran ciudad aquella tarde de agosto. Sin armas, separados por dobles cadenas de esbirros y de espías, impotentes, los hijos de Santiago no pudimos vengar á las víctimas de «Lo Cañas».

«Á esas víctimas es á quienes se quiere ahora levantar un monumento que sea á un tiempo mismo manifestación de gratitud eterna y templo que guarde respetuosamente sus cenizas.

«Se ha acordado levantarlo en el cementerio de esta ciudad y frente á aquel otro que conmemora el incendio de la Compañía.

«Esta obra debe ser nacional. La Sociedad que trabaja para llevarla á término, procura que contribuyan todos los pueblos de la República. Porque los hijos de este país debemos pagar con algo á los que por nosotros sacrificaron todo en la edad más bella de la vida.

«Si el suelo de Chile ha sido fecundo en caridad,

si aquí toda noble idea ha sido acogida con entusiasmo, es de esperar que el monumento á los mártires de «Lo Cañas» se levante en reducido espacio de tiempo y tan suntuoso como merecen esos mártires.

«Estas líneas son un llamado á la generosidad de la sociedad chilena.

«Una insinuación de los encargados de la obra nos ha bastado á ponernos con la pluma en la mano; una insinuación nuestra bastará para que ellos encuentren expedito el camino de las voluntarias y patrióticas erogaciones. Es este uno de aquellos proyectos que sólo necesitan señalarse para que al punto se realicen de manera cumplida. La nobleza de sentimientos y el patriotismo comprenden toda su importancia, y ambas virtudes se anidan en los corazones chilenos sin esfuerzo.

«Cuando esta generación desaparezca, cuando la historia haya recogido los detalles de los trastornos que hemos presenciado, más tarde, en el campo de los muertos, entre los tristes cipreses y las flores que el cariño cuida, encontrarán los chilenos una columna con asiento de granito, que se levanta sobre los mausoleos y las estatuas silenciosas. En esa columna leerán la inmolación voluntaria de una juventud que no pudo soportar el látigo insultante de la tiranía».

La juventud de cuyo seno salieron esos abnegados mártires para escalar el pináculo de la gloria, debe ser la amparadora del proyecto en cuestión. Si Prat con su sublime sacrificio nos mostró la senda del triunfo en la legendaria contienda del Pacífico, los héroes de «Lo Cañas» mostráronnos cómo se puede

ser grande, cómo se puede derrocar los tiranos y cómo se deben respetar las leyes é instituciones de la patria. Si Prat mereció un monumento conmemorativo, los jóvenes mártires del 29 de agosto merecenlo también, como prueba del agradecimiento de Chile y de sus hijos.

¡Gloria á ellos, que supieron comprender y probar que vale mil veces más la muerte que la esclavitud!





SEGUNDA PARTE

BIOGRAFÍAS

I

Isaías Carvacho

NACIÓ en Santiago el 26 de julio de 1863.

Niño aún, quiso tomar parte en las campañas del Perú para adornar con los laureles de la victoria su frente juvenil; pero no pudiendo realizar por entero sus deseos, hubo de conformarse con servir en la sección sanitaria del ejército al lado de su señor padre.

A su vuelta, concluyó sus estudios de humanidades en el Liceo de Valparaíso, y empezó el curso de Leyes, que terminó en mayo de 1886, mereciendo ser distinguido por sus compañeros y maestros con una ver-

dadera estimación, que harto merecían su bondadoso carácter, su criterio sano y su recto juicio.

Educado al lado de una familia que sólo en el trabajo cifraba su porvenir; aprendiendo desde su cuna que la honradez y el estudio son los únicos veneros que encierran los más preciosos é inagotables metales; enemigo de la adulación y de la intriga, supo alcanzar una lisonjera posición, que no debió, ciertamente, á los empeños, ni á las recomendaciones de nadie.

De ahí que la hiel de la enemistad jamás amargara su carácter, cuyos movimientos reglaba siempre aquel precepto de Sócrates: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti».

Nunca fué un motivo su situación escasa para que volviese la espalda al mendigo que implora un pan: siempre pronto á ayudar á los necesitados, no calculaba que su caridad podría acarrearle hambre ó sed, frío ó enfermedad. Aun recuerdan sus compañeros del Liceo de Valparaíso una acción de Carvacho, que por sí sola merece la más preciada corona.

Era una noche de invierno: los alumnos internos del Liceo acababan de recogerse á sus lechos, temblando de frío y ansiosos de sueño, tras la larga tarea del día. En uno de los ángulos de la inmensa sala, débilmente alumbrada por la luz vacilante de una lamparilla de aceite, estaba el humilde lecho de uno de los alumnos, motejado por sus compañeros con ridículo apodo y objeto de sus burlas y pesadas bromas. *La Lechuza*, como le llamaban los muchachos del Liceo, sintiéndose mal de salud, había pedido permiso en el día para acostarse, permiso que se le concedió en vista de la patente de su enfermedad; y sus dolencias, agravadas

por la escasez de sus abrigos, le arrancaban de cuando en cuando dolorosos lamentos, que sus compañeros dejaban pasar en medio de la mayor indiferencia. La niñez, ha dicho Lafontaine, es sin piedad.

Había uno, sin embargo, que los oía conmovido. Era Carvacho.

Cuando todos los alumnos, después del *toque de silencio*, se hubieron dormido y la calma sólo era interrumpida en el exterior por el ruido de la lluvia y uno que otro trueno que á intervalos retumbaba en el espacio, y en el interior por los quejidos del infeliz *Lechuza*, levantóse con tiento Isaías Carvacho, y tomando la única frazada de su cama, cubrió con ella las espaldas casi desnudas de su compañero enfermo.

Esta noble acción habría quedado ignorada de todo el mundo si un inspector del Liceo que vigilaba el dormitorio no lo hubiese visto y dádola á conocer al rector el día siguiente, lo que valió á Isaías Carvacho un sincero aplauso de sus maestros.

Profesando esos mismos sentimientos de niño, se hizo inscribir en Santiago, en junio del 87, como miembro de la «Liga Protectora de Estudiantes pobres» y nombrar algún tiempo después miembro de la 2.^a compañía de bomberos, y director y profesor durante dos años de la «Escuela Franklin.» Ya en Valparaíso había sido voluntario de la 11.^a compañía de bomberos, durante el año de práctica forense que siguió en Viña del Mar como secretario de la Municipalidad de aquel pueblo.

En enero de 1891, desde que se inició la gloriosa revolución contra la tiranía, Isaías Carvacho fué de los primeros en entregarse con toda la energía de su

alma á la defensa de la causa de la ley, escribiendo el periódico *La Legalidad*, que él fundó, y que hacía imprimir con materiales y obreros de la «Escuela Franklin», hasta el momento en que fué ocupada por las tropas del Dictador.

Careciendo de tipos de imprenta después de la ocupación de aquel local, Isaías Carvacho, empeñado más y más en su tenaz oposición al régimen de la Dictadura, hacía reproducir en su casa proclamas manuscritos que él luego se encargaba de circular.

Pero esa odiosa Administración seguía sosteniéndose sobre sus cimientos de fango y arena, y á pesar de la opinión unánime del país, la suerte y la prosperidad de la patria seguían estrellándose en ese tiempo contra las quince mil bayonetas que sostenían la Dictadura. Entonces los revolucionarios determinaron recurrir á un movimiento de armas que debía efectuarse en la noche de 22 de enero; pero que fracasó por las más negra de las traiciones.

Entre los más comprometidos en esa empresa se encontraba Isaías Carvacho, quien desde ese día fué tenazmente perseguido por los esbirros dictatoriales. Pero Carvacho, al mismo tiempo que despistaba á los sabuesos de la policía, no desistía en su empeño por servir la causa de la revolución, porque «no quiero, decía, que me lleven á la cárcel sin motivo».

Se hizo más temerario, más arrojado, y hasta tal punto que no pensó nada menos que en arrancar de sus prisiones á los militares encarcelados por no querer apoyar á un gobierno indigno y malvado; y al efecto fraguó numerosos planes, que fracasaron por deslealtad de unos, y flojedad de otros.

Volvió entonces á proseguir sus trabajos de periodista, fundando *El Deber*, *El Diario Oficial*, *La Libertad*, periódicos que siguió redactando hasta el momento en que, al publicar el segundo número del último, fué sorprendido merced á una miserable delación, llevado desde luego al cuartel del batallón 4.º de línea y arrastrado en seguida á la Penitenciaría.

Después de ocho días de severa incomunicación en este establecimiento penal se le trasladó á la cárcel, desde donde siguió redactando *La Legalidad*, propagando sus ideas entre la tropa de la guardia, escribiendo en las paredes de su celda (número 266) los crímenes de la Dictadura, «para que los leyeran los defensores de ese régimen, que más tarde, cuando la Revolución triunfara, debían ocuparla.»

En efecto, don Santiago Herrera Gandarillas, un teniente coronel de la tiranía, puede haber leído en esos muros lo siguiente:

«Crímenes de Balmaceda y jauría

«1.º Haber atropellado la sagrada Constitución del Estado, pretendiendo eliminar una de las ramas del Poder Público, el Poder Legislativo, que representa la soberanía del pueblo;

«2.º Haberse constituido en Dictador, asumiendo todo el poder público, aprisionando y persiguiendo á los miembros del Congreso Nacional y suprimiendo las Cortes de Justicia;

«3.º Mantener sin facultad un ejército permanente formado á viva fuerza, y otro ejército de mercenarios;

«4.º Formar, en contravención á la Constitución y á la Ley, un congreso de fantoches con facultades de Asamblea Constituyente;

«5.º Hacer uso y abuso de los caudales públicos, usurpando y derrochando 30 millones de pesos que existían en arcas fiscales para responder del crédito exterior de la Nación;

«6.º Haber atropellado todas las garantías individuales;

«7.º Haber corrompido y desmoralizado al ejército.

«Crímenes especiales

«Asesinato de los tripulantes de la *Guale*, y de dos sargentos;

«Flagelación y tormentos;

«Robos y peculados;

«Alta traición á la Patria, al constituirse en tirano;

«Clausura y persecución á la prensa;

«Prisiones indebidas;

«Violación de domicilios particulares;

«Saqueo de la propiedad privada;

«Incendiario.»

Pero, sabedor el gobierno de la propaganda que entre sus soldados hacía el incansable adalid revolucionario, creyó conveniente transportarlo á otro punto. En efecto, el 25 de julio Isaías Carvacho fué remitido á San Carlos, desde donde escribía á su familia y amigos «que nada hicieran por él, porque no quería deber nada á los enemigos de su patria.» Allá, desterrado bajo un cielo desconocido, sufriendo los

tormentos de una estrecha prisión, sintió arraigarse más y más en su pecho la fe en la pronta regeneración política de su patria, hasta tal punto, que ella llegó á ser su pensamiento fijo, su creencia más absoluta, la más arraigada de sus convicciones.

«No hay que afligirse, escribía á sus padres en una carta fechada en 9 de julio, no hay que afligirse, porque esto durará apenas cuarenta dias.»

Con esa fe viva y apasionada era con lo único que podía sostener su ánimo, el de su familia y compañeros de sacrificio, y alentar á su anciano padre, y varios de sus amigos reducidos á prisión en el mes de julio, y atormentados en sus oscuras celdas con el refinamiento de la más ensañada crueldad.

«No hay que tener miedo, volvía á escribir el 28 de julio; el gran golpe está ya próximo; la agonía de la Dictadura principia ya; concluirá entre el 15 y el 20 del mes entrante».

Por una clave convenida, avisó á uno de los miembros de su familia que llegaría á Santiago el 14 de agosto, adonde arribó efectivamente en el expreso del 15, vestido de campesino y fumando con toda la calma que lo caracterizaba. Desde ese mismo día se le pudo ver en todos los paseos públicos; recorriendo los barrios tanto centrales como apartados de la ciudad, levantando los ánimos, infundiendo fe y prodigando valor y entusiasmo.

El 18 del mismo mes, á las cuatro de la tarde, salió de Santiago para ir á formar en la montonera de «Lo Cañas» y morir á manos de sanguinarios asesinos en la cumbre de la montaña del «Panul», al lado de Irarrázabal, Borne y Gossens.

Pero sus convicciones, sus esperanzas no salieron fallidas: la Dictadura cayó, y rotas quedaron las cadenas del esclavo; y entonces la gratitud por el que fué uno de los servidores más decididos y abnegados, levantóse en todos los pechos, y la memoria del mártir, ultrajada con los soeces insultos de una prensa corrompida, escribióse en el libro de oro de nuestros héroes.

Los bomberos de la 2.^a compañía, reunidos el 1.º de noviembre de 1891 en el Cementerio General de Santiago al rededor de su tumba, prodigáronle los honores fúnebres que la tiranía había impedido el día de su sepultación; y sobre el ataúd que encerraba sus despojos inertes la amistad vino á exhalar su perfume de homenaje y admiración, y á grabar la siguiente inscripción: *«La 2.^a compañía de bomberos á su abnegado servidor: A Isaías Carvacho, inmolido alevosamente en Lo Cañas el 19 de agosto de 1891»*.

Luego, los señores Germán Munita y Robinson Bascur pronunciaron los siguientes sentidos discursos.

EL SEÑOR BASCUR

«Señores y compañeros:

«El viento impetuoso de la guerra civil apagó en la siniestra noche de «Lo Cañas» la vida de Isaías Carvacho.

«Empujado al centro ardiente de la revolución, por su gran corazón de patriota, sacrificó en aras de la libertad su reposo, sus más caras afecciones de familia, su rico porvenir y su misma existencia.

«Luchó con toda la fuerza de que era capaz su alma vigorosa para asegurar en Chile el imperio de la ley; luchó con la palabra y con la espada; fué soldado en las filas del periodismo clandestino y soldado mártir en el ejército de los hombres libres.

«Espíritu superior que poseía la noción del deber en toda su amplitud, audaz y valiente para no temer las asechanzas de los sicarios, predicó el dogma de su fe republicana en el hogar, en el foro, en la prensa, en la cárcel y en el destierro, hasta que llegó á morir como un héroe anónimo en el altar del sacrificio.

«En el libro de esta vida, que cerró la muerte de improviso, hay escritas páginas admirables que nosotros podemos leer aquí, delante de su tumba, para honra perpetua de su memoria.

«Fué un joven abnegado, de claro talento, que luchó valerosamente en el camino del bien, oculto siempre entre los pliegues de su excesiva modestia. Alcanzó á ocupar distinguidos puestos que eran para él un sacrificio y que por lo mismo aceptaba sin vacilar.

«Nació en un hogar muy digno, muy honrado, donde el talento ha sido herencia de familia, y el amor á la patria tradición venerada. Vivió allí, oscuro, desconocido, bajo la penumbra de la pobreza, alimentándose con la fe del porvenir, hasta que las alas de su espíritu eminente elevaron su nombre y su prestigio á la altura de sus merecimientos.

«Si de alguien puede decirse que es hijo exclusivo de sus obras, nadie mejor que Isaías Carvacho tiene derecho á que le llamen así.

«Surgió sin auxilios extraños, sin mendigar favores

que no habría permitido la índole de su carácter altivo, apoyado tan sólo en la férrea palanca de su voluntad inteligente y perseveradora, en su amor al trabajo, en sus hábitos de seriedad, de rectitud, de discreción.

«Entró al foro á una edad en que muchos entran á la Universidad y llegó al templo de la ley con paso firme, alta la frente, convencido de la majestad de su ministerio, siempre en auxilio del buen derecho, siempre en defensa de la justicia negada ó perseguida.

«Así se explica que en poco tiempo salvara su fama el recinto de los Tribunales para adquirir vastísimas proporciones, dándole, junto con un merecido renombre, abundantes medios de hacer el bien y de dar cumplida satisfacción á la ternura filial de que estaba llena su alma.

«La instrucción pública le debe gratitud como á uno de sus más constantes servidores. Sirvió públicamente en la escuela y convirtió su gabinete de estudio en cátedra privada de enseñanza á la clase obrera. Fué director, profesor y conferencista en la Escuela Nocturna de Artesanos «Benjamín Franklin» en cuyas salas, ahora vacías, repercute todavía el eco de su palabra poderosa, enseñando al pueblo los derechos del hombre, esforzándose en hacerles conocer los preceptos de la moral y las lecciones de la ciencia. Fué profesor de silabario, y enseñó á leer y á escribir con las facilidades de los nuevos métodos á cinco cursos de obreros viejos que ahora ganan la vida con descanso; fué profesor de Derecho Público, y formó alumnos capaces de comprender la revolución, de sentir sus impulsos, de hacerse matar por la libertad.

En ellos encontró colaboradores para imprimir y hacer circular las hojas periódicas que daba á la publicidad durante la Dictadura y no faltó entre ellos quien le acompañara y recogiera su postrer aliento en los campos de «Lo Cañas.»

«Era miembro de la Sociedad de Instrucción Primaria y de toda sociedad protectora, socio del Club Radical y afiliado al partido desde la infancia.

«El Cuerpo de Bomberos le recibió en su seno hace dos años. Voluntario de la 2.^a compañía, podemos nosotros dar público testimonio de la abnegación con que sirvió hasta que vino la muerte á separarle de nuestro lado.

«Señores, en esta ceremonia no hay nada de banal, nada que no sea profundamente sentido y justiciero: no en vano hemos venido á saludar este sepulcro con los estandartes enlutados y llena el alma de pesadumbre. Los restos que ahora aprieta la muerte entre sus fauces de piedra animaron en vida al defensor más abnegado de la propiedad y de las vidas. Al toque de alarma, Carvacho estaba en el cuartel; se le veía correr desatentado arrastrando el material al lugar del siniestro; ocupar el puesto de mayor peligro; desafiar á la vorágine espantosa, anonadarla y vencerla.

«¿Qué más se puede hacer en el curso de una existencia tan breve?

«¿Qué le falta al hombre para confundirse con la perfección humana después de haber cumplido todos sus deberes con la patria, con la familia y con la humanidad?

«Me parece que no debemos llorar sobre esta tumba.

«Los despojos mortales que ella encierra, recogidos del campo de la gloria, envolvieron el alma de un joven sinceramente patriota y sencillamente bueno.

«Cumplió en la mañana de la existencia todos los deberes que dignifican al hombre y murió en la cruz del sacrificio más horrendo por lo que él creía, con el ardor de su fe, la redención de la patria.

«Su martirio servirá de fuente á la historia para conocer cómo lucha la juventud de Chile por la libertad y cómo muere por ella; y no habrá corazón republicano en toda la América que no sienta, al contemplar esta muerte, el desconsuelo que nosotros sentimos en estos instantes.»

EL SEÑOR MUNITA M.

«Señores, compañeros:

«Hasta el derecho sagrado de sepultar á los muertos y de venerar á los mártires nos arrebató la tiranía, para ahogar en nuestras almas los arranques del dolor.

«Por eso la 2.^a compañía de bomberos, en cuyas filas militó esta víctima generosa de la libertad, no trajo á este recinto enlutadas banderas, pálidos semblantes, palabras de cariño, ni flores de gratitud.

«Para encontrar estos restos queridos, después de haberse escrito con su sangre las páginas más negras del gran crimen, la horrorosa hecatombe de «Lo Cañas», fué necesario, señores, que el deudo inconsolable llegase á este retiro de la muerte, con la mirada extraviada, acechando á sus autores, reprimiendo

sus sollozos y conteniendo sus lágrimas, á buscar entre un hacinamiento de cadáveres quemados, deformes y desnudos, el de este sér inmolado en los altares de la Patria.

«Pero los designios inexcusables de la eterna justicia parece que hubieran reservado una expiación tremenda al autor de tanto crimen; y en efecto, un mes después, cuando la luz melancólica del crepúsculo de la tarde alumbraba tristemente esta mansión del descanso, la mano de la compasión turbaba la paz de estas tumbas y golpeaba sus puertas, para pedir en nombre de un sentimiento humanitario, una palada de tierra con que cubrir los despojos, también desnudos, destrozados y sin cortejo, de aquel que cayó desplomado al peso abrumador de su conciencia!

«¡Sólo en la muerte podían confundirse las víctimas y el verdugo!

«Á la memoria de aquellas han formado una aureola de gloria y de inmortalidad el respeto y el agradecimiento públicos; á la de éste, han acompañado, en su caída estrepitosa, las maldiciones de la desgracia, las abominaciones del presente, y la condenarán los fallos de la posteridad.

«Yo quisiera, señores, que estos restos venerados recobraran la vida que perdieron, para oírles referir uno á uno los detalles horrorosos y todavía ignorados de aquella tragedia salvaje, en que la crueldad inhumana de las fieras, bañó el escenario con la sangre inocente de tanto mártir.

«¡Ah! pero si esta resurrección maravillosa se operara, si un soplo de vida les permitiera alzarse de

sus tumbas, para responder á la ansiedad de nuestras almas, estoy cierto que caerían nuevamente inanimados estos mártires gloriosos, porque los chacales sanguinarios, no pudiendo saciar su sed en la matanza, quitándoles de un solo golpe la existencia, destrozaron sus cadáveres, hasta el extremo de haber podido arrancarles veinte veces la vida, si otras tantas hubieran podido alimentar en sus almas!

«La historia de la humanidad no recuerda un crimen más cobarde y alevoso en sus páginas de sombra.

«Pero demos tregua á tanto dolor. Dejemos á la posteridad dictar sus fallos inapelables, ya que los malvados han podido sufrir en la proscripción, en la cárcel ó en la muerte, el peso de la justicia de los hombres.

«Animaba estos restos, señores, un espíritu altivo, generoso y honrado.

«Bullían en este cerebro, como aladas mariposas, las más nobles aspiraciones al perfeccionamiento moral, al engrandecimiento de la Patria y á las conquistas del bien.

«Se anidaban en este corazón, el sentimiento en su pureza, la virtud en su esencia y la justicia en su más alta concepción.

«Por eso al ver apagarse la luz de esta existencia para entrar nuevamente estos despojos en el laboratorio de la vida, el alma se siente desfallecer, é involuntariamente clavamos nuestros ojos en el cielo, interrogando la causa de este golpe tan fatal.

«La labor infatigable de su vida es una herencia fecunda que recogerá la Patria para guardarla en el ánfora sagrada de sus glorias.

«El foro chileno, que le ha visto desaparecer de sus estrados, recordará siempre con respeto su honradez profesional, su palabra convencida y convencidora, su afectuoso compañerismo y su prodigiosa actividad.

«La escuela, en donde formó el credo de sus convicciones políticas, fué el radicalismo, y en ella aprendió á amar la libertad, á defender las leyes y á engrandecer á la Patria.

«La cátedra vacía de la escuela, que tanto honró con su inteligencia, con sus conocimientos y con su contracción infatigable, levantará también en coro á su memoria, las plegarias de la gratitud.

«La masonería, en cuyos talleres de trabajo se han elaborado los más grandes progresos de la civilización moderna, también le vió robusteciendo sus columnas, con la virilidad de su espíritu y la entereza de su corazón.

«El conocimiento de la verdad y la práctica de las virtudes ejercían en el alma de Isaías Carvacho una irresistible atracción. Por eso fué á golpear á las puertas de ese templo misterioso, y encontró en él luz brillante para sus ojos y horizontes inmensos en donde ejercitar la caridad.

«La cadena fraternal sintió romperse un eslabón de oro con la muerte prematura de este joven luchador, y un gemido profundo y angustioso se sintió resonar en los ámbitos del templo.

«El recuerdo imperecedero de sus nobles cualidades habrá de reemplazarlo en su puesto de combate, y en él sabrán inspirarse los obreros infatigables del bien. En su peregrinación al infinito le acompañarán

las bendiciones de aquellos que consoló en la desgracia y que alivió en la miseria.

«El Cuerpo de Bomberos, señores, ha perdido con él un valioso concurso de trabajo, y la ciudad un defensor abnegado de sus propiedades y vidas.

«Y nosotros, los miembros de la segunda Compañía, á cuya prosperidad contribuyó tanto con sus esfuerzos y su ejemplo este mártir glorioso, sentimos en presencia de sus lívidos despojos la aflicción de nuestras almas y la desesperación de la realidad.

«Compañeros: inclinémonos reverentes ante la sublimidad del sacrificio de esta víctima generosa, que los mártires de las libertades patrias no deben ser perturbados en su sueño inmortal por nuestras quejas profanas, ni sienta bien rendirles el tributo de nuestras lágrimas al hacer la apoteosis de su gloria!»

Igualmente, el 29 del mismo mes y año, los miembros de la «Escuela Franklin» rindieron homenaje á su memoria, depositando sobre su tumba una preciosa corona y despidiéndose de él con tiernas palabras pronunciadas por los señores Marcial Valenzuela Silva é Ismael Valdés Vergara.

Hé aquí esos discursos:

EL SEÑOR VALENZUELA SILVA

«Señores:

«Honrado por mis honorables colegas, en el profesorado de la escuela «Benjamín Franklin», para venir aquí, á este augusto recinto, á tributar un sincero

homenaje de gratitud y en admiración á la memoria de aquel que en vida se llamó Isaías Carvacho y que fué nuestro más entusiasta cooperador en la noble tarea de regeneración del pueblo, permitidme un instante de benevolencia antes de dar por terminada esta ceremonia, para poder cumplir, en la medida de mis esfuerzos, con el sagrado y tristísimo deber que me he impuesto.

«La vida no es sino soplo ligero, que pasa muchas veces con rapidez tal, que no deja tras de sí más que una estela luminosa que se manifiesta en las buenas obras que se ejecutaron en vida y que se legan como ejemplo á la posteridad; y cuando yo recuerdo á Isaías Carvacho inmolándose por el honor y la felicidad de Chile, lanzándose con arrojo sin igual en defensa de las instituciones de nuestra patria, no encuentro ni ideas en mi cerebro, ni expresiones suficientes en mis labios, que expresen con la exactitud y claridad debidas la admiración que merecen tanto civismo ni patriotismo tanto! Porque vosotros sabéis como yo, que sólo el deber austero, el patriotismo infatigable, el heroísmo cívico apreciado y comprendido como él lo comprendía y apreciaba, pudo obligarle á lanzarse con tanto arrojo y decisión en defensa de nuestra causa.

«Ya no será sólo la antigua Grecia, ni la heroica Esparta quienes puedan presentar á la faz de la civilización venidera ejemplos de virtudes cívicas, de héroes, ni de titanes; como asimismo ya no serán, para vergüenza de nuestro país, sólo los salvajes Nerones de la vieja Roma los únicos tiranos que han dado ejemplo de tanta crueldad!...

«Isaías Carvacho fué inmolado como Nerón inmolaba á los cristianos, con la sola diferencia de que el emperador romano se valía, para satisfacer su sed de sangre, de bestias feroces; mientras, que el tirano de nuestro desgraciado país, dispuso en sus horrores de hombres feroces, mil veces más terribles que aquéllas!...

«¡Ah! señores, después del sacrificio de «Lo Cañas», en donde sucumbió nuestro amigo, ¿puede haber admiración, puede haber sentimientos que no debemos tributar á este noble y generoso hijo de Chile, que todo lo postergó, que todo lo sacrificó para ir á derramar su sangre y perder su vida en defensa de nuestra patria?

«Para nosotros, señores, estoy seguro que será siempre un verdadero honor el rendir culto en nuestro corazón á esta figura de la humanidad que se llamó Isaías Carvacho, poder glorificar mil y mil veces su nombre, aclamar sus méritos y sus hazañas, ya que él nos ha dado, con su ejemplo, la verdadera divisa y nuestro verdadero evangelio republicano.»

EL SEÑOR VALDÉS VERGARA

«Señores:

«Tres meses apenas han corrido desde la primera aurora de septiembre, en que brilló resplandeciente el sol de la libertad, y ya nos parece que el período anterior, la oscura y lóbrega noche de ocho largos meses en que el país estuvo subyugado por la Dicta-

dura, hubiera sido un sueño, un delirio de nuestra imaginación.

«La inteligencia humana se resiste á aceptar lo que es extraordinario, lo que excede ó traspasa los límites de lo natural, y por eso quisiéramos atribuir á una horrible pesadilla de calenturienta imaginación, los horrorosos excesos, las crueldades sin ejemplo, los abusos sin nombre, y los atentados de todo género, cometidos deliberada y conscientemente durante el régimen dictatorial.

«Pero la verdad se sobrepone á los mejores deseos, y la realidad no nos permite engañarnos, mucho menos cuando ella es abrumadora y hiere profundamente nuestras afecciones y sentimientos.

«Isaías Carvacho y todos sus compañeros de martirio en «Lo Cañas»; Ricardo Cumming y sus compañeros de sacrificio en Valparaíso; los tripulantes de la torpedera *Guale*; los sargentos del regimiento Esmeralda, y tantas otras víctimas de su amor patrio, caídas todas bajo el hacha exterminadora de la Dictadura, no nos permitirán olvidar jamás que este suelo querido dió albergue á un hombre cruel y abyecto que, engañando con mentidas formas y abusando de la confianza que en él depositaron sus conciudadanos, pretendió subyugarlos y sofocar los impulsos del patriotismo y del deber, derramando la sangre más noble y generosa con la misma indiferencia y con la misma tranquilidad con que se degüella á los animales destinados al abastecimiento de las poblaciones.

«¡Extravíos de la insensatez!...

«El régimen implantado por ese hombre feroz que

sentía sed insaciable de sangre y cuya memoria será eternamente maldecida y execrada, tuvo el raro poder de herir con sus rayos de soberbia y de despecho, á todas las instituciones y sociedades destinadas á hacer el bien.

«Puede asegurarse que ninguna asociación de beneficencia escapó á la saña y al espíritu de destrucción que alentaba á los desgraciados instrumentos de ese régimen maldito, que solamente fomentó el crimen y el vicio.

«Cada una de esas sociedades era una amenaza y un peligro para el tirano, porque todas tenían por misión hacer el *bien*, y esta palabra no estaba escrita en el programa de la Dictadura.

«La «Escuela Franklin» que desde el año 1862 instruye al pueblo y enseña á los obreros el cumplimiento de sus deberes, debía correr la suerte común, y tuvo, en efecto, una víctima inmolada bárbaramente por manos más viles que las del verdugo, en la sangrienta y feroz carnicería de «Lo Cañas», que fué celebrada en la forma más repugnante en la misma morada del que la decretó. . .

«El verdugo mata porque ese es su deber, y por vil que sea su oficio, encuentra amparo en la ley y compasión en la sociedad.

«Pero ultimar á jóvenes de la primera sociedad, á hijos de familia que eran la esperanza de sus padres y muchos de ellos hermosa realidad, persiguiéndolos con el mismo encarnizamiento y crueldad que si fueran animales feroces, ensañarse en seguida en sus cadáveres, mutilarlos bárbaramente, aplicar tormentos á los que sobrevivían, arrojarlos á una hoguera, y cele-

brar más tarde en bacanales y orgías al monstruoso crimen, es un atentado sin ejemplo, ni aun en los países más bárbaros, adonde se rinde culto á los dioses inmolando seres humanos.

«Es el vértigo de la maldad y del crimen...

«Perdonad, señores, que haga estos horribles recuerdos en este santuario.

«Lo restos informes de nuestro amigo Isaías Carvacho, que están en una fosa, reproducen en mi imaginación las escenas de dolor y amargura, que en el hogar de cada una de las víctimas produjo la primera noticia del siniestro crimen...

«Suenan en mis oídos los ayes de los mártires y los lamentos de sus infelices madres que, locas de desesperación, maldijeron entonces al verdugo y le desearon los mismos dolores y las mismas torturas que sufrieron los hijos de sus entrañas!

.....

«Nuestro compañero Isaías Carvacho, antiguo profesor de la «Escuela Franklin» y entusiasta propagandista de las ideas y principios que profesaba con la sinceridad y honradez que guiaron todos sus actos, fué sacrificado en el puesto del deber, como adalid de la libertad, en el horrible escenario de «Lo Cañas», última manifestación del régimen á que estaba sometido el país.

«Niño aún, Isaías Carvacho, á quien seducía el deber, buscó un puesto de peligro, como arrastrado por su temperamento.

«Era estudiante del curso de instrucción secundaria, cuando estalló el conflicto con el Perú y Bolivia, que fué solucionado en los campos de batalla. Carva-

cho no se creyó con derecho á permanecer en las aulas del colegio, mientras sus compatriotas se batían en defensa de la patria, y partió en primera oportunidad para el norte á solicitar el puesto que su patriotismo le señalaba, sin considerar que por razón de su corta edad era inhábil para el servicio de las armas.

«Estaba persuadido de que con su voluntad podía suplir la falta de fuerzas, y se sentía capaz de arros-trar todos los peligros y de soportar todos los rigores de las marchas, de los campamentos y de los combates.

«No logró, sin embargo, realizar su patriótico intento, porque los jefes del ejército, admirando su exagerado patriotismo, no se atrevieron á aceptar la infantil pretensión, á pesar de la insistencia con que fué sostenida.

«Lastimado en sus nobles sentimientos y profundamente decepcionado, no desistió, sin embargo, de sus proyectos y buscó un lugar más modesto para sus aspiraciones, incorporándose al servicio sanitario.

«En el período de su juventud consagró todo el tiempo compatible con el cumplimiento de sus deberes, á hacer el bien en las distintas asociaciones de beneficencia á que ha dado vida la iniciativa privada.

«De naturaleza modesta y de carácter retraído y apático, sirvió en todas ellas con actividad y eficacia; pero sin aparato ni ostentación.

«Apenas estalló el movimiento contra la Dictadura, Carvacho se convirtió en audaz propagandista de los principios atropellados por el Dictador, á fin de popularizar el levantamiento de la armada nacional.

«Habría preferido mil veces enrolarse en el ejérci-

to que se organizaba en Iquique; pero deberes superiores, obligaciones de que no podía desligarse sin violentar su conciencia, le retenían en Santiago. Se resignó á permanecer aquí; pero con la resolución de satisfacer cumplidamente las nobles aspiraciones de su alma en favor de la patria que tanto amaba, y que gemía postrada á los pies del tirano.

«Principió su obra haciendo circular proclamas manuscritas, que hacía multiplicar en su querido hogar y que el mismo distribuía.

«A fines de enero reunió un grupo de amigos en su casa para cooperar al pronunciamiento que debió verificarse en algunos cuarteles de esta capital, y habiendo sido observado por los espías de la Dictadura, fué ya perseguido.

«Continuó sirviendo á la publicación clandestina de algunos de los periódicos que contribuían á mantener el espíritu público, que tan abatido solía estar por la falta de noticias de las operaciones del ejército que se organizaba en Iquique.

«En los primeros días de julio fué sorprendido en la imprenta de *La Libertad*, que acababa de organizar, y por ese crimen, que era el más atróz que entonces podía cometerse, fué conducido á la Penitenciaría y encerrado en uno de los calabozos que habían dado albergue á otros patriotas que estaban proscritos ó habían sido trasladados á otros lugares de detención.

«Relegado enseguida á San Carlos, continuó su empresa durante unos pocos días, pues á mediados de agosto, teniendo quizás noticias de la aproximación del ejército de Iquique, se fugó de San Carlos, y burlando á los espías de que estaba sembrado el país,

llegó á esta capital, á donde podían ser más útiles sus servicios.

«El 15 de agosto entró de nuevo á su hogar, y tres días después, el 18 de agosto, salió por última vez en dirección al lugar de su martirio.

«No sabemos cuál fué la actitud de Carvacho en los terribles momentos en que la horda de sicarios cayó sobre el grupo de jóvenes que se alistaban para cooperar á la acción del ejército que estaba en vísperas de desembarcar en Quintero; pero fué sin duda resuelto, audaz y desesperado, en armonía con sus antecedentes. Así lo prueba con terrible elocuencia su mutilado cadáver, cuya identidad pudo ser comprobada con grandes dificultades.

«El atroz crimen de «Lo Cañas», consumado en la agonía de la dictadura, ha dejado en la Escuela Franklin, en casi todas las instituciones de beneficencia, y en numerosos y respetables hogares, un vacío que no es posible llenar.

«Sin embargo, esa tremenda desgracia, ese espantoso episodio de la dictadura, es, como todos los acontecimientos humanos, una lección y una fuente de enseñanza para los que quedamos cumpliendo la misión que á cada uno corresponde.

«Esas víctimas nos han legado una inmensa herencia de fe y de confianza en el porvenir de nuestra República, que no puede dejar de halagar y enorgullecer ni al hombre más pesimista y desconfiado.

«Desde hoy podemos estar seguros de que ningún enemigo, por poderoso que sea, es capaz de subyugarlos. Para conseguirlo, es menester pasar por encima del cadáver del último chileno que sobreviva á la crisis.

«Así nos permite creerlo la conducta noble, abnegada y heroica de tantos compatriotas de todas edades y condiciones, que no dejaron de conspirar ni un sólo momento, durante el largo período de la dictadura, á sabiendas de que sus cabezas habían de caer á la primera sospecha, en el cadalso permanente que levantó el tirano, como cayeron efectivamente, sorprendiéndonos la resignación, casi digo la satisfacción, con que aceptaron el sacrificio por la patria.

«Compañeros y alumnos de la «Escuela Franklin»:

«Hagamos votos y esforcémonos para conseguir que la sangre de nuestro amigo no sea estéril. Aprovechemos el ejemplo que nos dió, dedicando nuestros mejores esfuerzos al servicio del país, con el fin de hacer imposible que surja de nuevo en esta tierra la tiranía.

«Honremos la memoria del amigo cuyo cadáver tenemos delante, cumpliendo nuestros deberes cívicos con la misma sinceridad con que en este momento le rendimos el más solemne y sentido homenaje de admiración y de gratitud.

«Tiene derecho para exigirlo quien ha hecho el sacrificio de su vida por la patria.»





II

Carlos Flores

AL recorrer la historia de todos los pueblos, son siempre las páginas consagradas á la memoria de algún heroico niño ó de algún mancebo imberbe, sobresalientes por su valor ó por su genio, las que seguimos más de cerca, las que mejor quedan grabadas en nuestra mente. Pero aparte del interés que la lectura de ellas despierta en nosotros, un sentimiento que nos subyuga viene á agregarse á los muchos que nos hace experimentar: es la admiración, que sella nuestros labios para dejar hablar el alma, con ese su lenguaje misterioso, más expresivo aún que la más brillante frase del mejor orador.

Esto mismo es lo que sentimos al querer bosquejar la vida de Carlos Flores, la figura más simpática é interesante de la hecatombe de «Lo Cañas» por lo mismo de ser la más juvenil.

Y cómo no sentirnos poseídos de admiración al

recordar al tierno adolescente que, dando las espaldas á un brillante porvenir, despreciando los encantos de la juventud, corre al encuentro del peligro, exclamando, cual Decio:

—«¡Viértase mi sangre, y sálvese mi patria!»...

¿Qué podemos diseñar de Carlos Flores? ¿Su patriotismo? ¡Pero si en él puede verse la encarnación misma de la patria!... ¿Su abnegación? Id á las agrestes faldas que circundan el valle de «Lo Cañas», y allí la admiraréis. ¿Su inocencia? Pero si es el ángel que apenas alcanza á conocer la vida, cuando ya levanta sus alas de azul, en busca de su morada de dicha. ¿Su carácter? Nuestra pluma es incapaz de diseñar siquiera sus pálidos perfiles; sólo nuestros ojos pueden destilar amargas lágrimas, como sincero tributo al niño mártir de aquella noche horrible del 19 de agosto.

Nació Carlos Flores en Santiago el 21 de diciembre de 1873, siendo sus padres don Máximo Flores, Ministro de la Corte de Apelaciones, y doña Julia Echaurren.

En una escuela de primeras letras de San Fernando fué donde el niño Carlos Flores se inició en los primeros conocimientos de la lectura y escritura. Su familia, que residía en esa ciudad, determinó, en 1882, establecerse en Santiago, donde él prosiguió sus tareas escolares, primero en un establecimiento de aquella especie y luego en el Colegio de San Ignacio, en el que permaneció un año, haciéndose querer y estimar de sus maestros y compañeros, y correspondiendo á las esperanzas de sus padres, de quienes era á la vez el ídolo y el tesoro máspreciado.

De San Ignacio pasó á los Sagrados Corazones (Padres Franceses), donde el niño, ya conocedor de sus deberes, empezó á formar su carácter, relevante por sus bellas inclinaciones y bondades. En ese establecimiento permaneció hasta el año 1890 inclusive, y de allí pasó al Colegio Inglés de Mr. Radford, cuyos cursos seguía á la fecha del asesinato.

Carlos Flores era el tipo del amor filial, de la obediencia y respeto por sus padres. Como sabía que nada les era más agradable que ver confirmada su aplicación y aprovechamiento durante el año con los resultados obtenidos en las pruebas de diciembre, dedicaba hasta los momentos que sus compañeros consagraban al juego, á las tareas del estudio, ansioso de merecer las tiernas caricias de los que le dieron el sér.

¡Cuán cierto es que solamente siguiendo el buen sendero que nos señalan nuestros padres se puede alcanzar la verdadera dicha!

Pero Carlos Flores no ignoraba que después de Dios está la Patria; así es que desde las primeras agitaciones de 1890 no fueron sus estudios los que más le atrajeron. Y cuando la voz de la libertad llamó, el memorable 7 de enero de 1891, á los ciudadanos honrados de Chile á la defensa de la ley, Carlos Flores fué de los primeros que, respondiendo á ese llamado santo, quiso ofrecer su brazo y su vida. Mas, su señora madre, conocedora de sus proyectos, le hizo jurar que no la abandonaría, juramento que Carlos Flores guardó durante largos meses, á costa de grandes esfuerzos para ahogar aquella su más risueña esperanza.

No obstante, aquel juramento no lo desligaba de su deber de trabajar por la patria en la medida de sus fuerzas; lo comprendió así, y dejando á un lado sus estudios, consagró su tiempo á los trabajos de la prensa de oposición, que durante los ocho meses de tiranía sostuvo desde las tinieblas la más peligrosa campaña de este género que recuerdan los fastos de nuestra historia. Fué *El Republicano* el más favorecido con sus colaboraciones, en las que se notan conocimientos tan poco comunes en su corta edad, que hubiésemos querido reproducirlas todas aquí.

Mas, circunstancias ajenas á nuestra voluntad han hecho irrealizables nuestros deseos, y sólo podemos insertar las dos composiciones siguientes, de las cuales la primera ha quedado inconclusa. La segunda fué escrita cuando aún no cumplía los catorce años.

«A Chile en 1891

«¡Oh dolor! ¡oh dolor! ya los tiranos
escarnio vil y afrenta nos arrojan,
y como sierva grey las manos atan
á los que altivos libertad blasonan.

«El noble ardor y el entusiasmo santo
hoy más que nunca marchan á la fosa
á donde inicuas leyes los conducen,
para hacer más terrible la deshonra.

«Hoy predominan la abyección, el crimen
cubiertos con carátula traidora,
y dictan leyes de mordaza y agio
para cubrir sus pérfidas maniobras.

«No fué bastante preparar verdugos
en lóbrega taberna licenciosa
para con ellos combatir del pueblo
la libertad, y su altivez heroica.»

.....

«Historia de la vida

«El corazón del hombre es una historia
escrita en el papel del sentimiento;
desengaño y pesar son su argumento
con rasgos tenues de feliz memoria.

«Ora el relato de perdida gloria
es las más veces lo mejor del cuento,
ora el relato de un amor violento
que desengaño deja por victoria.

«Y así se pasa en la cansada vida,
siempre sembrando en árido desierto,
sin ver jamás nuestra ambición cumplida.

«Sólo reposa nuestro paso incierto,
cuando el alma, del suelo desprendida,
busca en la altura venturoso puerto.»

Pero el destino tenía determinado que esa fresca flor se agostara en la mañana de su vida. Esa existencia en que sus padres cifraban todo su porvenir debía caer al golpe del asesino: el destino es implacable, y sus misteriosos designios han de cumplirse.

El 17 de agosto Carlos Flores no se presentó en su casa á la hora de comida, lo que causó suma extrañeza á sus padres, pues era la primera vez que tal cosa hacía. Pero la admiración pasó á inquietud cuando, avanzando las horas de la noche, el hijo no se presentaba. Entonces, en el colmo de la desesperación, salieron á buscarlo, regresando algunas horas después al hogar sin tener noticia alguna de su paradero. Pasó el día 18 en esa horrible incertidumbre; hasta que, por fin, después de numerosas diligencias, supieron sus padres que se encontraba en el cercano fundo «Lo Cañas» en unión de varios amigos, para cooperar á la acción del ejército constitucional, que pronto debía desembarcar.

Aunque no ignoraban los peligros á que esos jóvenes se exponían, los padres de Carlos Flores, posponiendo á su amor de padres al amor patrio, y conociendo cuán valiosos servicios podían ellos prestar á la causa de la Constitución, no hicieron nada por disuadirlo de su empeño; por el contrario, facilitáronle todos los medios para que se equipase convenientemente, mandándole ropas y dinero con don Jorge Zamudio Flores, que debía ir á reunirse con él en

«Lo Cañas». Pero ¡cuál sería la consternación de esos amantes padres cuando al otro día, 19 de agosto, supieron que un grueso destacamento de tropas los había atacado en la madrugada de ese día, causándoles numerosas bajas, entre muertos, heridos y prisioneros!

El infeliz padre, loco de angustia, corrió al centro de la ciudad á cerciorarse de tan horrorosa nueva; en él se encontró con don Manuel Carrasco B., que á caballo y en traje de campo regresaba felizmente de «Lo Cañas». Interrogado por el señor Flores, respondióle dándole nuevos y más tranquilizadores detalles, pues, según él, los prisioneros, entre los que seguramente se encontraba Carlos, debían ser traídos á Santiago ese mismo día.

Calmada un tanto su inquietud, el señor Flores se dirigió al Camino de Cintura, senda obligada para todo el que viniese de «Lo Cañas»; allí encontró una ambulancia á cargo del doctor Estévez, quien le hizo conocer que una nueva orden impartida desde la Moneda disponía que los prisioneros debían ser devueltos al fundo del señor Walker, y juzgados ahí.

Notando el doctor Estévez la ansiedad del señor Flores, ofrecióle llevarlo en su compañía, inmediatamente que llegase un piquete de cazadores que debía escoltarlo.

Con esa seguridad, el señor Flores mandó buscar un carruaje á la primera posada que se encontrase, y aunque ya las sombras comenzaban á descender sobre la tierra, no trepidó en aventurarse por esos caminos peligrosos, en compañía tan solo del señor Luis Felipe Zamudio, y su hijo Nicolás. El doctor Estévez quedó de alcanzarlo pronto.

Bien entrada la noche, pudo el señor Flores llegar á las casas de «Lo Cañas», que en medio de las tinieblas destacábanse al resplandor siniestro de sus llamas. El silencio y la soledad, turbados sólo por el chisporroteo de las maderas incendiadas, reinaban en derredor de ese cuadro de horror; el señor Flores siguió su camino algunos minutos hasta ser detenido por el ¡*Quién vive!* de un centinela apostado en uno de los senderos que conducen á la montaña.

Á la respuesta del señor Flores, un oficial y un soldado montados se abalanzaron sobre el coche, y antes de que pudiera volver de su sorpresa, el oficial, que después se supo obedece al nombre de Manuel Escala, le dirigió numerosas preguntas, mezcladas con juramentos y maldiciones de taberna.

Como el señor Flores dijese su nombre y el de sus acompañantes de viaje, el oficial, cada vez más encolerizado, hizo cerrar las portezuelas del coche y dando orden al soldado de *repletar de balas el cañón de su carabina*, díjoles que los iba á conducir presos á Santiago. Esta orden, por supuesto, hubo de ser cumplida en el acto, y el coche se puso en camino de regreso á la capital, perfectamente escoltado por esos fieles servidores de Balmaceda. A poco andar se abrió una de las portezuelas, y como se produjese un recio choque al cerrarla el señor Flores, un disparo de carabina y una retahila de soeces insultos, junto con la presencia del oficial en uno de los costados del coche, vino á aumentar la amargura de ese padre afligido que jugaba la vida por abrazar por última vez al hijo idolatrado, encanto del hogar. Después de un corto momento de detención, el coche volvió á po-

nerse en movimiento, y el oficial á continuar sus gruñidos sordos, jurando que no había de dejar opositor vivo, ni títere con cabeza. Por fin, media hora más tarde se divisó la ambulancia del doctor Estévez, á quien suplicó el señor Flores alcanzase del oficial su libertad, pues le llevaba preso. Obtenida esta, pudo tornar libre á Santiago, llegando á la entrada del Camino de Cintura cuando ya sonaban las dos de la mañana.

Se sabe que en ese tiempo era prohibido el tráfico de carruajes en la parte urbana de la ciudad pasadas las seis de la tarde, y el señor Flores tuvo que hacer á pie el largo trayecto que lo separaba de su casa, para ir á llorar ahí la pérdida de su abnegado hijo, y recibir en la tarde del día siguiente, 20 de agosto, la siguiente despedida del joven mártir:

«SEÑOR MÁXIMO FLORES

«Mi querido papá, mamá, y hermanas:

«Adiós por un tiempo que no ha de ser largo. Muero fusilado, con mi conciencia tranquila.

«¡Adiós, papá, mamásita! ¡Adiós, Julia, Leonor, Máximo, Blanquita, Joaquín, Guillermita! ¡adiós! En el cielo nos veremos de nuevo.

«Reciban un fuerte y último abrazo de su

CARLOS.»

El nombre de Carlos Flores será conservado por la posteridad como el emblema más puro de la virtud, y como ejemplo de niño héroe y mártir.



III

Ramón 2.º Irarrázabal

QUENTAN los griegos en sus tradiciones que Belerofonte, hijo de Sísifo, rey de Argos, después de haber vencido al poderoso rey Enomao, quiso escalar el Olimpo, cabalgando el alado Pegaso, que Neptuno había hecho nacer de enmedio de las ondas con un golpe de su tridente; y que, herido por los rayos del monarca celeste, rodó al abismo, mientras su caballo pasó á formar una de las constelaciones del firmamento.

Esta fantástica alegoría de la imaginación oriental tiene aplicación en este instante.

Ramón 2.º Irarrázabal, después de haber arrostrado y vencido las engañosas apariencias de la vida, después de hacerse héroe en medio de las luchas de la existencia, quiso escalar el templo de la gloria, en donde le correspondía un lugar por sus virtudes, por su gran corazón; y más afortunado que el protagonis-

ta de la leyenda helénica, logró alcanzar la altura y sentarse en el puesto que la patria le tenía reservado como héroe y como mártir.

Alejandro, el conquistador de un mundo, después de la victoria, manchaba sus laureles entre las libaciones de la orgía, y Aníbal, el terror de Roma, olvidó en Capua la tenacidad del pueblo-rey.

Irarrázabal no olvidó nunca su decoro, como que siempre tuvo presente que para salir adelante en medio de las tormentas es preciso estar cada hora alerta, siempre dispuesto á bregar sin descanso; por eso para él no existieron ni los festines del macedonio, ni la Capua del cartaginés.

Vencedor en esas luchas que se llaman morales, coronado con las guirnaldas de la virtud, supo alcanzar ese premio que, á veces, en tan poco se estima: la conciencia del deber cumplido, y luego después, apartados los estorbos, vencidas las dificultades, supo ir á depositar esa juventud pura y sin mancha, ese corazón, nido de virtudes y de bondades, ante el altar de la patria, diciéndole: «Tuyo es, ordena»... Hé ahí un rasgo sublime.

Nació Irarrázabal en Santiago el 10 de diciembre de 1868; era hijo de don Ramón Irarrázabal, Director General de Correos, y de doña Julia Trucíos.

Sus primeros estudios fueron hechos en el reputado establecimiento de educación que regentaba la señora Moffard, del que salió para pasar al Instituto Nacional hasta obtener el título de bachiller en filosofía y humanidades.

El colegio es, después del hogar de la familia, el gran laboratorio donde se preparan caracteres y sen-

timientos; es el espléndido jardín donde se cultivan las flores del corazón. Irarrázabal tuvo la suerte de ser colocado en ambos establecimientos como en terreno perfectamente fértil y abonado; de ahí que su corazón fuese rico en frescura y esencia; de ahí también que su trato fuese modesto y galano, amable su conversación y elevados sus pensamientos.

Con tan bellas prendas, Irarrázabal habría sido un gran ciudadano, si los acontecimientos no le hubiesen hecho un héroe, al quitarle la vida.

Su pasión por la lectura, y sobre todo por la lectura de esos libros que relatan viajes por peligrosas comarcas, era insaciable; y la narración de las conquistas de los españoles en América, de las aventuras de Stanley en Africa, de las exploraciones de Livingstone y otros viajeros, contribuyó con mucho á hacer un poco melancólico su carácter, lo que prestaba á su persona ese tinte de dulzura y de tristeza peculiar á los individuos de las razas nómades.

Si hubiese escrito habría sido un gran poeta, si pintado, un grande artista...

Concluídos sus estudios de humanidades, Ramón 2.º Irarrázabal se empeñó en labrarse cuanto antes un porvenir, para lo cual no tomó absolutamente en cuenta las relaciones é influencias de su distinguida familia: quería deberlo tan sólo á su trabajo y constancia, por lo que se empleó como oficial segundo en la sección de Giros Postales del Correo de Santiago, donde se hizo notar entre sus compañeros de oficina por su laboriosidad y talento.

Pero el carácter de Irarrázabal no le permitía vivir en el reducido límite de cuatro paredes: ansiaba aire,

espacio, animación, movimiento. Decidióse entonces por los trabajos del campo; y, en efecto, en compañía de su amigo don Luis Fuenzalida, determinaron irse á Traiguén, donde la tierra no es ingrata á los sudores del hombre.

—«¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!»

nos decía una noche Irarrázabal al darnos cuenta de su partida.

—Bajo los seculares bosques de la antigua Araucanía que tan heroicos recuerdos conservan, agregaba, á orillas de esos candalosos ríos, ¡qué feliz no seré!

Partió á las boscosas provincias del sur, y durante el tiempo que en ellas permaneció fué sin duda dichoso en medio de esa abrupta naturaleza, variada y poética en ciertas estaciones, árida y salvaje en otras.

En medio de esas faenas que debían labrarle un risueño porvenir, orgulloso con la posesión de unas cuantas fanegas de tierra, que fertilizaba con el sudor de su frente, Irarrázabal tuvo la suerte de encontrarse con uno de sus primeros maestros, don Moisés Campos, nombrado poco hacía Inspector de Colonización, quien, llevado de su cariño por el que fué modelo de alumno dócil y aprovechado, no titubeó en asociarlo á un gran trabajo de elaboración de maderas que pensaba implantar pronto. Mas los trastornos políticos que tan hondamente conmovieron nuestra sociedad

en ese tiempo, impidieron que el proyecto llegase á ser realidad.

Y en medio de sus trabajos de agricultor no olvidó nunca Irarrázabal los estudios, la afición favorita de su infancia; á ellos dedicaba sus ratos de ocio, sus momentos de descanso, y con tal empeño, que logró adquirir conocimientos en historia y geografía verdaderamente sólidos y variados.

En su retiro lo fueron á sorprender los grandes acontecimientos de 1891, y al punto púsose de pie al lado de los hombres de libertad. Incansable, audaz, llegó á ser el adalid más formidable contra la tiranía, el alma de la tenaz oposición que se hacía desde aquellas provincias al gobierno de la Dictadura.

Perseguido con ahinco y expuesto á los vejámenes de los odiosos sostenidores de aquel régimen maldecido, se vió obligado, en los primeros días de agosto, á emprender un viaje á Santiago, tanto para escapar de las manos de sus perseguidores como para ir á disfrutar en el seno de su familia, junto con aires menos viciados que los de la opresión, las tiernas fruiciones del hogar, que hacía tanto tiempo no refrescaban su alma. Al lado de ella permaneció hasta el 10 del mismo mes, día en que sus padres, con el pretexto de que fuera á atender sus trabajos, trataron de alejarlo de la capital, entonces centro efervescente de la más fogosas y enconadas pasiones políticas.

Partió Ramón ostensiblemente resuelto el día antedicho para Traiguén, mas en la estación de Buin tomó un tren de regreso á Santiago, adonde arribó el mismo día para ir á hospedarse en casa de uno de sus más íntimos amigos, don Eduardo Silva B., al lado

del cual permaneció hasta el día 16 por la noche, hora en que partió para «Lo Cañas», teatro más tarde de su heroico sacrificio.

—«Contentaos, señor, con saber que vuestro hijo ha muerto como un valiente, decía el general Barbosa al señor Ramón Irrarrázabal, dando los detalles de su muerte al desconsolado padre; Ramón 2.º ha caído con las armas en la mano.»

Sucumbió el esforzado joven á quien nada arredraba; cercenóse esa existencia consagrada á su familia y al trabajo; esa cabeza que sólo sabía pensar progresos y altiveces, doblóse bajo el hacha del asesino, pero erguida y orgullosa siempre.

Aun se ven cerca de las que fueron casas de «Panul», á la entrada de un sombrío bosquecillo, sobre las rocas que encajonan una rápida vertiente de frescas aguas cristalinas, algunas manchas rojas que se destacan sobre el fondo gris-oscuro de la piedra: son gotas de la sangre derramada por Ramón 2.º Irrarrázabal en aras de la libertad de su patria.

Con él perdió la sociedad chilena uno de sus miembros más activos, laboriosos é inteligentes; pero la historia ganó un héroe y el sacrificio un mártir.





IV

Wenceslao Aránguiz

Nació en Santiago el 6 de octubre de 1850; fueron sus padres don Melchor Francisco Aránguiz y doña Rosaria Vargas.

Desde pequeño, Wenceslao Aránguiz reveló sanas y virtuosas disposiciones, y un carácter firme, indomable, tratándose de su dignidad y opiniones, con ese fondo de dulzura y magnanimidad que acompañan siempre al verdadero valor.

Hizo sus estudios en el Seminario de Santiago, donde se distinguió por su clara inteligencia, y por su contracción al cumplimiento de sus deberes escolares; allí enriquecieron su corazón inagotables fuentes de piedad, á las que más tarde, en las contrariedades de la existencia, debía recurrir como á benéfico consuelo.

Dedicado poco después á los negocios, su acrisolada honradez merecióle reputación de hombre probo

y digno, si bien la fortuna, esa mujer veleidosa, huyó siempre de sus manos. Después de largos años de trabajo había conseguido reunir un corto capital, que invirtió comprando acciones de aquella célebre mina de plata «La Arturo Prat»; pero la mina, poco antes en el apogeo de su producción, negóse á seguir suministrando el precioso metal, y la compañía quebró, envolviendo en su caída la pequeña fortuna de Aránguiz y muchas otras.

Sin abatirse, tornó otra vez á la brecha, y más valeroso que nunca, volvió á empuñar el hacha del trabajo, administrando fundos rurales con acierto y honradez.

Mas, si el trabajo era la pasión más arraigada en el corazón de Aránguiz, no lo era menos su entusiasmo por la política, y en este terreno no faltaba nunca en días de elecciones. Conservador furioso, no admitía transacciones. Jamás por jamás pudo tolerar los fraudes y violencias que en ese entonces viciaban el acto más serio, el más sagrado de los derechos del hombre: la libre emisión del sufragio.

Célebre quedará en nuestra historia el recuerdo de las elecciones de los tiempos de Pinto y Santa María, de esas elecciones en que el garrote y la pedrada definían muchas veces el éxito de toda una lucha de ideas. Pues bien, en ellas Wenceslao Aránguiz nunca faltaba para contrarrestar el abuso y la fuerza, para protestar con toda su energía contra el atropello de las leyes; protestas que muchas veces estuvieron á punto de costarle la vida.

Pero donde Aránguiz daba á conocer con toda amplitud las vehementes dotes de su carácter bellísimo

era en el seno de la familia, al calor del hogar, que él animaba con su alegre conversación. No había entretenimiento más solicitado de los niños que lo conocían que estar con él, oír sus cuentos y charadas salpicadas de chistes, y acompañadas de la mímica más graciosa. Entonces Aránguiz dejaba de ser hombre para hacerse niño, para tomar cartas en los inocentes juegos de los pequeñuelos, como allá en los dichosos días de su infancia.

De ahí que Aránguiz fuese tan generalmente querido y estimado.

Desde el 1.º de enero de 1891, día en que un hombre sin respeto por las leyes, y apoyado por la fuerza de las bayonetas, se hiciera reo del delito de alta traición á la Patria, Aránguiz fué de los primeros en levantar su voz para anatematizar ese horrible patriicidio. Y luego, cuando la Revolución se inició, cuando los chilenos oprimidos hubieron de recurrir á las armas para derrocar á la tiranía, no hubo espíritu más entusiasta y decidido, ánimo más dispuesto que el de Aránguiz para el sacrificio y el martirio en aras de la libertad de su patria.

Pero los lazos de la amistad y del cariño lo retuvieron en su humilde puesto de administrador del fundo «Lo Cañas»; no quiso dejar en el abandono la propiedad de una las personas á quien más quería y respetaba.

—«Harto siento, decía, no poder dirigirme á Iquique á reunirme con los defensores de la patria; pero un deber también santo me obliga á no desamparar la propiedad que se me ha confiado».

Mas, desde su humilde puesto, infatigable, firme

en su propósito, venciendo toda suerte de dificultades y peligros, seguía el rumbo que le señalaban sus convicciones, propagando la causa de la ley, popularizándola entre la gente del pueblo con sus predicaciones, é infundiéndoles el odio contra un régimen opresor, de despotismo y desorden.

Aránguiz hizo su último viaje á Santiago el 15 de agosto de 1891, y en esa fecha aun ignoraba que se tratase de formar una montonera en el fundo que él administraba.

Así ¡cuál sería su sorpresa cuando al otro día, 16 de agosto, vió llegar á las casas del fundo á Ismael Zamudio y Carlos Flores en busca de caballos para formar parte, según ellos decían, de una montonera que pronto se equiparía con el objeto de dividir las huestes del Dictador!

—No seáis locos, les dijo Aránguiz después de escuchar las entusiastas ilusiones de los dos heroicos niños. ¿Tenéis organización? ¿Contáis con un jefe experto que os guíe? ¿O creéis cosa muy sencilla esto de formar montoneras en medio de un país lleno de enemigos? Sabed que misión como esa sólo se encarga á soldados aguerridos y serenos, acostumbrados á hacer la guerra de ese modo. ¿Habéis vosotros disparado un rifle jamás? ¿Sabéis desplegaros en guerrilla? ¡Oh! nó, no me haré cómplice de una barbaridad, proporcionándoos cabalgaduras.

Convencidos de la verdad de esas palabras, los dos niños volviéronse en el acto á Santiago, para tornar al día siguiente en compañía de numerosos amigos.

Entonces supo por vez primera Aránguiz que el fundo «Lo Cañas» era el punto elegido para la for-

mación de una montonera, la misión que le estaba encomendada, y mil otros detalles que pudieron suministrarle los entusiastas jóvenes.

Esto, por supuesto, desagradó mucho á Aránguiz; trató de hacerles ver los inminentes peligros á que se exponían, pues la presencia de ellos en los caminos públicos, acompañada de toda clase de demostraciones hostiles al Dictador, habrían llevado ya la noticia á la Moneda.

Pero los heroicos jóvenes no quisieron escuchar consejos ni razones, contestando que «no temían los peligros ni la muerte; que á vencer ó morir habían ido, y que una de ambas cosas realizarían».

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, el señor Aránguiz les indicó como el mejor sitio para pasar la noche, las casitas de «Panul,» que á causa de estar rodeadas de cercados y matorrales, y colocadas en una eminencia desde donde podían vigilarse el llano y los caminos eran la posición más estratégica para defenderse en caso de un ataque. Después de acomodarlos en ellas lo mejor que pudo, y distribuirles algunas mantas y frazadas, volvió á las casas de «Lo Cañas», recogándose luego después tranquilo y confiado.

De esta manera se pasó la noche, y el día siguiente hasta la alborada del 19.

Al partir de Santiago, el 15 de agosto, había dicho Aránguiz á su hermano, el respetable párroco de Santa Ana, retirando el revólver de su silla de montar:

—En los tiempos que corren no conviene cargar estos utensilios; si me sorprendieran con él tendrían buen pretexto para cometer un crimen más.

Así pues, los sucesos del 19 le hallaron sin siquiera un mal revólver.

En el lecho del descanso encontróle la tropa de San Martín, quien después de abofetearlo y agarrotarlo del modo más inhumano, lo encerró con centinela de vista en una de las piezas interiores en unión de una anciana sirvienta que hacía el oficio de cocinera; su encierro, desde donde se oían los disparos de armas de fuego, mezclados con tremendas maldiciones y con los ayes de muerte de los moribundos, se prolongó hasta las nueve de la mañana del día 20, hora en que los oficiales penetraron en su prisión exclamando:

—*¿No hay diablo aquí que nos dé de comer?* (1)

—Nó, respondió Aránguiz cen imperturbable serenidad, no hay *diablo*, pero sí una buena mujer que puede hacerlo.

Y sacó su cartera, y dirigiéndose á la sirvienta dióle algunos pesos, diciéndole:

—Id, y atended á estos señores y á los que tenía hospedados anteayer, como si fuese á mí.

Poco después fué conducido á las bodegas de las casas, en donde se encontraban Carlos Flores, Arturo Vial, Ignacio Fuenzalida, Ismael Zamudio, Alberto Salas y Santiago Bohadilla; de allí salieron para comparecer ante el sanguinario tribunal que estaba encargado de asesinarlos.

Al ser interrogado por el fiscal Arís sobre su participación en la formación de la montonera, Aránguiz expuso terminantemente que él era perfecta-

(1) Textual.

mente inocente y extraño á ella. Pero luego el Tribunal abandonó ese terreno para preguntarle por don Carlos Walker Martínez, y el lugar donde este caballero se asilaba. Aránguiz respondió:

—No lo sé; pero os juro que si lo supiese no cometería la ruindad de decíroslo.

Esta noble respuesta enfureció tanto al Tribunal, que mandó aplicarle la pena de azotes, *mientras le llegaba una cosita mejor* (1).

Efectivamente, instantes después de flagelarlo villanamente, se le notificó que el Tribunal había votado la pena de muerte para él y sus compañeros.

—Está bien, respondió Aránguiz al mensajero de tan inicua sentencia; no tememos la muerte, pero todos queremos morir como cristianos.

—Morid como soldados, respondió el Tribunal.

Y el derecho que se concede al último criminal fué negado á esos jóvenes héroes en medio de la burla más soez y baja.

Llegados junto á la tapia donde debía tener lugar el asesinato, el heroico Aránguiz, que había marchado exhortando siempre á sus compañeros de martirio, volvióse al piquete de soldados encargado de ejecutar la sentencia, y en el momento en que una mano cobarde preparábase á vendar sus ojos, les arengó así:

—¡Soldados! aún es tiempo que volváis las espaldas al tirano á quien servís; aún es tiempo que volváis á ser leales y patriotas chilenos! Mirad esos inocentes mártires ¿no os tiembla la mano al dirigir contra sus pechos las armas que vencieron en Chorrillos y Mi-

(1) Palabras textuales del fiscal Arís.

raflones? Plegaos á la causa de la ley, y salvaréis á Chile, haciendo rodar sobre la tabla del patíbulo la cabeza del tira...

—¡Fuego! gritó irritada la voz del oficial.

Y resonó una descarga cerrada, y los cuerpos de los ocho jóvenes mártires cayeron exánimes en tierra.

Así murió Aránguiz: la cabeza erguida, imponente, parodiando con su acción las palabras de aquel orgulloso romano:

—¡Un emperador debe morir de pie!

Su heroica muerte estuvo á la altura de su vida y abnegación por una gran causa.





V

Arturo Vial Souper

ARTURO Vial Souper era hijo del ingeniero don Arturo Vial Ugarte y de doña Emilia Souper Guzmán, nieto, por lo tanto, del distinguido hombre público don Antonio Vial y de aquel heroico inglés de otros tiempos don Roberto Souper.

El joven mártir de «Lo Cañas» nació el 17 de agosto de 1871 en la ciudad de Cauquenes, capital de la provincia de Maule, hallándose ahí su señor padre en calidad de ingeniero de Gobierno.

Como aquél, Arturo Vial Souper se dedicó al estudio de las matemáticas, á las que profesaba una inclinación y cariño tan grandes, que sin el infame golpe que tronchó su joven existencia, habría sido una de las más floridas esperanzas de la patria.

Arturo Vial llevaba en su persona ese aire de distinción que la naturaleza prodiga sólo á sus favorecidos: era un joven rubio, alto, delgado, de altiva pre-

sencia; un bello y esbelto joven. Arrojado y generoso como su abuelo materno, nacido como él en mes de buenos augurios, como él murió, estando al servicio de la patria: aquél en Chorrillos, defendiéndola contra el enemigo extraño; éste en «Lo Cañas» contra la tiranía.

Desde pequeño, Arturo Vial sintió agitarse en su pecho dos grandes sentimientos, que formaron la base de su carácter; el amor por su patria, y el cariño por su familia. Á aquella dedicó su precoz inteligencia y el desvelo de sus estudios; á esta otra reservó su corazón.

En realidad, en Vial se podían distinguir dos personas: constituía la una el estudiante de la Universidad, grave, serio, sin más aspiraciones que sus libros; la otra, el hijo amante, feliz en el calor del hogar, risueño, alegre, juguetón con su madre y hermanos.

Varias veces oíamos decir de él á sus amigos:

—Arturo es muy raro; no se le puede conocer de un modo exacto sino después de haberlo visto en su casa.

Y eso era lo cierto.

Joven, muy joven aún, pudo alcanzar de todos los que le conocieron esa confianza ciega que sabe merecer toda clara inteligencia, todo gran corazón. Niño era todavía, y ya estaba al frente de importantes construcciones que se le habían encomendado como ingeniero-arquitecto. Era de ver entonces su labiosidad, su talento, su buen criterio, junto con su conocimiento de los hombres y de las cosas; era de admirar entonces su prodigiosa actividad, su pasión

por el estudio y el trabajo, su cariño por el dibujo, en el que sobresalía de una manera notable.

Naturaleza tranquila, parecía no preocuparse sino de sus planos y proyectos, ajeno á otros afanes, aun en medio de los graves acontecimientos que se desarrollaron durante 1890: todavía no era tiempo de que Arturo Vial revelase su patriotismo y abnegación.

Pero no bien la tiranía levantó su ominosa faz de en medio del cieno de los vicios, cuando el patriota despertó.

Desde entonces la apacible existencia de Vial cambió de aspecto y de rumbo, como la ola tranquila que de repente se siente contrastada por impetuoso vendabal.

Desde entonces Vial fué otro: sobreexcitado, nervioso siempre, no era ya su conversación la juiciosa y tranquila de un joven entregado á sus estudios, sino la fogosa y ardiente de un chileno altivo, en la que vibraban indignados los sentimientos de patriotismo y honradez.

La playa tranquila de su vida eran el hogar y las aulas universitarias; el mar tempestuoso en que se echó á bogar, esa existencia peligrosa, es verdad, y llena de sacrificios, pero que conducía á la redención de la patria esclavizada.

Vial no ignoraba los peligros que le iban á rodear; pero no titubeó un punto en afrontarlos; y con la venia de su señora madre, *opositora fogosa*, como se decía en aquellos tiempos, se decidió, en compañía de algunos otros jóvenes amigos suyos, á publicar hojas impresas encargadas de desmentir las aseveraciones de la llamada *premsa* de la Dictadura.

Alma noble, era del número de esos seres que no temen morir, una vez dedicados al servicio de una causa santa; de ahí es que su valor llegara á ser temerario, á veces imprudente.

¡Cuántas veces no lo miramos repartiendo con toda calma periódicos opositores en lo más visible de los Portales!

— Hombre, le decíamos, no sea loco; con su imprudencia hará que lo metan en la cárcel.

— No importa, compañero, nos respondía riendo. Todavía no pierdo la esperanza de hacer leer uno de estos diarios al mismo Balmaceda; y entonces, se lo juro, compañero, tendremos un opositor más.

Pero ¡ay! esa risueña esperanza de la patria debía ser segada por manos de viles asesinos.

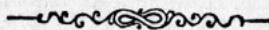
El grito de auxilio que lanzó la patria á sus hijos el día 15 de agosto, fué oído por Vial con todo el entusiasmo de su alma ardiente.

No midió los peligros, ni calculó el abismo.

Sereno, alegre, «La patria nos llama, dijo; corramos á ella; ¡adelante!»; y el mismo día 16 de agosto hizo su primera salida, regresando á su casa en la mañana del siguiente para cumplir algunos encargos que se le habían encomendado. Tornó á salir el mismo día por la tarde; y para no volver más, para ir á exhalar junto á una grietada tapia del camino el último suspiro de su corazón patriota.

Aun se ve grabada en ella su postrera despedida al mundo: A. V., las iniciales de su nombre, como si con ella hubiese querido dejar un recuerdo supremo á su familia, á sus amigos que más tarde habían de ir por sus restos inanimados, y á su patria, el ídolo de su vida.

No era necesario: sus conciudadanos han recogido con respeto y admiración su memoria, y en el pedestal glorioso donde Chile coloca á sus héroes reservarán lugar para inscribir su nombre con el recuerdo de sus virtudes como hijo y como chileno.





VI

Guillermo Varas

NACIÓ en Santiago el 12 de junio de 1872; era hijo de don Javier Varas y de doña Carmen Palacios.

Hizo sus estudios en el Seminario de Santiago, y de allí pasó al Instituto «Andrés Bello» donde permaneció hasta diciembre de 1888, para proseguir sus cursos de humanidades en el Colegio de la Merced, del que era alumno á la fecha de su heroico martirio.

Hijo amante y respetuoso, el amor y cariño por su madre y hermanos fueron las bases de su carácter, y esto hasta tal punto que, teniendo la edad de diez y ocho años, aun no dejaba su casa á ninguna hora, ni por ningún pretexto, sin consultar antes la voluntad de su madre, y en su defecto la de su hermana mayor.

Su trato fino y amable, su discreción y jovialidad, hacían de él la alegría de sus amigos y condiscípulos,

y su contracción y buena conducta, el modelo de alumno.

Entusiasta y apasionado por todo lo que consideraba como grande y digno, desde que se inició la gloriosa revolución contra la tiranía, Guillermo Varas no cesó de suplicar á su madre le permitiese dirigirse á Iquique á formar en las filas del verdadero ejército de Chile; pero su corta edad y su ninguna experiencia en las cosas de la vida eran las consideraciones poderosas en que la señora fundaba una negativa que su corazón amante no podría conceder.

—Madre, decíale repetidas veces Guillermo, me da vergüenza permanecer inactivo, cuando todos mis amigos trabajan tan afanosamente. Créamelo, me cuesta mucho obedecerla; pero juro que nunca me comprometeré en nada sin tener antes su permiso.

Era tanta su decisión, tanto su entusiasmo por la causa de la Revolución, que comprendiendo la imposibilidad de obtener permiso para dirigirse á Iquique, resolvió obrar en otro sentido; obtener plena autorización para servir en Santiago. Merced á su tenaz insistencia y á los empeños de sus hermanos, á quienes consiguió interesar en su causa, pudo obtenerla al fin, y empezó desde el mismo día, proyectando la fundación de un periódico que debía titularse *La Venganza*, y que vió la luz pública á principios de abril de 1891.

Pero poco á poco esa decisión fué acrecentándose más y más en él, hasta el punto de revestir los caracteres de un ciego fanatismo, y sobreponerse muy por encima de su amor de hijo y hermano. En esas circunstancias, el proyecto de formar una montonera en

«Lo Cañas» llegó á su conocimiento; en el acto se comprometió á servir en ella, y desde entonces hasta el momento de su partida, sintiendo tal vez los remordimientos de la desobediencia, no fué ya el hijo todo cariño y franqueza con la madre, sino que, preocupado y pensativo, trocó de un momento á otro su proverbial alegría y buen humor en una abstracción tenaz que no había de dominar sino cuando en las aguas de la penitencia lavase de su alma un delito santo.

Así llegó el 17 de agosto, día en que, como de costumbre, salió á las 8 de la mañana con sus libros bajo el brazo, en la actitud de un alumno que va á sus clases. Efectivamente, fué al colegio, y tornó á su casa á la hora del almuerzo, después del cual volvió á salir para asistir á las clases de la tarde. No hacía mucho que en ellas se encontraba, cuando su amigo don Carlos Flores llegó á buscarlo, diciendo que su madre lo mandaba buscar porque uno de sus hermanos pequeños había caído gravemente enfermo.

Puesta esta noticia en conocimiento del Rector del establecimiento, se le concedió permiso para dejar el colegio, lo que Varas hizo inmediatamente, reuniéndose poco después con el señor Flores, para alejarse ambos de Santiago en dirección á «Lo Cañas», donde los atroces tormentos del martirio y la más cruel de las agonías les esperaban.

La víspera, Guillermo Varas había dejado escrita sobre su mesa de noche la siguiente carta:

Santiago, 16 de julio de 1891.

«SEÑORA CARMEN PALACIOS V. DE VARAS

«Querida mamá:

«Siento en el alma vaya V. á sufrir por mi partida; pero siendo uno de los más sagrados deberes el servir á mi patria, y sintiéndome con fuerzas suficientes para hacerlo, lo hago, si bien con el corazón partido de dolor al dejar el primer amor de la vida, que es la madre.

«No sintiéndome con fuerzas suficientes para continuar la carta, le pido de rodillas su bendición, porque si ella me falta seré desgraciado por toda mi vida.

«En ésta, mamá, le dejo mi corazón, y espero su bendición para su hijo, que llevará su imagen hasta perder su última gota de sangre.

«Recuerdo á mis hermanos y en especial á mi querida hermana.

«SU HIJO»

Su abnegación por la patria, las virtudes y bondades que señalaron cada detalle de su corta vida, hacen del nombre de Guillermo Varas una de las figuras más simpáticas de las que en «Lo Cañas» encontraron alevosa muerte.

Digna es, pues, de nuestro respeto y admiración.





VII

Luis Ignacio Fuenzalida

NACIÓ en Santiago el 9 de abril de 1863; era hijo de don José Domingo Fuenzalida y de doña Claudina Castro.

Hizo sus primeros estudios en el Seminario de Santiago, y de allí pasó al Instituto Nacional, donde permaneció hasta obtener, en marzo de 1881, el título de bachiller en filosofía y humanidades. Numerosos laureles, sinceros aplausos de sus maestros y compañeros se discernieron á la buena conducta, contracción y aprovechamiento de Luis Ignacio Fuenzalida en ambos establecimientos.

El mismo año de 1881 empezó el curso de leyes, que terminó en diciembre de 1884, para ingresar al foro chileno con un acopio nada común en conocimientos jurídicos, de los que sabían sacar gran ventaja su poderosa inteligencia y sus prematuras dotes de orador varonil.

Poco después dejaba á Santiago para trasladarse á Angol, donde poseía una extensa propiedad rural, adquirida con el producto de sus trabajos como abogado.

Allí lo encontraron los disturbios políticos de 1890, que dejó pasar poco menos que desapercibidos, hasta el momento en que, comprendiendo que la salud de la patria reclamaba los esfuerzos de todos sus hijos, tornó á Santiago, resuelto á esperar en él una ocasión oportuna para dirigirse á Iquique á vestir el modesto pero glorioso uniforme del soldado constitucional. Pero la oportunidad no se presentó; decidió entonces Fuenzalida abandonar sus valiosos intereses, y dedicarse exclusivamente á trabajar por la causa de la Constitución. En efecto, fundó varios de esos periódicos, *montoneros*, que sostuvieron desde las tinieblas del misterio la más encarnizada lucha.

Por fin, en agosto de 1891, después de largos meses de angustia, se supo en Santiago que no tardaría mucho en alumbrar de nuevo sobre nuestro cielo republicano el sol de la libertad. Entonces la juventud santiaguina, comprendiendo que había llegado el momento de obrar, y que podía, inquietando al enemigo en el centro mismo de sus recursos, ayudar las operaciones del ejército constitucional, decidió reunirse para emprender la expedición que tuvo su desenlace la noche lúgubre del 19 de agosto.

Ignacio Fuenzalida fué de los más entusiastas promotores de esa idea, y uno de los primeros en comprometerse con su persona en la proyectada empresa. En efecto, el 17 de agosto de 1891 á las tres de la tarde reunió en su casa á sus amigos de más confian-

za, con el fin de ponerlos de acuerdo sobre la organización de una montonera en los alrededores de Santiago y darles á conocer los medios con que se contaba para el éxito, y el sitio en que debía juntarse. De la discusión resultó que el jefe ya reconocido para la proyectada empresa, señor Arturo Undurraga, expusiera «que todo estaba ya precavido, que había caballos y armas en número suficiente, dinero en cantidad de dos mil pesos, y que en cuanto á seguridad, el Comité Revolucionario de Santiago velaba directamente sobre ellos.»

Estas palabras dieron mayor aliento á esa generosa juventud, y decididos ya todos, designaron el fundo «Lo Echeñique» como punto de reunión. Se acordó en seguida que los que estuviesen listos partieran en el mismo día al sitio indicado, donde se les proveería de buenas armas y caballos, debiendo dirigirse inmediatamente hacia «Lo Cañas.»

Á las cinco y media de la tarde del mismo día Luis Ignacio Fuenzalida, acompañado de su hermano Manuel Fuenzalida y del sirviente Manuel Guajardo, se pusieron en camino en dirección á «Lo Echeñique». A poco andar encontráronse con Ramón 2.º Irrárazabal, Manuel Campino, Luis Muñoz y Miguel Fuenzalida, que marchaban por el mismo derrotero, y juntos siguieron hasta llegar al sitio indicado, como á las ocho de la noche. Allí se convencieron con sorpresa de que en las casas del fundo (que están edificadas á un lado del camino público), nadie los esperaba ni con caballos, ni con arma alguna; sólo había allí catorce á diez y seis compañeros, en la misma situación que ellos y que reconocían por jefe á Rodri-

go Donoso. Resolvieron entonces unirse todos y proseguir juntos el camino hasta llegar al fundo del señor Walker Martínez. Algunos signos de descontento, dieron ocasión á Fuenzalida para reanimar con ardorosas palabras de aliento el espíritu general y mantener convenientemente la disciplina.

Faltando un jefe, Fuenzalida hizo elegir como tal á don Eduardo Silva Basterrica, quien ordenó la pequeña partida, haciéndolos formar de á dos en fondo, á distancia de quince á veinte pasos unos de otros. De esta manera atravesaron el fundo «Lo Echeñique» y una pequeña aldea de míseros ranchos, cuyos habitantes, honrados campesinos entregados al reposo, no sintieron los pasos del reducido piquete.

Por fin, á la una de la mañana, consiguieron alcanzar las casas de «Lo Cañas», donde tampoco habían de encontrar nada preparado para hospedarlos, pues, contra lo que se figuraban, el señor Aránguiz, administrador del fundo, díjoles que no tenía conocimiento alguno del proyecto en cuestión.

Segunda vez la palabra viva y entusiasta de Fuenzalida impidió que sus compañeros desistiesen ahí mismo de su empeño, en vista de la desorganización que aparecía visible en la dirección de la empresa.

Pero, reanimados con sus palabras, después de tomar algún alimento y siguiendo los consejos de Aránguiz, emprendieron de nuevo la marcha en dirección á la montaña, hacia las casitas de «Panul», cerca de las cuales hicieron alto, bajo un espeso bosquecillo, en donde, extenuados de fatiga, se entregaron al sueño, para despertar muy luego calados por un furioso aguacero que durante su reposo se había descargado.

Entonces sí fué de admirar la prodigiosa actividad y sangre fría de Fuenzalida; la energía de su acción en esos momentos en que, rodeados de impenetrables tinieblas, bajo los árboles de un bosque que por primera vez veían, sintiendo entumecidos sus miembros y cegada su vista por el agua de una lluvia que momento á momento arreciaba con mayor fuerza, los expedicionarios dejaban escapar amargas frases de desaliento. Logró al fin hacerse escuchar, y salvarlos de esa angustiosa situación, decidiéndolos á ir á resguardarse bajo eltecho de las casitas de «Panul» que á algunos centenares de metros destacábanse entre las sombras, y en las que, como correspondiendo á sus deseos, encontraron sólo á tres campesinos, hombres leales y de corazón, que les proporcionaron fuego para secar sus trajes empapados, y algunas mantas para abrigarse.

Mas, la alegría no había de tornar á sus espíritus sino con una nueva aurora. Al aparecer, dejaron inmediatamente las casitas de la montaña y bajaron á las de «Lo Cañas», donde decidieron esperar las tres de la tarde, hora señalada para la reunión general. Pero llegó esa hora, y las cuatro, y las cinco, y nuevas tinieblas comenzaron otra vez á extenderse por el campo sin que nadie llegara; hasta que, por fin, cerca ya de las nueve de la noche llegó Santiago Bobadilla en compañía de varios artesanos y gente del pueblo. Poco después llegaban cuarenta ó cincuenta jóvenes mandados por don Arturo Undurraga.

Inmediatamente se procedió á repartir armas y municiones, á formar tres cuerpos, y á nombrar sus jefes en las personas de los señores Rodrigo Donoso,

Eduardo Silva y Antonio Poupin respectivamente, quedando, sin embargo, la dirección general á cargo de don Arturo Undurraga.

Esto hecho, procedieron á organizarse militarmente por columnas, después de lo cual se retiraron á «Panul» dejando apostados varios centinelas en el camino, y de avanzada cerca de las casas del fundo á Luis Ignacio Fuenzalida y á Isaías Carvacho.

Empezaban apenas á disfrutar del sueño, cuando el toque de corneta anunció alarma. Al punto saltaron sobre sus caballos, y bajo el mando de sus jefes trataron de incorporarse cada cual á su respectiva compañía. Pero la confusión sobrevino pronto; más aún cuando alguien gritó *¡Sálvese quien pueda!* Entonces fué imposible la disciplina, y al desorden sucedió el espanto y á éste una precipitada huída.

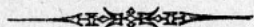
Por fin, una voz gritó: *¡Deténganse; son amigos!* y la fuga cesó. Se tocó entonces á tropa, y todos volvieron á reunirse, notándose que faltaban cuatro personas.

Más tranquilos, bajaron á las casas de «Lo Cañas» don Arturo Undurraga y don Ernesto Bianchi Tupper, en las que permanecieron hasta la hora infausta del sacrificio.

Luis Ignacio Fuenzalida, que en unión de Isaías Carvacho permanecía de avanzada cerca de las casas del fundo, cayó prisionero desde los primeros momentos, mientras su compañero logró salvarse durante algunos instantes, para caer en la planicie de «Panul», acribillado de heridas.

En la tarde del siguiente día, 20 de agosto, la preciosa existencia de Luis Ignacio Fuenzalida era inolada á la venganza del tirano.

Murió con la sonrisa en los labios, tranquilo, confiado en que la posteridad sabría vengar su muerte, recogiendo su nombre y colocándolo en el templo donde reina siempre ese día sin tarde que se llama el recuerdo.





VIII

Ismael Zamudio

ESTE joven, una de las más nobles figuras de los que derramaron su sangre generosa en aras de la libertad de la patria, nació en junio de 1870. Fueron sus padres don Joaquín Zamudio y doña Jesús Astorga.

Educado desde su niñez en colegios católicos, el niño Ismael Zamudio formó su carácter en medio de esas sanas creencias y bajo el ejemplo de las virtudes que sus honrados y cristianos padres le infundieron desde la cuna.

El Seminario de Santiago fué el primer templo donde el niño aprendió á adorar la ciencia y el primer taller donde supo adiestrarse para luchar más tarde con las rudas contrariedades de la existencia. Su carácter sencillo y afable, su amor por el estudio, sus acendradas creencias religiosas, hiciéronlo pronto el ídolo de sus maestros y condiscípulos, y el luchador siempre victorioso en los grandes torneos del estudio

Pero, debido á su débil salud, no pudo continuar sus estudios en aquel distinguido establecimiento; y sin apartarse del sendero que le trazaba su carácter, pasó á continuarlos en el acreditado colegio de «Santo Tomás de Aquino», regentado por los RR. PP. de Santo Domingo, en el cual terminó su aprendizaje con el conocimiento de los ramos más necesarios para seguir la carrera de agricultura, por la que sentía verdadera inclinación.

Y pudo ver realizados, poco después, sus deseos, cuando, merced á su constancia y contracción, logró obtener el título de ingeniero agrícola.

Desde entonces sólo pensó en comenzar cuanto antes las tareas de su profesión.

Pero la estrella solitaria de Chile, hasta entonces fúlgida y brillante, se vió oscurecida de repente por la sombra que sobre ella proyectaba el odioso régimen de la tiranía que desgraciadamente comenzaba á entronizarse en nuestro país, y los acontecimientos transcendentales que se desarrollaban día á día, impidieronle por entonces llevar á cabo sus proyectos: arrastrado por su carácter y por su educación, que le había enseñado que el más purísimo dón del hombre es la libertad, se adhirió sin vacilar á las santas protestas de los corazones honrados de Chile, que maldecían los crímenes de esa época nefasta de nuestra historia política y social.

Mas, obligado por sus circunstancias, pidió y obtuvo un puesto en el Banco Agrícola, en donde tuvo la fortuna de encontrarse con jóvenes de sus mismas creencias, y que, como él, atacaban también los despoticos actos de la Dictadura.

Desde entonces el destino de Ismael Zamudio quedó fijado, y todos sus esfuerzos se reconcentraron en encontrar una ocasión propicia para dirigirse al norte á reunirse con los buenos hijos de Chile. Pero esa ocasión no se presentó, y Zamudio decidió entonces prestar sus servicios de otra suerte.

El tirano que desconoció los fueros del Congreso; el que pisoteó las leyes que le impedían realizar sus torpes designios; el que clausuró las Cortes de Justicia; el que encarcelaba y hacía azotar á sus conciudadanos por el delito de no ser instrumentos viles de sus tenebrosos manejos, no pudo permitir que la voz sagrada de la prensa le hiciese saber que Chile entero desaprobaba sus actos. Mas, los corazones levantados y patrióticos no podían permanecer en silencio; era necesario dar á conocer, aunque fuera arrojando peligros y exponiendo la vida, los crímenes inauditos que á la sombra de las bayonetas del dictador comían sus abyectos sayones.

Ismael Zamudio fué uno de aquellos jóvenes que se propusieron, y que en gran parte supieron realizar esos enérgicos propósitos: era en esos diarios clandestinos, *montoneros*, como se les llamaba, redactor, tipógrafo, cajista, y repartidor á la vez, como otros tantos jóvenes valientes y abnegados.

Pero Zamudio deseaba servir á su patria de una manera más activa; quería derramar su sangre, padecer los tormentos, perder la vida para verla libre y altiva; y por eso, cuando supo la organización de una montonera en el cercano fundo de «Lo Cañas», mostróse más alegre y expansivo que de costumbre; sus compañeros de trabajo notaron en él una anima-

ción desconocida, tal chispa y vivacidad en su conversación, que llegaron á creer que hubiese descubierto un inagotable tesoro.

Y á la verdad ¡qué tesoro máspreciado para él que la ocasión de poder sacrificarse por su patria!

Mas, esas creencias que bebió en la cuna, que inculcó más y más en su pecho su primera educación, y que con la edad fueron acendrándose y fortaleciéndose poderosamente; esas creencias santas que sus padres le habían recomendado como el más dulce consuelo de que se puede disfrutar en la vida, no podían ser olvidadas en el momento en que Zamudio iba á jugar su porvenir y su existencia. Así fué que, antes de partir, su primer cuidado fué recibir los auxilios espirituales, que con suma frecuencia recordaba, y renovar al pie del altar el sagrado juramento de vencer ó morir en aras de la libertad.

Ismael Zamudio partió alegre y contento; mas ¡ay! para ir á caer asesinado por la mano de Vidaurre, después de la vergozosa parodia de justicia del que sólo por ironía pudo llamarse *Tribunal*.

Encerrado en las oscuras bodegas de las casas de «Lo Cañas» con sus compañeros de infortunio Arturo Vial, Carlos Flores, Alberto Salas, Wenceslao Aránguiz, Arsenio Gossens, Manuel Campino y Santiago Bobadilla, Ismael Zamudio supo encontrar en la religión un consuelo santo y benéfico, y, no desmintiendo jamás su presencia de alma y su fuerza de voluntad, tuvo el valor de escribir la última despedida á su familia en una carta dirigida á su madre y hermanos, escrita á la carrera, y dictada por una mano agitada por las más lúgubres emociones.

«MAMÁ, MARÍA E., MERCEDES, CARMELITA, J. JOAQUÍN:

«Hoy me fusilan junto con varios, D. C. J. y W. A.

«Mamá, muero, como V. sabe, por haber venido, se puede decir engañado (1).

«Todos moriremos con los auxilios de la religión; Dios me tendría destinado. Por lo único que siento dejar este mundo es por V., mi queridísima mamá, y por mis queridísimos hermanos.

«Habíamos pensado irnos á San José; pero esa misma noche no nos dejaron salir.

«Poco después llegó la fuerza, rodeó todos los cerros, mataron algunos y otros fusilarán en número de diez: Daniel Z., Jorge Z., V. Borne, I. Fuenzalida, A. Gossens, Zorrilla, Campino, Vial y Salas. Les mando la cartera: pueden hacer uso de ella y de todas mis cosas. Dará unos cinco pesos de limosna y otros para misas.

«Entre los del consejo está Jorge Porras.

«Como vé, es bastante triste morir y dejándolas á Vds., que habrían hecho mi completa felicidad.

«¡Adiós, adiós hasta el cielo!

«ISMAEL ZAMUDIO A.»

Y como si aun quisiera probar su entereza, dedicó todavía un postrer recuerdo á dos de sus amigos y compañeros de trabajo, Manuel Izquierdo y Raimun-

(1) En esos aciagos días, había que evitar hasta la sombra de una sospecha, para librar á las familias de los vejámenes de que hicieron gala los servidores de la tiranía.

do Villalón, á los que dirigió estas resignadas palabras:

«¡Adiós! Hoy me fusilan junto con otros compañeros.—Quiera Dios que á Vds. no les suceda otro tanto... ¡Adiós, hasta el cielo!»

En la mañana del 20 esa preciosa existencia caía derribada por el plomo del asesino...

Al recordar los crueles martirios de esas inocentes víctimas; al pensar en la ceguedad de sus verdugos, sentimos el alma de indignación llena, y nuestra pluma, obligada á ser la prudente y calmada del narrador, en lo posible imparcial, se resiste á escribir las palabras que perseguían á Judas: ¡Traidor! ¡Asesino!





IX

Manuel Campino

NACIÓ en Santiago el 23 de noviembre de 1863. Era hijo de don Enrique Campino y de doña Pastora Rivera, y nieto, por lo tanto, de los generales de esos apellidos.

Miembro de una familia distinguida y opulenta, ni sus riquezas, ni su brillante posición social fueron motivos suficientes para que dejase el cuidado de su porvenir, á la herencia de sus padres. Aprendió desde niño que no hay mejor fortuna que la adquirida por el trabajo personal, que el estudio es la base del saber y que éste el más rico de los patrimonios. Por eso desde el Colegio Inglés de la señora Magdalena Moffard, donde aprendió las primeras letras, hasta el Colegio de los Sagrados Corazones y el Instituto Nacional, en los que concluyó sus estudios de humanidades, Campino fué siempre alumno dócil é inteligente, á la par que amigo leal, sincero y desinteresado para con sus condiscípulos.

De un carácter bellísimo, conjunto de altivez y de modestia, que daba á su persona ese aire de delicadeza y finura propio de una esmerada educación; con una alma toda sinceridad y llena de nobles sentimientos, no era raro que tuviese desde niño muchos y muy buenos amigos, de los cuales los de más confianza, aun al través de los años, le trataban con el apodo de *General*, que le habían dado sus condiscípulos de la primera infancia, aludiendo á los títulos de sus abuelos.

Concluídos sus estudios de humanidades, y sintiendo verdadera inclinación por los trabajos del campo, no quiso Campino optar al título de bachiller en filosofía y humanidades, título obligatorio en nuestra Universidad para alcanzar una carrera profesional.

Entonces, deseando hacer prácticos sus conocimientos adquiridos en las aulas escolares, decidió emplearse en la casa de comercio de don Joaquín Díaz Besoain, en la que permaneció varios años, con el puesto de cajero general, debido sólo á su honradez y escrupulosidad en el desempeño de sus obligaciones.

Poco después dejaba esas tareas para compartir con su padre las faenas del campo, á las cuales desde niño lo inclinaba su carácter.

Miembro durante seis años de la 1.^a compañía de bomberos, se distinguió siempre por su celo y temerario valor. El primero en llegar al puesto del deber, era también el primero en afrontar la lucha con el voraz elemento, el primero en el peligro, el primero entre las llamas; abnegación heroica que le mereció numerosas distinciones de honor.

De esa manera vivió Campino hasta el año 1891; en el calor del hogar, hijo tierno y sumiso, hermano amable y cariñoso; en la sociedad, amigo leal y sincero.

Pero á partir del 1.º de enero de 1891 esa tranquila vida, no más accidentada que la superficie del cristalino lago rizado suavemente por las brisas de la tarde, trocóse en activa y escabrosa, y su carácter suave y afectuoso, en enérgico é impaciente, cambio que obedecía á la vehemencia de sus afecciones. Las faenas del campo le fueron ya monótonas y pesadas. Quiso trabajar activamente en favor de la causa de la Revolución, y se entregó con ardor á las tareas del periodismo, escribiendo en *La Revolución* en compañía del más íntimo de sus amigos, don Carlos Zañartu.

Pero Campino no podía resignarse al movimiento de oposición lento y sigiloso que en ese entonces se hacía en Santiago al régimen de la Dictadura; deseaba el combate, el humo de la pólvora, la ceguedad de la refriega, el estampido de la metralla; y en el arrebató de su entusiasmo, deseaba escuchar los ayes de los heridos, los estertores de los moribundos, las imprecaciones y violencias de los vencedores, y las súplicas de piedad de los vencidos.

Así volvióse Campino. Su alma noble y apasionada, su carácter lleno de suavidad, pero enérgico á toda prueba, no le permitía hacer las cosas á medias. Tanto el odio como el cariño se personificaban en él, se transfundía á sus venas la esencia de aquellos dos opuestos sentimientos. Amó la causa de la Revolución, y nó una, sino mil vidas habría querido rendir

en su defensa; odió la Dictadura, y mil veces hubiera hecho volar la Moneda, si ello hubiera sido posible.

Por fin, los anhelantes deseos de Campino hubieron de cumplirse el día 17 de agosto, día de la formación de la montonera en «Lo Cañas». La noticia de que había llegado el momento de la acción le regocijó tanto, que con los ojos preñados de lágrimas, y en un estrecho abrazo, dijo á los que se la comunicaron:

—¡Gracias, gracias, queridos amigos! Gracias, porque os habéis acordado que soy chileno, y que no temo la muerte!

¡Oh sublime abnegación! No ignoraba los mil peligros á que se expondría; conocía que la muerte sería la gloriosa coronación de los que tomaran parte en aquella temerosa empresa; y sin embargo, daba las gracias á los que tal le ofrecían!...

Poco después despedíase de su familia, diciendo que partía al campo, donde era necesaria su presencia; pero sus adioses eran tan tiernos, tan efusivos, que no pudieron menos de llamar la atención de su amorosa madre y cariñosos hermanos.

¿Acechará algún peligro el valiente joven?—Nó. Entonces ¿por qué esas lágrimas que comprimidas se atreven á empañar sus brillantes pupilas, donde la chispa de la lealtad y del patriotismo se muestra con indelebles marcas?

¡Ah! Manuel Campino va á arrostrar los peligros, va á desafiar la muerte en sanguinaria lucha; Campino va á «Lo Cañas»...

Va á escalar el templo de la gloria, va á ceñir sus sienes con los laureles de la heroicidad y del martirio;

va á expandir sus nobles sentimientos, va á mejor morada, lejos de su infeliz patria, atada á los pies del más hipócrita y cobarde de los tiranos, á respirar el aire puro de la libertad...

Campino fué á conquistar una página gloriosa en nuestra historia, y la veneración y respeto de la posteridad.





X

Alberto Salas

NACIÓ en Santiago, el 18 de marzo 1870. Era hijo de don Pedro Nolasco Salas y de doña Filomena Olano.

En el colegio Fredes fué donde el niño Alberto Salas se inició en los primeros conocimientos científicos, para pasar luego al Instituto Andrés Bello, dirigido por el señor Pedro A. Pérez, cosechando en ambos establecimientos los laureles que se disciernen al alumno contraído é inteligente.

De este último centro de educación pasó al Instituto Nacional, de donde salió para obtener el título de bachiller en filosofía y humanidades, y merecer por su laboriosidad y talento el importante puesto de jefe de cuentas corrientes en el Banco Agrícola.

Su trato afable y sencillo, sus maneras distinguidas y llenas de franqueza hacían de él un amigo estimado, y generalmente querido; su asiduidad en el traba-

jo de oficina le mereció de sus jefes el alto aprecio á que era acreedor.

Opositor fogoso, fué de los primeros en combatir el régimen de la tiranía, y de los más enérgicos en manifestar en público sus simpatías políticas.

No le arredraban los grillos y cadenas, las sombrías cárceles ni los duros azotes, armas predilectas con que la dictadura trataba de acallar las voces del patriotismo.

Circunstancias ajenas á sus deseos le impidieron llevar á sus hermanos de Iquique el contingente de su valor y patriotismo; por lo que determinó prestar sus servicios á la causa de la patria combatiendo por medio de la prensa la política de atropellos y ruindades iniciada en Santiago desde el 1.º de enero de 1891. *El Republicano* dió á luz sus brillantes y numerosas colaboraciones, y él era á la vez su repartidor y agente de suscripciones.

Pero había de llegar el día en que la dictadura, entre los estertores de su agonía, descargase sobre la sociedad chilena el más sangriento de sus golpes, cercenando las más risueñas esperanzas de la patria: en ese día de eterno luto para la familia chilena, Alberto Salas debía también sucumbir.

Momentos antes de ser fusilado, ese hijo modelo de virtud y patriotismo, de amigo leal y sincero, de empleado activo y laborioso, sereno, sonriente en tan supremos instantes, tuvo un recuerdo último para sus padres y amigos, á quienes pronto debía abandonar. De aquellos se despidió con las siguientes palabras, escritas con pulso firme y tranquilo, como quien no teme la muerte:

«Querido padre:

«Muero inocente en defensa de mi causa. ¡Resignación! Un saludo á toda mi familia; un beso á Filomenita, y que se acuerde de su hermano.

«El último adiós de su hijo

«ALBERTO».

«¡Perdón, perdón! Salude á mis amigos».

De estos, en la persona de don Eduardo Borne, hermano de una de las víctimas, y su más íntimo amigo, á quien dirigió las siguientes heroicas frases:

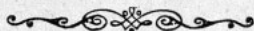
«Querido Eduardo:

«Muero con Vicente. Acuerdate de tu único amigo. ¡Adiós!

«ALBERTO»

El que jamás manchó sus labios con el veneno de la injuria debía morir como Alberto Salas, tranquilo y resignado, encomendando el consuelo á sus padres, y pidiendo á sus amigos tan sólo el recuerdo de su nombre.

¡Así mueren los héroes, así sucumben los mártires!





XI

Luis Zorrilla

NACIÓ en Santiago el 26 de diciembre de 1868. Era hijo de don Guillermo Zorrilla y de doña Agustina Mirete.

Este joven, llamado á grandes cosas por su bellísimo carácter y precoz inteligencia, tuvo, como sus demás compañeros de gloria, una educación primaria esencialmente religiosa: hizo en el Seminario de Santiago sus primeros y más elementales estudios, y continuólos allí mismo durante algunos años, para pasar en seguida al Instituto Nacional, en el que permaneció hasta obtener el título de bachiller en filosofía y humanidades.

En ambos establecimientos Luis Zorrilla supo rodearse de amigos francos y verdaderos, hacerse simpático de todos cuantos supieron comprender sus bellas inclinaciones y pundonorosos sentimientos.

Nada es más difícil en la vida como el saber con-

quistarse el aprecio y cariño generales; en ella el hombre va como la barca que, bogando en desconocidos mares, está expuesta á cada momento á dar contra ignorado banco. Saber guiarse, y salvar los escollos es el gran secreto que con ansia se busca; sembrar cariño y recoger amistades es la deseada cosecha que casi nadie alcanza.

Luis Zorrilla tuvo la suerte de salvar los escollos de la vida y de recoger buena y abundante mies.

Obtenido su título de bachiller, pasó á la Universidad para cursar la carrera de leyes, á la cual lo inclinaban su carácter vivo y perspicaz, su palabra fácil y atrevida y su entusiasmo ardiente por la política.

En 1887 fué nombrado oficial del Ministerio de Industria y Obras Públicas, donde ocupó sucesivamente varios puestos de responsabilidad. Empleado en este Ministerio lo encontraron las primeras agitaciones políticas de 1890.

El choque entre el Ejecutivo y el Legislativo que concluyó con la Revolución del 91, y en el cual la juventud chilena tomó cartas en favor de este último, no halló desapercibido á Zorrilla. Aunque muy joven aún, siguió la opinión que le dictaba su conciencia; y convencido más y más de la legalidad de los procedimientos del Congreso, dejó su actitud pasiva para asistir á todos los *meetings*, á todas las reuniones de la juventud, en que se comentaba y discutía la situación de aquel presente.

Sabido era por todo el mundo que el empleado público que se atrevía á levantar su voz para desaprobare los actos del Ejecutivo pagaba con la destitución

de su cargo el crimen de no prostituirse y de pensar como lo creyera conveniente. Esto no era un misterio para Zorrilla; mas no por eso dejaba de hacer cartas vistas de sus opiniones.

Tuvo la rara suerte de no ser destituido, hazaña que no contarán muchos que, como Zorrilla, hicieron conocer públicamente sus simpatías políticas.

Así pues, el heroico grito de libertad dado el memorable 7 de enero por la Escuadra Nacional en la rada de Valparaíso lo encontró empleado aun en la Moneda; mas nó como él hubiese deseado, pues una grave enfermedad lo retenía postrado, razón por la cual no pudo correr al vecino puerto, y con los defensores del Orden y la Ley levantar armas contra la Dictadura. Sin embargo, arrastrado por la vehemencia de su deseo, logró hacer un supremo esfuerzo, y dejar el lecho; pero pronto hubo de buscarlo de nuevo, atacado de una terrible fiebre que puso su vida al borde de la tumba.

El tiempo es, á veces, el más poderoso auxiliar de la desgracia: por un día de diferencia no pudo Zorrilla realizar la más acariciada de sus esperanzas: vestir el modesto uniforme de soldado constitucional.

Mas, no por eso abandonó el proyecto de poner al servicio de la libertad su contingente de esfuerzos en la débil esfera de su acción. Solicitó del Comité Revolucionario de Santiago un pasaje para dirigirse á Iquique, y como si la fortuna se empeñase en serle adversa, no lo obtuvo; ofreció su vida, y la rechazaron. Mas no desesperó.

Hay existencias que parecen predestinadas al heroísmo y al martirio: la de Zorrilla fué una de

ellas. Todos los estorbos, todas las dificultades de la suerte obstruyeron su camino para impedirle realizar sus patrióticos proyectos; quiso seducírsele (1) por medio de lisonjeros ofrecimientos; se le habló de un brillante porvenir si servía á la causa de la Dictadura, y Zorrilla apartó los estorbos, deshizo las dificultades; rechazó las dádivas y halagos; y dimitiendo su puesto de empleado público, consiguió por fin lo que anhelaba: servir á la causa de la Constitución.

¿Y quién mejor que él se hallaba en estado de hacerlo? Su clara inteligencia, su gran patriotismo, su entereza de alma, sus conocimientos todos fué el gran concurso que puso en manos de esa prensa de oposición que, entre tinieblas, y después de grandes precauciones, podía llegar al público, para popularizar en medio de él la gran causa.

Zorrilla no despreciaba oportunidad para demostrar su celo y actividad; no limitaba el radio de su acción á la sola ciudad de Santiago, sino que sábia por las cercanías, pasaba á los campos, ocultando entre los pliegues de su ropa las pequeñas hojas impresas que tantas vigiliass y sobresaltos le costaban, pero que llevaban en sí el consuelo á tantos angustiados, la esperanza á tantos afligidos, la fe á tantos tibios, y la convicción á tantos incrédulos.

Su penúltimo viaje fué á Linderos, de donde volvió el día 15 de agosto; el último, al templo del martirio, para ir á realizar sus más ardientes deseos, para ir á

(1) Nos referimos á las ofertas de don Nicanor Ugalde, Ministro de Industria y Obras Públicas durante el régimen dictatorial, que ofreció á Zorrilla el puesto de jefe de sección en propiedad.

cumplir sus promesas de contribuir, aunque fuese con su sangre, á la redención de su patria esclavizada.

—¡Hasta quién sabe cuándo! fueron sus postre-
ras palabras en nuestra última entrevista; y al pro-
nunciarlas, vimos en su sonrisa mitad alegre, mitad
triste, tal no sé qué de grande, de heroico, que no
pudimos menos de decirle enternecidos en un estre-
cho abrazo:

—Querido amigo, hasta el cielo, si perdemos la vida
en nuestros propósitos; ó hasta... no sabemos dónde,
pero seguramente bajo el bello cielo de nuestro Chile,
si conseguimos devolverle su libertad.

Se fué; pero para subir al templo de la Gloria, para
conquistar un eterno tributo de admiración, para ser
héroe al lado de los héroes.





XII

Vicente 2.º Borne

Nació el 13 de junio de 1870; era hijo de don Vicente Borne Riquelme y de doña Ercilia Cotapos.

Desde su más tierna edad, su carácter grave y amable reveló lo que debía ser más tarde; siempre preocupado de sus estudios, comprendió desde niño que la vida es un gran campo de batalla en la cual sólo suele triunfarse por medio del saber y la honradez.

Hizo sus primeros estudios serios en el establecimiento de educación regentado por el distinguido maestro don José M. Fredes, que tantos buenos hijos ha logrado formar para la patria. Entre sus condiscípulos podía contarse á su primo don Florencio Redón Borne, otro joven lleno de porvenir, que rindió su vida al servicio de su patria en la gran contienda contra la tiranía.

Vicente 2.º, como discípulo, mereció de sus maes-

tros esas tiernas afecciones que se dispensan á los grandes corazones; como compañero, fué siempre estimado por sus bellas prendas, y por su carácter sincero y desinteresado.

Aun al través de los años recordamos un interesante episodio de la vida de colegio, que da á conocer cómo los compañeros de estudio de Vicente sabían apreciar sus relevantes dotes de amigo leal y justiciero.

Nos encontrábamos en *el recreo de las onces*; dos alumnos, jugando al *choclón*, disputaban sobre pequeñas de niños; pero en tales términos, que parecían ya irse á las manos. Muchachos todos los que presenciaban la disputa, ardían en deseos de espectral una lucha, y trataban de excitar á los contendientes con dichos y sátiras exclusivas de esa edad. Esta parecía inminente cuando Vicente, interponiéndose entre ambos contendores, les dijo:

—¿Será posible, compañeros, que vayan á reñir por la miseria de tres ó cuatro *bolitas*? Déjenme zanjar la cuestión, y prometo que, como *potencia neutral*, daré mi fallo con toda imparcialidad.

La mayor parte de los circunstantes, ansiosos de contemplar lo que ya creían una segura pelea, dieron á conocer su disgusto con frases agresivas á Vicente. Pero éste, volviéndose al grupo de los descontentos con toda la altanería de un hombre, exclamó;

—¿Creen acaso que *de puro intruso*, sin motivo alguno, me entrometo en rencilla como ésta? ¿O atribuyen quizás mi actitud á que soy cobarde? Si es así, pueden convencerse de que no soy tal: *el que quiera que salga al medio!*

Y como el grupo que había protestado permaneciese mudo, Vicente continuó con moderación en estos términos:

—No es miedo lo que me infunde la contemplación de estas desagradables escenas; es lástima, vergüenza por mí y por ustedes mismos, pues que á todos los quiero y estimo como lo merecen.

Un espontáneo aplauso fué la contestación de los poco antes descontentos; y los casi enemigos, con las lágrimas en los ojos, confundieronse en un estrecho abrazo, prometiendo no disgustarse más.

Desde entonces Vicente 2.º Borne era el encargado de cortar toda rencilla en el establecimiento, y hacer de juez en los bulliciosos juegos de los muchachos.

Habiéndose cerrado el colegio del señor Fredes, Vicente pasó á continuar sus estudios en el de San Luis, regentado por el querido educacionista don José Antonio Pérez, donde el niño, ya hecho hombre, supo conquistarse el mismo aprecio y cariño de sus nuevos maestros y compañeros.

Pero los estudios y los años, enriqueciéndolo con nuevos caudales de conocimientos y experiencia, enseñáronle también cuáles debían ser sus deberes.

Comprendió que al mismo tiempo que debía tratar de formarse un porvenir por medio del estudio, estaba obligado á ayudar al autor de sus días en sus cotidianas tareas. Decidió entonces continuar sus estudios en el Instituto Nacional que, dejándole algunas horas de descanso, le permitía auxiliar á su padre en sus especulaciones de maderas.

Su clara inteligencia y su actividad sin límites dieron tal impulso á los negocios, que éste, antes que

todo agradecido de los solícitos cuidados de su hijo, y confiado, seguro, en su experiencia y honradez, le entregó completamente la dirección de sus establecimientos.

De esta manera, á la edad en que otros no piensan sino en ilusiones, Vicente 2.º Borne tuvo que sostener sobre sus hombros una gran responsabilidad: la herencia de su padre, el porvenir de su familia.

Y ni aun entonces olvidó Vicente que el estudio y el saber son las poderosas palancas del siglo. En medio de sus afanes de hombre de negocios, comenzó á formar una regular biblioteca, que le permitió adquirir variados conocimientos y almacenar en su corazón nobles sentimientos de virtud y patriotismo, cualidades que fueron el distintivo de su carácter.

No se le ocultaba que la literatura es una de las artes más necesarias al hombre; por eso, con el fin de ensayar sus disposiciones y mejorar sus aptitudes, se hizo admitir como miembro en el círculo literario «Benjamín Vicuña Mackenna», fundado por varios entusiastas jóvenes para cultivar las letras. Los trabajos presentados por él á esta sociedad fueron numerosos, y algunos interesantes hasta el punto de merecer la inscripción de ellos en el libro de archivos de aquel círculo.

Esos ensayos, que Vicente conservaba religiosamente, se perdieron en medio de los saqueos del 29 de agosto. Felizmente, conservamos uno de ellos en nuestro poder, y vamos á reproducirlo, por más que no sea de los mejores salidos de su pluma:

«De cómo debe escribirse por ahora la historia de Chile

«La historia es aquella rama de los conocimientos humanos que aspira á darnos á conocer las diversas evoluciones por que han pasado las razas que nos han precedido en la vida, desde que hay documentos fehacientes que aquello revelen. No le toca, pues, á ella el estudio del hombre prehistórico, ni el del modo como apareció la raza humana en la superficie del planeta.

«Pero, así y todo, vastísimo es el campo en que la historia se ejercita: el estudio de las costumbres, el de las artes, el de las ciencias, el de la política, el de la religión, no debe preocupar menos que el del cabal conocimiento de los hechos.

«No conocemos á un pueblo porque de él sepamos las guerras que ha llevado á cabo, la sucesión de los jefes que lo han regido é ignoremos el grado de su desarrollo intelectual y moral. Por esto, sobre todo, es por lo que podremos aquilatar y medir el contingente acarreado por él al adelanto humano.

«No es mi ánimo entrar mucho en este orden de ideas, sino emitir las que tengo, ya que debo presentar algún trabajo á vuestra consideración sobre el modo como deba escribirse la historia de nuestro país.

«Razón han tenido, á mi juicio, los historiadores chilenos y sobre todo el más egregio de entre ellos, para preferir el método narrativo en la composición de sus obras.

«Es muy ocasionado á errores el querer caracterizar una época ó interpretar un hecho histórico sin

conocer de cabalísima manera todo lo acaecido. Y esta probabilidad de errar se agranda cuando no sólo buscamos los justos lineamientos de aquélla ó de éste, sino que aspiramos á deducir consecuencias generales que puedan mirarse como leyes del espíritu humano.

«El método histórico-filosófico, que tan bien cuadra á las tendencias del genio moderno, ha menester, para ser fecundo en sus enseñanzas, tener bien investigados los hechos sobre que ha de meditar.

«Así como, de seguro, no respondería á las realidades la teoría del calor basada solamente en el cambio de volumen de los cuerpos, consecuente con sus variaciones calóricas, si se descuidara la multitud de hechos que ilustran sobre lo que es el calor, así también y más remoto de la verdad sería el punto de arribada de quien quisiera elevarse á consideraciones generales, partiendo de hechos históricos mal conocidos. Con ser poderosa la inteligencia y grande la versación en derecho, en economía política, en sociología y otros ramos de saber con estos atingentes, uno de nuestros maestros no pudo llegar á sacar toda la enseñanza y provecho que de sus cualidades era legítimo esperar, cuando trató por el método filosófico la historia de parte de nuestro continente en su célebre libro *La América*.

«Y dimanó esto, de que, no teniendo suficientemente investigada la historia de las comarcas de que trató, falto de materia para sus meditaciones, hubo de limitarse á consideraciones, notables sí, pero muy someras, respecto de la índole de las sociedades y de las complicaciones que se presentarían en la marcha de ellas hacia su constitución definitiva.

«La historia de las naciones europeas es conocida casi en sus menores ápices, de modo que en sus diversos acontecimientos el filósofo puede rastrear las causas que les dieron origen y las leyes á que obedecieron en su desenvolvimiento.

«Pero si las leyes que gobiernan el espíritu humano en sus múltiples manifestaciones son conocidas por el cabal estudio que de ellas se ha hecho en las comarcas europeas, ¿cómo, se dirá, no pueden ser aplicadas á las americanas, ya que la ley, para ser tal, ha de tener carácter de universalidad? Porque las aplicaciones de las leyes que gobiernan á las sociedades no son tan fáciles como las que se hacen en las matemáticas ó en las ciencias físicas y naturales. Y si en éstas el método experimental es de regla para poder marchar con seguro paso en el camino de la verdad, en las sociales se impone con muchísima más razón.

«Estas son las breves consideraciones que me sugiere el tema elegido para este pequeño trabajo. Habrá muchos entre vosotros á quienes bastarán estas solas ideas para dar nacimiento á muchas otras más fecundas. Y me complacería en ser la modesta piedrezuela que, caída en cristalino remanso origina innumerables círculos que, ensanchándose cada vez más, concluyen por alcanzar las riberas.»

Mas Vicente aun no estaba contento de sí mismo: veía gozoso adelantar á su patria por los senderos del progreso, á la sombra de una dichosa paz; veía á la sociedad mejorar sus costumbres, y á los partidos políticos depurar nuestro sistema de gobierno, y sentía no poder prestar concurso eficaz á un movimiento

de tan alto alcance. No podía, sin embargo, permanecer inactivo, no quería ser un simple usufructuario de los bienes que la sociedad otorga á cada uno de sus miembros; de ahí su idea de formar en las filas de los abnegados defensores de la propiedad, como una preparación para más altas empresas.

En mayo de 1890 se hizo admitir como voluntario en la 1.^a compañía de bomberos, puesto en donde prestó numerosos é importantes servicios durante los aciagos días de la Dictadura, época en que Santiago vió consumidos por colosales incendios los más suntuosos de sus edificios. En esos siniestros era de los primeros en acudir al puesto del deber, en arrostrar los peligros y los más duros trabajos por salvar la propiedad ajena de las garras del fuego.

Fué ahí donde supo templar su valor, donde dió á conocer su abnegación y su entereza de alma; donde aprendió que antes que todo está el deber; ante el cual deben allanarse las dificultades, apartarse los estorbos, despreciarse la muerte.

Para él no había ratos de ocio, pues los pocos instantes de su vida que pudieran merecer este nombre supo aprovecharlos dedicándose á escribir algunos artículos para la prensa. *El Republicano*, periódico sacado á lance en plena dictadura, publicó numerosas colaboraciones suyas, que firmaba con el seudónimo de *Júpiter*.

Y su fantasía, ya juguetona, ya melancólica, solía expresar en humorísticos versos sus impresiones. Léase en seguida su ensayo inédito «¡Adiós!», acaso compuesto en los días de la tiranía y en medio de sus tareas periodísticas:

¡Adiós!

«Estoy cansado de crónica,
y de noticias diversas,
de papeles y de tinta,
de chismes, cuentos y quejas.

«¡Que después de tanto tiempo,
de tanto afán, tanta pena,
me halle de simple plumista,
sin chico siempre y en quiebra!...

«¡Oh triste estado! Me alejo
á buscar por otras sendas,
por otros nuevos caminos
vida más dulce y más quieta.

«¡Adiós, periodismo imbécil!
¡Adiós, oh sueltos y pruebas!
Habéis *fregado* mis días
con insustancia sin cuenta;

« ¡Adiós, los caros lectores
de mi *grande* inteligencia,
que admirabais extasiados,
juguetona y opulenta.

« No volveréis á gozarla,
que en una sombría selva
voy á ocultar de los vivos
mi *talento* y mi pobreza.

« No llegarán á mi oído
la algazara de las fiestas,
ni los *pelambres* del teatro,
ni las *bolas* de la prensa.

« Oiré de los arroyos,
las dulcísimas endechas,
al besar las conchecillas
que bordan la suave arena.

« Oiré, por la mañana,
en la frondosa arboleda,
de las peregrinas aves
la voz melodiosa y tierna.

« ¡Adiós, adiós para siempre! . . .
Si un día de mí se acuerdan,
sepan que vivo dichoso
en la soledad inmensa».

Al lado de esas estrofas inspiradas por sentimientos de retozona poesía hay otras en que se siente pal-

pitar indignado y altivo el corazón del hombre libre que mira sujeta por ominosa cadena lo que más ama, su patria:

Léanse los siguientes alejandrinos:

«A mi patria

«Enlútese los cielos, que bramen rancos vientos,
que ruja la tormenta, que silbe el huracán;
yo quiero que espantosos los raudos elementos
aunen sus esfuerzos, sus iras de Satán.

«Yo quiero que el Océano que nuestras costas baña
los límites traspase que Dios le señaló,
y llegue furibundo al pie de la montaña
que el Cóndor altanero apenas escaló.

«Y en su furor satánico, que arrase nuestros campos,
la pobre villa arruine y la gentil ciudad,
y desoladas queden las cultivadas pampas,
desiertos espantosos de inmensa soledad.

«Pues ya, patria querida, tus fueros ves hollados,
tus leyes pisoteadas, robado hasta tu honor,
y lejos de tu seno errantes, desterrados
los hijos que te dieron renombre y esplendor.

«Yo miro tus pendones que mi valor inflaman,
y que triunfantes vieron los valles del Perú,
bajo los pies de un monstruo que Dictador aclaman
los degradados hijos que maldijiste tú.

«Te veo encadenada sin voluntad ni vida,
y escucho tus sollozos, tus ayes de aflicción;
llozar te miro ¡oh patria! tu libertad perdida,
tus leyes, tu pasado, tu gran Constitución.

«Yo veo encadenados á tus mejores hijos,
yo siento sus dolores cuando á azotarlos van;
y en otros desgraciados mis ojos tengo fijos
que han ido á extrañas playas á mendigar un pan.

«¡Oh Chile, oh Patria amada! bajo tu hermoso cielo
mis ojos se entreabrieron para admirar tu sol,
tu cordillera inmensa cubierta de albo velo,
tus lagos y tus ríos, tus noches, tu arrebol.

«Los amo tanto ¡oh patria! con tanto amor los quiero
que ese cariño inmenso ¡oh Chile! es mi virtud;
pero mil veces muerta, mil veces te prefiero,
antes que hollada verte por negra esclavitud.

«Perdona ¡oh patria mía! mi corazón desborda,
y siento en mí agitarse las iras de Satán. . .
¡Que ruja la tormenta, la tempestad que asorda:
desátense los vientos y el hórrido huracán!»

Cuando se ha leído esas estrofas ¿puede extrañarse que, reclamándole por su patria el contingente de sacrificio, lo viéramos arrostrar los peligros, radiante de júbilo y de entusiasmo?

Nó, el que aprende desde niño que después de Dios está la patria, necesariamente debe morir, como Vicente Borne, en el puesto de honor que se le ha confiado.

El poeta que pedía al cielo sus furores, á las tempestados, á los huracanes y á los encrespados mares las más espantosas de sus cóleras para borrar de la faz de la tierra á su patria antes que verla esclavizada, no podía trepidar en verter su sangre por ayudar á su redención.

Desde el 12 de agosto, la tenía ofrecida, y al hacerlo, tan natural, tan sencillo le pareció ese grande acontecimiento de su vida de patriota, que no le mereció en su libro de memorias más que las palabras siguientes: «Anoche me comprometí á prestar el humilde concurso de mi persona á la santa causa de la Revolución.»

Debía comenzar á cumplir esa promesa desde el día 18 del mismo mes, abandonando el tranquilo hogar de sus padres, que él embellecía y alegraba con su presencia, por una vida erizada de peligros y dificultades. Ese día, poco después de haber dado fin á sus tareas de oficina, dejó la casa, diciendo «que iba á comprar cigarros»; pero llegó la noche, transcurrieron las horas, amaneció la aurora de un nuevo día, y Vicente no tornaba al hogar.

Fácil será comprender las angustias de su familia, sumida en una incertitumbre cruel; pasaron los días 17, 18 y 19, hasta que, por fin, el día 20 la infausta noticia de la matanza de «Lo Cañas» comenzó á circular en Santiago. Los rumores, diceres y noticias se cruzaban, desmintiéndose ó confirmándose unos á otros, recíprocamente. Desde los primeros momentos el nombre de Vicente 2.º Borne era uno de los que con más insistencia corría entre los que se daban como de las presuntas víctimas. Esas noticias

llegaron necesariamente á oídos de la familia, y con tales visos de verdad que era imposible la duda. Bien pronto la incertidumbre trocóse en desesperación, la esperanza en desengaño.

Hubo, sin embargo, un instante de tregua al dolor.

Una última versión aseguraba que entre los prisioneros hechos por las tropas de San Martín se encontraba seguramente Vicente 2.º Borne, y su infeliz padre, loco, trémulo de desesperación, creyendo que aun podía salvar á su hijo y con él á algunos de sus compañeros de gloria, quiso ir á echarse á los pies del omnipotente Dictador, para aplacar con sus lágrimas la sed de sangre de la irritada fiera.

¿Acaso vosotros, padres amantes; vosotras, madres amorosas, no hubierais hecho lo mismo? ¿No hubierais pospuesto á vuestros hijos el orgullo de vuestros corazones?

¡Oh sí! antes que altivos y fieros, sois padres, y el amor paternal ¿no han arrancado lágrimas de niño á los ojos de los más adustos varones?

Mas ¿cómo conseguir llegar hasta la persona del que tenía en sus manos la vida de su hijo? Sin la compañía de algún edecán ú otro personaje de *importancia*, imposible sería conseguir el *honor* de una audiencia.

Encaminóse entonces hacia el edificio de la Comandancia General de Armas, á pedir de Barbosa le facilitase un medio para lograr sus deseos. Éste dióle uno de sus ayudantes, quien, una vez llegado á la Moneda, obtuvo que el edecán de servicio coronel Gómez Solar, pasase al despacho de S. E. á pedirle de parte del señor Borne una audiencia privada. Contestósele que

tuviese la bondad de esperar. Así lo hizo el señor Borne durante más de dos horas, hasta que el mismo señor Gómez Solar vino á decirle «que S. E. sentía mucho no poder recibirlo; que *todo* estaba hecho; que Vicente 2.º había muerto en el *combate* con las armas en la mano, y que recibiese de su parte un abrazo de *condolencia*».

¡Hipocresía horrible!

Despedido así, el infeliz padre volvió al hogar, desgarrada el alma, traspasado el corazón.

Pero el heroico sacrificio del hijo no había de salvar la reputación del padre: junto con las noticias de la matanza, sucediéronse los comentarios, atribuyendo unos á impericia de los que dirigían la montonera, otros á delaciones el desastre de «Lo Cañas».

No faltó quien señalase como delator á don Vicente Borne; se le había visto ese día bajar á escape de un coche, entrar á la Comandancia General de Armas, luego salir de ella acompañado de un oficial superior para ir á la Moneda, quién sabe con qué objeto, y permanecer allí más de tres horas.

Todo eso *se dijo*, luego *se aseguró*, para *jurarlo* pronto, hasta tal punto que ya el día 21 de agosto no se oían otras palabras, refiriéndose á la matanza de «Lo Cañas», que éstas:

—«Él fué quien mató á su hijo. Creyendo poder salvarlo, se presentó en la Comandancia General de Armas á delatar la reunión, pidiendo que se le entregase cuanto antes su hijo, para hacerlo *sufrir el castigo correspondiente*».

¡Y esto se decía!... ¡Era posible que los que tal aseguraban pudieran olvidar que la visita del señor Bor-

ne á Balmaceda tuvo lugar el día 20 á las tres y media de la tarde, es decir cerca de doce horas después de la catástrofe! Mas, pronto fué posible convencerse de que esas versiones caían derribadas por sí solas ante la más sencilla lógica, y entonces, sin abandonar el terreno, comenzóse á circular los siguientes comentarios que tuvieron su cuna en la Comandancia General de Armas, procreados en el cerebro del general Barbosa. Suponíase que, antes de abandonar su casa, Vicente 2.º había dejado una carta en que decía á su padre, después de pedirle perdón por el paso dado sin su consentimiento, que iba á formar parte, en unión con varios amigos, de una montonera que se estaba organizando en el fundo de «Lo Cañas», propiedad de don Carlos Walker Martínez, destinada á favorecer las operaciones del ejército libertador que ya debía haber desembarcado. Que, provisto de esta carta, el señor Borne había solicitado y obtenido una audiencia del Dictador, en la que se habían concertado los planes para capturar la montonera; y que el señor Borne, fiado en las palabras de Balmaceda, que le había prometido el perdón de su hijo, había vuelto á su casa á esperar tranquilo los acontecimientos.»

No obstante, nadie presentaba pruebas; nadie se atrevía á atestiguar que había visto al señor Borne en la Moneda, ni entrando, ni saliendo; nadie.

Pero el soplo estaba dado, y la atmósfera de mala opinión seguía estrechando de cerca al desdichado padre, y con tal fuerza, que el 29 de agosto, día en que se supo en Santiago la victoria decisiva de la Placilla, la voz popular que condenaba al señor Borne, levantó el brazo para castigarlo.

¡Enorme injusticia!

Se empeña la suerte á veces en aplastar á los hombres, en manchar su reputación, en enlodar su nombre con los epítetos de traidor é infame.

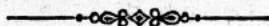
Pero la luz de la verdad tiene que resplandecer al fin, y alumbrando las inteligencias, mostrar la virtud que se creía vicio, la honradéz que se tildaba de hipocresía.

Toda esa trama que trataba de matar la reputación de una familia desdichada, urdida fué en el despacho de Barbosa; hízose circular, y en esos días de exaltación, de ceguedad, debía encontrar eco, hallar intérpretes que la protegieran, y que el 29 de agosto reemplazaran por ruines acciones las venenosas palabras, las espantosas calumnias tejidas en ese antro de pasiones, en ese hervidero de odios, donde la Dictadura amontonaba su hiel de venganza, y que se llamaba la Comandancia General de Armas.

Mientras tanto, el hijo, al expirar tranquilo entre los atroces tormentos que en su saña brindáronle sus inhumanos verdugos, pudo encontrar fuerzas que le reanimaron un segundo para pronunciar con los labios casi yertos por el hielo de la muerte, un voto, un arranque sincero, puro, como el que nace del corazón: — «¡Sé feliz, oh patria mía!»

Sus deseos se cumplieron. La patria, libre de las cadenas del despotismo, comienza á levantar su vuelo hacia el espacio incommensurable del progreso; pero su familia, los seres que le dieron el sér, los que llamó hermanos, no son felices: el veneno destilado sobre sus cabezas por la mano de la Dictadura aun no ha sido atenuado por ningún lenitivo.

¡Que el mártir de «Lo Cañas» descorra de los ojos de la sociedad chilena la venda que le impide contemplar la verdad; y que un día, abandonando un momento su morada de dicha, al dirigir sus ojos sobre este hermoso Chile, pueda ver á sus padres gozando de la felicidad que él contribuyó á conquistar para la sociedad al verter su sangre en la montaña de «Panul»!





XIII

Arsenio Gossens

Nació Arsenio Gossens en Concepción, el 12 de diciembre de 1868. Fueron sus padres don Arsenio Gossens, comerciante francés de acri-solada reputación, y doña Luisa Uribe.

Cursó sus primeros años de humanidades en el colegio «Andrés Bello», de Concepción, estableci-miento regentado por el respetable maestro, presbítero don Manuel García, y desde temprano se hizo notar allí por su inteligencia precoz y su decidida afición al estudio.

Niño de carácter vivísimo, franco y jovial, Arsenio Gossens era estimado y querido, tanto de sus maes-tros como de sus compañeros. No había persona que lo conociera que no le pronosticara el más brillante porvenir, y á sus padres las más halagadoras espe-ranzas.

Concluyó sus estudios de humanidades en el Liceo

de Concepción, y al venir á Santiago á graduarse de bachiller en filosofía y humanidades, resolvió fijarse en la capital para estudiar leyes. Había dado ya comienzo á sus estudios legales cuando la apertura del Instituto Pedagógico le presentó oportunidad de incorporarse en el número de sus alumnos, con el fin de profundizar sus conocimientos en historia y geografía, sin interrumpir, no obstante, sus estudios legales, que proseguía con ardor verdaderamente excepcional.

Sus compañeros recuerdan haberlo visto repetidas veces recorriendo, no sólo las librerías de la capital, sino hasta las casas de préstamos, en busca de obras científicas que se relacionaran con sus estudios, manantiales fecundos donde poder saciar su avidez de conocimientos.

Dotado al mismo tiempo de un carácter bellísimo, era adorado de sus compañeros de estudio, los alumnos del Instituto Pedagógico, quienes lo han llorado como á un hermano y han rendido á su memoria las manifestaciones más tiernas y sentidas.

Hermoso corazón, lleno de nobles aspiraciones y preclaras dotes, habría sido una de las más risueñas esperanzas de la patria, de esa patria que amó tanto, hasta ofrecerle el holocausto de su vida.

Hijo amante, tierno hermano, fiel amigo, la generosidad, el talento y el patriotismo fueron sus prendas personales.

Con esas dotes era imposible que Arsenio Gossens no hubiese contribuído con todo el esfuerzo de su alma á la redención de su patria sojuzgada. En efecto, desde enero del 91 su actividad y talento fueron exclusivamente empleados en servicio de la causa

cuya santa bandera vió flamear por vez primera la rada de Valparaíso el memorable 7 de enero.

En el periodismo revolucionario fué donde Arsenio Gossens probó el temple de su espíritu, escribiendo en *El Republicano* y *El Deber* hasta el momento en que en «Lo Cañas» perdiera la patria con su vida uno de sus más preclaros hijos.

Sus amigos, sus compañeros de estudios, cuyas pesadas tareas él había amenizado con su charla viva y chispeante, y á quienes en los momentos difíciles él sabía aconsejar, han dedicado á su memoria tiernas y cariñosas frases en que se derraman lágrimas por la pérdida del compañero generoso y sincero, del alumno aprovechado é inteligente y del chileno patriota y abnegado.

Séanos permitido reproducir aquí el artículo que el señor Bórquez Solar dedica á la memoria del que fuera su mejor amigo y que publicó *La Libertad Electoral* del 9 de septiembre de 1891.

«La historia de la criminalidad en el mundo entero, no registra un hecho tan alevoso como el perpetrado en «Lo Cañas». Estaba reservado á la dictadura, como digno completamiento de la éra de crímenes que sumergió al país durante ocho meses en un mar de sangre, la consumación de ese asesinato horrible ordenado por un hombre sin entrañas que quiso, en su ambición, alzar un trono, como Tamerlán levantó una pirámide sobre millones de cabezas cortadas por sus verdugos; por un hombre que intentó coronarse á trueque de reducir á menudo polvo las instituciones de más de medio siglo, de pasar por encima de cuan-

to es el patrimonio de la humanidad: la ley, el derecho, la religión; por un hombre que quiso tener un cetro y eligió el puñal.

«¡Hijo de las tinieblas y del crimen, tenía que ser miserable criminal! Sí; nada tiene en su abono, nada puede disculparle, porque quien falta á su palabra y á su juramento, porque quien nada respeta, ni al hombre ni á Dios, es falsario, traidor y blasfemo, y estas son culpas que nunca la sociedad ultrajada perdona, ni deja sin castigo Dios. Acechar la presa, cebarse en ella por puro placer, hincar la garra en el pecho de los inocentes, y, ebrio de sangre y siempre sediento de ella, derramarla de nuevo y, después de todo, mostrar al mundo el corazón de las víctimas palpitante aún, y siempre la sonrisa, la mueca espantosa de Satán en los labios, no lo hace el tigre de la Hircania, no lo hizo Rozas; pero ¡oh vergüenza! lo hizo en Chile ese tirano, ese aborto vil que se llamó Balmaceda.

«¡Pobres mártires! ¿Qué digo? Jóvenes felices, sucumbisteis por la salud de la patria, y ella os bendice: grande fué vuestro sacrificio, la palma del martirio coronó vuestras frentes aquí, y el Dios justiciero ya os otorgó el premio de vuestra abnegación. Y después ¿qué importa si con la muerte se consigue salvar á la Nación, y, venciendo á la muerte misma y aun al tiempo, ser para siempre inmortal, continuar viviendo de generación en generación, tener un lugar en el templo de los servidores de la humanidad y en el templo del Omnipotente, ser los nombres benditos que repita la madre á su hijo, el grito de guerra que lance el soldado en el combate para vengaros, vivir allá y vivir en cada uno de vuestros hermanos, conquistar la glo-

ria y el martirio á la vez, ser digno de la apoteosis, ejecutar en un momento y como por inspiración de lo alto la más grande de las epopeyas? Si se consigue todo esto, ¿qué importa morir?

«Sí, yo os lo aseguro, vuestro sacrificio era necesario para el triunfo de la causa santa: á la vista de vuestra sangre inocente derramada, la justicia divina no pudo demorar el castigo de los culpables, y hé ahí el secreto del triunfo: vosotros sois los vencedores de Concón y la Placilla, y como Cástor y Pólux de la leyenda, habéis combatido en las filas constitucionales. ¡Genios sublimes, hosanna!

«Pero, á pesar de todo esto, no sé por qué yo deploro vuestras muertes. Á muchos de vosotros conocí, erais mis amigos; y, sobre todo, tú, Arsenio, mi querido amigo. ¡Cómo me acuerdo de ti! Á cada momento te tengo presente; tu cadáver frío y yerto, todo tinto en sangre; tu cráneo vacío y abierto como una copa por el hacha del asesino; tu brazo atravesado por una bala homicida, y esa expresión de tristeza que tenía tu rostro muchas veces; sí ¿por qué no decirlo? me ha hecho llorar.

«¡Y cómo no sentir al compañero de estudios, á aquel con quien pasé las horas de alegría y de tristeza, casi mi hermano, porque esos lazos que unen dos corazones por la igualdad de carácter y de creencia son tan fuertes como los vínculos de la sangre! Tenía en mis brazos tu cadáver y aun no me convencía de la realidad; yo creo que más de una vez, cuando lavaba tu rostro, se ha estremecido tu cuerpo al sentir mis lágrimas sobre ti. Herido cobardemente y después ¡oh infame! desnudo, profanado, cubierto de

lodo, si te hubiera visto el tirano se habría alterado su rostro, aunque fuera su corazón de piedra. Y tal vez tu sacrificio haya sido el más grande. No oisteis sino la voz de la patria opresa entre cadenas, abyecta; dejaste á tu madre huérfana que no tenía más que á ti para correr á salvarla, y la salvaste. Tu alma noble y generosa ya está entre los inmortales, y tu recuerdo siempre vivo estará en mi memoria.

«Yo juré vengarte; pero antes que yo cumpliera mi promesa, el cielo quiso que tus otros hermanos, los bravos del ejército constitucional, te vengaran. Hoy el asesino anda prófugo y errante; cayó el tirano al soplo de la justicia; hoy su castigo es el remordimiento, y mañana, si es habido, el patíbulo le espera. En tanto, no tendrá paz ni calma; tu sombra y las de tus compañeros de martirio le persiguen: la sombra sanguinolenta de «Lo Cañas».





XIV

Santiago Bobadilla

STE infatigable hijo del trabajo nació en San Bernardo el 17 de noviembre de 1868.

Tipo del obrero patriota é inteligente, vió deslizarse sus primeros años en medio de las faenas del campo, entre las labores del agricultor. Pero ansioso de conocimientos, lleno de codicia por enriquecer su mente con la luz de la verdad, dejó pronto esas apacibles tareas para cursar en Santiago los estudios de humanidades, en los cuales, merced á su constancia y contracción, supo conquistar merecidos laureles.

Pero haciéndose necesaria la colaboración de sus esfuerzos en los negocios de su padre, volvió otra vez al campo á proseguir la tranquila vida, las sencillas faenas de su infancia, que ahora interrumpía á menudo con instantes de descanso consagrados á sus libros de estudios.

Allí, solo en medio de una amena soledad, disfru-

tando la calma de una naturaleza exuberante, el niño Bobadilla logró formar su corazón, y dirigirlo por el sendero del bien.

Estimado y querido por todos cuantos pudieron tratarlo de cerca, poseía un carácter insinuante y generoso, pero tan inflexible que jamás le permitió, ni por interés, ni por amistad, transigir con sus opiniones, mucho menos dejarse arrastrar por sugerencias extrañas.

Si un carácter así dióle numerosos amigos, también le concitó adversarios en personas bajas é indignas que, defraudadas en sus esperanzas de asociarlo ó comprometerlo en ruines negocios, no tuvieron otro camino que el de la más soez de las intrigas para vengarse, del que, niño aun, les enrostrara sus infames manejos con palabras de la más viva indignación.

De ahí que desde temprano los venenosos dardos de la calumnia se cebaran en su acrisolada reputación, dardos que Bobadilla despreció siempre con altanera indiferencia, descansando tranquilo en su dignidad, jamás manchada entre el cieno del crimen; y que, no obstante, corriendo el tiempo, debían hacerse valer en las decisiones del inicuo tribunal (?) encargado de juzgarlo para arrancarle su preciosa existencia, en medio de los horrores de «Lo Cañas». Fué calumniado, mas cada una de las acciones de su vida, tan corta como fructífera, se encargó de desmentir villanas acusaciones.

Desde que se inició la Dictadura, pretendióse seducirlo con halagadoras promesas de elevados puestos en el escalafón del ejército que sostenía á aquel régimen;

pero él, con la misma altivez con que había rechazado poco antes tentadoras riquezas, despreció también esas proposiciones. Y haciéndose uno de los más abnegados defensores de la causa constitucional, impúsose con gusto una vida de sacrificios y peligros, predicando entre la gente de aquellas comarcas el odio contra la tiranía y el amor por la libertad.

Á pesar de haber tenido mil veces oportunidad favorable para dirigirse á Iquique, jamás quiso hacerlo, porque creía que el verdadero puesto de peligro se encontraba en Santiago, y que «para derribar un edificio mejor es atacarlo de cerca que de lejos».

—Yo quiero ser, decía, como el minador: quiero colocarme bajo los cimientos y aplicar la tea, aunque en su caída el edificio me aplaste con sus escombros.

Por fin, el 15 de agosto de 1891, había de presentarse la ocasión para realizar sus deseos; él la aprovechó, y sin esperar un solo instante, púsose inmediatamente en acción.

«Mediante su carácter simpático, dice el señor Benjamín Jara, en un artículo dedicado á su memoria que publicó la *Libertad Electoral* en noviembre de de 1891, su corazón franco y su espíritu magnánimo, no tardó en reunir á su alrededor un gran número de compañeros, los cuales respondieron á su generosa invitación, tocados por su palabra y por su ejemplo en las fibras más íntimas y delicadas del patriotismo.

«Los hombres conquistados por él eran hijos del pueblo laborioso, honrado, republicano, demócrata, que se reunieron en torno suyo como en torno de un

caudillo en quien veían simbolizados el amor á la patria, á la libertad y al trabajo. Muchos de ellos debían pagar, como él, su abnegación y heroísmo con la muerte más indigna y alevosa.

«Era el 17 de agosto. Después de tenerlo ya todo preparado para su partida á «Lo Cañas», se presentó á su madre, dejando ver en su semblante una mezcla extraña y profunda de dolor y de júbilo. Le reveló resueltamente su íntegro y sagrado secreto. Ella entonces olvidó que era madre para recordar únicamente que era chilena. No sólo le concedió gustosa su permiso y sus bendiciones, sino que aplaudió con entusiasmo tan bella y tan varonil resolución.

«Á él le faltaban seis caballos para conducir á «Lo Cañas» al piquete de hombres con que debía ir á engrosar las filas que allí lo aguardaban. Su madre le aconsejó que los tomase del fundo de su padre. El único inconveniente se había, pues, salvado. El quedó de hacer lo que su madre le indicó. Con la sonrisa en los labios y con las lágrimas en los ojos, se despidió de ella y de sus hermanitos, abrazándolos efusivamente, y partió.

«Fué de casa en casa, advirtiendo á los soldados que había improvisado con tanta decisión y constancia, que había sonado la hora de la partida y del adiós. Quedaron de reunirse en casa de don Pedro Acuña á las once de la noche. Así lo hicieron.

«Don Pedro Acuña, al despedirse, le ofreció un caballo, que él aceptó.

—*Lo pongo á su disposición para que usted vaya en bueno y no en malo*, le dijo el señor Acuña, sonriéndose.

«Hé aquí la lista de los que escaparon de la carnicería:

«Marcelino Pinto,
«Arturo Barrios,
«Miguel Hernández,
«Nicomedes Salas,
«Bonifacio Salas,
«Gregorio Pinto,
«Agustín Araya,
«Demetrio González,
«Manuel Mesías,
«Manuel Roldán,
«Antonio Llanos,
«Mateo Silva,
«Juan Cruzat,
«Abraham Basualto,
«Gabino Muñoz.

«Ellos pueden decir de qué temple de alma, de qué altura de corazón era el joven patriota que los había conducido á aquel lugar de suplicio y de gloria.

«Interrogado uno de los compañeros que él había alistado, Gabino Muñoz, por uno de los victimarios, acerca de quien lo había conducido á aquel lugar, Muñoz le respondió:

—«*Ese que está allí*, señalando á don Santiago Bobadilla.

«El miserable sayón se dirigió entonces hacia él y le preguntó:

—«¿Conque tú has traído aquí á estos bribones?

—«Yo he sido, miserable. Yo, Santiago Bobadilla.

«Al oírlo, se apoderaron varios de él, imposibilitándolo para toda defensa. Y después de notificarle su muerte, le pasaron, por irrisión, un cigarro para que se lo fumase antes de morir. Don Santiago Bobadilla tomó el cigarro y se lo arrojó por la cara diciéndoles:

—«Un hombre, para morir como hombre, no necesita de cigarros, canallas.

«Estas fueron sus últimas palabras.»

En uno de los capítulos de la primera parte de este libro reproducimos una relación del señor J. R. Vidaurre en que éste trata de rectificar en algunas de sus partes la querella del Ministerio Público. Una de esas rectificaciones es la siguiente:

«Que no existió, como lo asegura el señor fiscal, el propósito de fusilar solamente á los jóvenes y exceptuar á los obreros, como lo prueba el hecho de que el señor Bobadilla fué fusilado á pesar de ser un humilde obrero».

«Pero don Santiago Bobadilla no era un obrero, dice, á su vez, un remitido publicado en la *Libertad Electoral* (noviembre de 1891). El no estaría quizás á la grande altura social del señor Vidaurre; pero tampoco estaba al triste nivel de los infelices obreros que éste contribuyó, con su complicidad en la dictadura, á esquilmar y destruir.

«Don Santiago Bobadilla era un joven que disfrutaba de todas las comodidades de que puede estar rodeado un hijo querido, á quien su padre colma de los múltiples beneficios que le permiten hacer sus recursos. Él no acudió á «Lo Cañas» arrastrado por sugerencias de nadie, sino por convicciones íntimas y

enteramente propias. Él acudió á ese teatro de sangre como jefe de una partida que condujo allí mediante su palabra entusiasta é ilustrada y su carácter insinuante y generoso, facilitándole todo lo necesario para su organización, disciplina y traslación, pues que puso á disposición de ella siete caballos que tomó de uno de los fundos de su señor padre y de los que, al desenlace del trágico y sombrío drama que le costó la vida, dió cuenta la insaciable sed de robo de la dictadura, junto con otro hermosísimo caballo que él montaba y que pocos días antes había comprado su señor padre en doscientos pesos.

«Si hubo el propósito de fusilar únicamente á los que no eran obreros ¿por qué fué fusilado don Santiago Bobadilla? ¿Cuál fué la causa? ¿Por qué no la revela el señor Vidaurre? ¿Por qué la guarda misteriosamente en el mismo saco roto en que pretende guardarse su responsabilidad?»

¿Por qué no confiesa el señor Vidaurre que el Tribunal encargado de juzgar el día 20 á los heroicos jóvenes, y que él presidió, se hizo el intérprete de los odios que perseguían al abnegado Bobadilla, de esos odios voraces y sanguinarios como los instintos del tigre, de esos odios que no habían de detenerse sino ante los mutilados miembros del mártir?

Y á la verdad, el señor Bobadilla no fué asesinado para aplacar solamente la sed de sangre de la Dictadura, sino para saciar venganzas privadas de personas bastantes poderosas por sí solas para influir en las decisiones de aquel sombrío tribunal.

Sirva de ejemplo á nuestra clase obrera la figura del heroico mártir, cuya vida hemos tratado de dise-

ñar á grandes rasgos: lidió en vida contra la maldad de los hombres como un héroe, y supo morir por la patria como un mártir.

¡Ojalá que siempre las frescas aguas del recuerdo bañen su tumba, y que los suaves perfumes de la gratitud puedan llegar hasta su lecho de muerte y remover de gozo sus cenizas venerandas!





XV

Joaquín Temístocles Cabrera

NACIÓ en Santiago el 12 de abril de 1870. Fueron sus padres don José Pío Cabrera y doña Josefina Negrete.

Desde su primera infancia demostró Cabrera un carácter indomable y una voluntad de hierro, que hacían de él un niño turbulento y pendenciero, enemigo de la disciplina y del orden. Su aversión por el estudio era tanta, como grande su afición por los ejercicios gimnásticos, en los cuales era tan asiduo y constante que á los quince años poseía una organización física tan robusta, que el niño de entonces revelara ya al hombre de más tarde.

El fallecimiento de sus padres cuando apenas contaba seis años, vino á dar rienda suelta á sus tendencias de libertad absoluta. Desde esa época, no teniendo un lazo bastante fuerte que lo dominara, no hizo más que su voluntad, guiada sólo por su carácter y

sus inclinaciones. De ahí que no se resignara jamás á admitir régimen alguno que de cualquier modo pudiera oponerse á la realización del menor de sus caprichos; fué alumno del Seminario durante un mes, de Santo Tomás de Aquino durante quince días, del Instituto Nacional, San Ignacio y Padres Franceses; hasta que, decidido ya, «Con lo que sé me basta» se dijo, y arrojó los libros de estudio para entregarse á la lectura de los más románticos poetas y novelistas. Víctor Hugo y Lord Byron eran sus favoritos, y con razón, pues en su persona poseía algunas de las cualidades de aquéllos: del primero la más espléndida caridad, del segundo esa excentricidad que hizo de él un conjunto extraño de romanticismo y naturalismo.

De esta manera vivió Cabrera hasta los diez y siete años, edad en que, ansioso de nueva vida, de otro cielo, y nuevos amigos, dejó Santiago para dirigirse al norte de Chile, visitar Tacna, Iquique y Antofagasta y admirar en las inmensas pampas del Tamarugal los prodigios de la industria, los esfuerzos del trabajo. Mas un buen día quiso ser soldado, y sin pensarlo más ingresó con el grado de sargento segundo en el batallón 8.º de línea, donde se hizo estimar pronto de sus jefes y compañeros de armas por su arrojo y temerario valor.

Á los pocos meses, el regimiento fué traído á Santiago, con el objeto de disipar las fantasmas que perseguían los ambiciosos sueños del futuro Dictador, y con él regresó Cabrera.

Ya era un hombre. Su imaginación pronta y ardiente comprendió luego el alcance de la tormenta política que comenzaba á desencadenarse; y siguien-

do sus ideas, más bien su corazón, el joven aventurero no pudo menos que odiar con toda su alma al mandatario criminal que con las cadenas del depotismo pretendía atar á su carro los destinos de Chile.

Interrogado por un amigo sobre sus opiniones políticas, Cabrera respondió:

—El que desde niño aprendió que la libertad es la vida del hombre ¿podrá apoyar á un déspota?

Desde ese día sus compañeros de armas conocieron sus opiniones políticas, opiniones que, por lo demás, en ningún momento él disfrazaba, lo que valióle pronto numerosas injusticias é inmerecidos castigos, que le hicieron pensar en dejar la casaca y tornar á la vida del hogar. Mas, siguiendo los consejos de sus hermanos, y conociendo que desde su humilde puesto podía ser más útil á la causa de la libertad, desechó esa idea y continuó en el servicio de las armas.

Pero los hombres que el oro del tirano había comprado no olvidaron las opiniones de la familia de Cabrera, y siguieron sus pasos, hasta que una noche de enero, estando de guardia en el cuartel de Cazadores, sorprendiéronle con un paquete de periódicos revolucionarios; se le puso preso entonces con centinela de vista, y al cabo de algún tiempo el mismo Barbosa fué á su prisión á notificarle que «quedaba separado del ejército por inútil al servicio».

Libre ya, sintiéndose feliz con no llevar sobre sus hombros una librea que lo degradaba, Cabrera se puso inmediatamente al habla con don Arturo Undurraga, quien le comisionó para desempeñar los más peligrosos de los servicios en ese entonces: populari-

zar entre las tropas del Dictador la causa de la Revolución con la lectura de periódicos revolucionarios. Efectivamente, los días jueves y sábados, días en que se publicaba *El Constitucional*, recibía Cabrera cien ejemplares de ese periódico, que él repartía entre sus antiguos compañeros de armas. Una noche llevó su arrojo hasta penetrar vestido de soldado al cuartel del 8.º de línea, para entregar al sargento segundo Ulloa varios números de aquella publicación, que éste a su vez repartía entre la tropa.

Pero no sólo á Santiago limitaba Cabrera su actividad y entusiasmo por la causa de la Revolución: Valparaíso, Talca, Concepción, las provincias todas, á las cuales hacía continuos viajes con toda clase de órdenes y comisiones de parte del Comité de Santiago, eran su inmenso escenario.

El 13 de agosto de 1891, encontrándose en Santiago, recibió la orden de alistarse y ponerse al frente de una comisión compuesta de los señores José Miguel Martínez, Aurelio Gallego, Pablo Acuña, Ramón Escobar, Pedro Valenzuela y Juan Ramón Olivares, comisión encargada de interceptar la línea férrea en el túnel de San Pedro. Cumpliendo con esa orden, la misma noche embarcóse con sus compañeros en el expreso del norte, ocupando juntos un carro de primera clase, y llevando por todo equipaje una pequeña maleta. El viaje empezó con toda felicidad, y sin que ninguna persona extraña entrase á ocupar un asiento al carro de nuestros jóvenes. Acababan de dejar la estación de Quillota, y Cabrera habló así á sus compañeros:

—Queridos amigos, yo mismo debo aplicar el fue-

go á la mecha, pero sólo á la salida del túnel, pues procediendo antes, la explosión podría alcanzarnos y hacernos perecer. Ahora bien, creo que no debo cumplir esa orden en la forma indicada, por las siguientes razones: si esperamos salir del túnel para aplicar el fuego, seguramente seremos vistos por el caminero, lo que nos valdrá la muerte á manos de los opresores. ¿No es mejor arriesgar nuestras vidas, quedar sepultados bajo las ruínas del socavón? En este caso moriremos; pero habremos conseguido, al menos, hacer el mayor mal á nuestros enemigos.

Aprobada sin discusión y con sencillez la proposición de Cabrera, los jóvenes, á dos pasos de una muerte casi cierta, mientras el tren corría con celeridad que daba vértigos, se ensimismaron silenciosamente en íntimas meditaciones.

Tenían, sin embargo, un atrayente panorama ante sus ojos. Una noche plácida y serena, iluminada suavemente por los rayos de una luna brillante en toda la magnitud de su tranquilo esplendor, que permitía admirar la imponente sencillez de la naturaleza en aquellos contornos, casi adormecidos en esos instantes, con horizontes mal limitados por montañas cuyas plateadas cimas despedían destellos brillantes á la luz del astro de la noche. Y aquí viñedos, y allá campos de hortaliza, y acá extensos potreros, y acullá un arroyuelo de cristalinas linfas.

Y un silencio lleno de misterio, sólo turbado por los resoplidos de la locomotora, que huía como una exhalación, y por el traqueteo de los carros al deslizarse sobre el riel.

¡Noche tranquila, que convidaba á ideas risueñas,

ó de suave melancolía, mas nó á ideas de horror y de muerte!

Y el terreno iba haciéndose minuto á minuto más y más áspero, hasta que á lo lejos, entre un cordón de cerros, como el ojo de un gigante en acecho, el túnel de San Pedro dibujábase con su denso círculo de tinieblas, entre la semi-claridad de la noche.

Los poderosos pulmones de la máquina dieron la voz de alerta. La distancia se acortaba más y más.

—Ya es tiempo, dijo Cabrera en voz baja; ayúdame, amigos.

Y abriendo la portezuela del carro, tendióse sobre el piso, sostenido de los pies por sus valientes compañeros.

El convoy penetró en el túnel; la oscuridad más densa sucedió á la brillante luz de la luna, y en medio de las tinieblas resplandecía con fúnebres destellos la chispa de la mecha que Cabrera había encendido en uno de los costados de la misteriosa maleta. Agitóla un momento, y el viento que con celeridad espantosa soplaba en los costados del convoy, consumióla en un instante.

—*¡Muera el tirano!* gritó Cabrera, soltando la maleta. . .

Un segundo después, el tren salvaba el túnel, para detenerse, transcurridos algunos minutos, frente á la estación de Limache, donde ya se tenían noticias del intento de hacer volar el túnel de San Pedro, intento que había fracasado á causa de la mala calidad de la dinamita empleada. . .

La policía comenzó sus averiguaciones, y desde los primeros momentos fijó su atención en el carro

en que viajaban los valientes jóvenes, uno de los cuales fué reducido á prisión y llevado á la cárcel del pueblo, de la que sólo pudo escapar más tarde por los buenos oficios del alcaide, cuyo corazón logró enternecer con la bonita suma de quinientos pesos.

El tren prosiguió su marcha, sin otro percance, hasta llegar á Valparaíso, donde se aprisionó á Cabrera, procesándolo inmediatamente con esa celeridad propia de la dictadura; pero su tenaz negativa respecto de su participación en el asunto devolvióle pronto la libertad.

Resolvió entonces tornar cuanto antes á Santiago, y al efecto, el 17 de agosto tomó el expreso de la mañana; mas luego, por una de las transiciones de su carácter, desembarcó en Quilicura, adquirió un magnífico caballo y lujosos aperos de campo, y regresó en ese traje á Santiago para verse con Undurraga y alistarse en las filas de la montonera de «Lo Cañas», donde había de encontrar temprana tumba.

El que por irrisión se ha llamado tribunal, tal vez no habría condenado á la pena de muerte al abnegado Cabrera, si un irreconciliable enemigo suyo, el teniente del 8.º de línea Samuel O’Ryan, no hubiera llevado su odio por el joven héroe hasta inclinar con sus venenosas frases el fallo de aquel tribunal de sangre (1).

A pesar de sus defectos, Cabrera era un gran corazón, un patriota sincero y abnegado. Verdad es que la mayor parte de su corta vida fué una deshecha tor-

(1) Consta así en el sumario que se está levantando sobre aquellos sucesos.

menta; pero cuando la patria llamóle al puesto del deber, nadie acudió con más entusiasmo, nadie hubo más dispuesto al sacrificio y á la obediencia, que ese joven acostumbrado desde niño á no conocer más autoridad que su voluntad indomable.

Para conocer á un hombre basta una sola acción. Cabrera demostró hartas veces un valor á toda prueba, y una abnegación sin límites, que hace su memoria digna de figurar al lado de la de sus compañeros de gloria.





XVI

Luis S. Valenzuela Labbé

HÉ aquí una de las más juveniles figuras del cuadro de sangre y muerte desarrollado en el escenario de «Lo Cañas».

No es uno de los detalles menos interesantes de ese drama de luto y horrores el que una gran parte de sus víctimas fueran adolescentes apenas, cuyas costumbres, cuyos gustos y cuyas inclinaciones estaban muy lejos de arrastrarlos á los horrores de las batallas.

No obstante, esos niños mimados y candorosos, esos adolescentes casi tímidos, esos jóvenes que jamás habían esgrimido las armas terribles del combate, improvisáronse soldados en un instante, cuando se les llamó en nombre de la patria á la defensa de la Constitución y de las leyes, cuando se les pidió el sacrificio de la vida en aras de la libertad. No valieron mimos, ni timideces, ni ignorancia en la técnica

de las armas, para detenerlos. Marcharon resueltos al combate, pelearon llenos de ardoroso valor, y cayeron bajo el puñal del asesino, altivos y serenos, esos nobles y generosos hijos de Chile.

El niño cuya corta vida vamos á esbozar tiene apenas historia.

Retoño generoso de un honorable hogar, cuyo apellido no es desconocido en las armas, en la legislatura, en el clero y en el foro, Luis Santiago Valenzuela Labbé nació en Santiago el 8 de octubre de 1875.

Desde su más tierna edad, el futuro mártir reveló una inteligencia tan precoz y una afición tan grande por los estudios, que sus cariñosos padres fundaban con justicia en él su porvenir y el consuelo de su vejez. ¡Cuán presto iban á arrebatárselo las furias de la guerra!

Hijo amante, hermano afable, alumno aprovechado y contraído, compañero leal y afectuoso, la vida de Valenzuela fué pura como la del lirio; pero, como ella, duró apenas una mañana.

Comenzó sus estudios á los nueve años en el Seminario Conciliar de Santiago, en el que permaneció hasta el año 1886, para pasar á proseguirlos en seguida en el colegio de San Pedro Nolasco, hasta 1891, año en que obtuvo el título de bachiller en filosofía y humanidades, cuando apenas acababa de cumplir quince años.

Su buena conducta y aplicación en el cumplimiento de sus deberes como alumno, su trato amable y su bondadoso carácter, le merecieron en ambos establecimientos el aprecio de sus maestros y compañeros.

Con su título de bachiller en la mano, decidió emprender, á mediados de 1891, el estudio de las leyes bajo la dirección de sabios profesores en la Universidad Católica.

Pero en aquellos mismos días (mediados de julio de 1891) un incendio de proporciones colosales, como pocas veces había podido presenciar Santiago, consumía, junto con ese importante plantel de educación, cuatro cuadras de los más bellos y suntuosos edificios con que se enorgullecía el centro comercial de la ciudad. Bancos, grandes salones de espectáculos, hoteles, imprentas, casas comerciales de considerable valor, y modestas tiendas, consumiéronse en un instante en aquella inmensa hoguera.

Era en plena Dictadura, y si bien la voz general culpó á sus servidores de haber puesto fuego á la pira, nosotros, sin pronunciarnos sobre un acontecimiento tan grandemente perjudicial, estamos obligados á hacer notar que el régimen entonces dominante ayudó mucho á la acción destructora de las llamas. En esos tiempos no se podía llamar á los bomberos, estos valerosos enemigos del fuego, con el toque de alarma: el tañido de la gran campana podía servir, — así lo temía el Dictador, — nó para reunir á los hombres abnegados que se han impuesto voluntariamente el deber de salvar á costa de su vida el bien ajeno, sin más premio que la satisfacción del deber cumplido, sino como señal convenida para que estallara simultáneamente en todas partes una tenebrosa conjuración contra su cetro. ¡Fantasmas del miedo!

Pero si ni siquiera podían andar juntas en aquellos gratos tiempos más de tres personas, ¿cómo se había

de permitir que un centenar de entusiastas bomberos, atraídos sólo por el resplandor de las llamas, aunasen sus personas y sus esfuerzos á la media noche para apagar la inmensa hoguera? Rodeados de sayones armados como para una batalla á muerte, de mirada torva y ademanes bruscos, y que creían ver en los defensores de la propiedad ajena terribles enemigos, los bomberos trabajaban con denuedo, mas, con rabia, y á las veces con desaliento, pues el fuego iba á cada instante tomando más gigantescas proporciones, mientras ellos á cada instante se sentían con menos libertad.

Por fin, saciadas sus ansias, las llamas amainaron su furia y un montón de escombros negruscos y humeantes quedó sólo de la inmensa pira; aun pueden verse en parte esos recuerdos de mejores tiempos. . .

Aquel incendio, pues, impidió á Valenzuela seguir sus estudios en la forma que él habría deseado, y obligólo á abandonar por entonces los libros.

Pero nó para entregarse al ocio. Aquel siniestro enardeció la rabia de muchos pechos, que antes deploraban en silencio los extravíos que habían hecho á un hombre olvidar su pasado y su porvenir, para arrastrar á su patria, cegado por una vanidad y un rencor sin ejemplos, al borde del abismo.

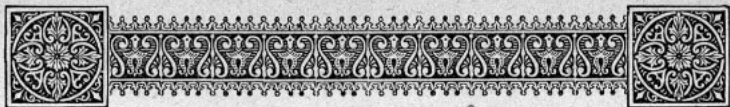
Valenzuela sintió levantarse la indignación en su alma, y comprendió que era necesario contribuir en la medida de sus esfuerzos al triunfo de la causa del orden y de la Constitución. Y con ese entusiasmo, con esa abnegación verdaderamente espontánea de sus compañeros de sacrificio, dióse á repartir periódicos constitucionales, y aun á escribir algunos ar-

tículos en esas publicaciones, faltos, es verdad, de forma retórica, pero escritos con la sinceridad del corazón que no sabe mentir y con la vehemencia de impetuosos sentimientos.

Más tarde fué necesario arrostrar mayores peligros, y sin vacilar más tiempo que el saberlo, Valenzuela corrió á afrontarlos. Marchó á «Lo Cañas» y al pie del altar de la libertad de su patria encontró digna tumba y digno pedestal para su gloria.

Tempranamente faltó á su hogar, quitándole lisonjeras esperanzas; pero llenó como se debe, á los diez y siete años, sus deberes de buen chileno y su misión de hombre.





XVII

Los héroes del trabajo

QUERO no fueron los generosos jóvenes cuyas biografías hemos intentado delinear en las páginas precedentes, los únicos que rindieron heroicamente la vida en persecución de una empresa noble sobre lo más noble, y tan desgraciada en el éxito como sublime por su intento y la abnegación de los que pretendieron ejecutarla.

Hubo á su lado un auxiliar, si bien mucho más modesto por la esfera social que le deparó el destino en la vida, no menos noble en sus sentimientos, no menos decidido y entusiasta en el momento de la acción, no menos valeroso y esforzado al frente del peligro: el soldado anónimo, el noble hijo del pueblo, el héroe del trabajo.

Ese hombre que al lado del banco y al despuntar la aurora, coge un pedazo de tosca madera y lo transforma bajo su mano en una maravilla de gusto, tan

útil como bella, y que sólo con las sombras de la noche abandona la pesada labor, rendido de cansancio, para recomenzarla sin desmayar al otro día y todos los demás; ese que funde el hierro con el sudor de su frente, y lo doblega al pie del yunque, al empuje invencible de su brazo; ese que pasa por la calle, agobiado, al parecer, bajo el peso de la fatigosa carga que oprime sus hombros; ese que, bajo los rayos de un sol implacable, hiere sin cejar las entrañas de la tierra para fecundarla con su esfuerzo; ese que, lejos de la luz del día, enterrado vivo, arranca á mano limpia sus tesoros á la mezquina montaña de piedra, que los esconde en lo más recóndito de su seno; ese que ha llegado á formar casi una sola persona con su generoso caballo, que con él come, que con él ríe, que con él duerme, que con él se aventura impávido día y noche en medio de las bestias montaraces, sus hermanas; ese que en un tablón mal seguro, sin más arreos que un pobre remo y su piel curtida por el sol y el viento, lanza su vida al mar bravío para disputar á las olas, á los escollos y á los vendabales un pecesillo que sustente á los hijos de su amor; ese que ni miramos siquiera cuando el soplo del orgullo infla nuestra hueca humanidad y que marcha tras de nosotros, resignado, contento á las veces con su suerte; ese que sobrelleva con tan sereno valor la cadena insoportable de la vida, y que corre cantando, el pie desnudo y la cabeza descubierta, á las más penosas faenas; ese hombre, digo, es un grande y noble corazón.

Y ese hombre no podía faltar en el altar de «Lo Cañas».

Fué allí, en efecto; que cuando el grito de libertad resuena en esta tierra, se confunden en un sólo sér los que verdaderamente son sus buenos hijos para pelear por ella, para morir por ella.

La relación de los antecedentes, de las peripecias, de los trabajos preliminares que prepararon las diferentes expediciones análogas á la que tuvo su desenlace en las hogueras de «Panul» y «Lo Cañas», materia da de sobra para elaborar un libro que, Dios mediante, habrá de escribirse.

Hoy sólo podemos reseñar á grandes rasgos los que precedieron á la operación que pasará á la historia con el título de este humilde libro, y sólo en lo que concierne á la participación que cupo en ella á los hijos del trabajo, para cerrar dignamente la tarea que nos hemos impuesto.

Desde los primeros días de la revolución, formóse en Santiago una sociedad secreta llamada «Unión Patriota», sociedad que á mediados de junio contaba en sus registros con una lista de cerca de mil doscientos miembros. Presidente de esa importante asociación durante todo aquel luctuoso período fué el abnegado joven don Arturo Undurraga, y secretario don José María Anrique. El capitán de ejército Berguño, el doctor Moore, el capitán de corbeta don Arturo Cuevas, el capitán de navío don Constantino Bannen, el capitán Montero, el doctor Maira, don Emilio Tardon, don Julio Lazo y don Rodrigo Donoso formaban el directorio general.

Cada una de esas personas era jefe de grupos más ó menos numerosos, compuestos de valientes jóvenes y entusiastas obreros.

La parte activa del movimiento revolucionario que se hacía en Santiago desde el glorioso 7 de enero, estaba encomendada á esa poderosa asociación, en cuyo seno confundíanse como un sólo sér todas nuestras clases sociales.

Sin embargo, la base, los cimientos, por decirlo así, de ese costoso edificio construído con tanta constancia y patriotismo, formábala el verdadero pueblo de Chile, es decir, esa parte de pueblo generosa y trabajadora que no se doblega ni ante la miseria, ni ante el peligro, que despreció los pingües sueldos con que la Dictadura pagaba á sus lacayos, para atender sólo á la salud de su patria.

Bajo el mando de diversos jefes, lejos del ojo acechador del esbirro, reuníanse continuamente para proponer y llevar á cabo peligrosas y temerarias empresas, que necesitaban del valor de un héroe, de la abnegación de un mártir.

Ahí, ocultos en las sombras como conspiradores, ya que no podían hacerlo en la plaza pública como ciudadanos libres, iban también los artesanos patriotas á comunicarse las buenas nuevas que del norte se recibían, á pedir órdenes y á prestar el contingente de sus valiosos servicios cuando ellos se les exigían. De su seno salieron las comisiones encargadas de cortar las líneas férreas y telegráficas al sur de Concepción, las que debía interceptar en el túnel de San Pedro la comunicación entre Santiago y Valparaíso, y como queda dicho, de él salieron también la mayor parte de los individuos que formaron la montonera de «Lo Cañas».

Abandonando el trabajo, su único patrimonio, des-

preciando los encantos del modesto pero tranquilo hogar, y con él padres, esposas é hijos, el obrero marchó decidido á «Lo Cañas», como fué dondequiera. La mano criminal de la Dictadura no podía dejar tampoco de cebarse en él, y arrancar para siempre de su seno á muchos de sus más honrados hijos.

Allí cayeron valerosamente:

Pablo Acuña,
Rosario Astorga,
Aquiles Arreos,
Arturo Barrios,
Luis Correa,
Juan Cruzat,
Zenón Donoso,
Desiderio Escobar,
Manuel Guajardo,
Demetrio González,
Miguel Hernández,
Juan M. Martínez,
Manuel Mesías,
Jovino Muñoz,
Marcelino Pinto,
Gregorio Pinto,
Manuel Roldán,
Juan Reyes,
Mateo Silva,
Nicomedes Salas,
Bonifacio Salas,
Pedro Torres, y
Nicanor Valdivia.

Y los que lograron conservar la existencia, aquellos á quienes el tribunal de Vidaurre hizo gracia de la vida ¡qué tormentos no sufrieron durante las largas horas de prisión y ayuno en que se les mantuvo en las casas de «Lo Cañas»!

Los primeros siquiera tuvieron el consuelo de morir mártires en aras de la libertad de la patria; estos otros, conducidos á Santiago y encerrados en el Presidio Urbano, fueron condenados á la más lenta y cruel de las agonías, hubieron de servir cual esclavos á los soldados de la guardia, teniendo por todo alimento, durante siete eternos días, un jarro de agua inmunda y un pan negro como la conciencia de los que hicieron, en compañía de Balmaceda, el papel de verdugos de la propia patria.

Mas, un día ¡día para siempre memorable! vieron abrirse de par en par las puertas de su ominosa prisión; los gritos de triunfo, del triunfo de la causa por la cual tanto habían sufrido, resonaban por doquier y hallaron eco dulcísimo en sus corazones; entonces lo olvidaron todo: sus sufrimientos, sus agonías, su amargo cautiverio, y después de acompañar con sus vítores de júbilo y de entusiasmo la proclamación de un gobierno constitucional, después de restablecida la causa del orden y de la libertad, tornaron á coger la herramienta del trabajo, y recomenzaron de nuevo la ruda labor interrumpida, la ingrata, la interminable tarea en la lucha por el pan de cada día.

¡Hombre sublime! Hasta él no llegan los arrullos de la adulación, que adormecen al favorito de la fortuna y que tan gratos suenan al oído de la vanidad; su nombre alcanza por milagro á salvarse del olvido;

su hogar pocas veces escapa á la garra de la miseria, y casi siempre, apenas una mala cruz que el viente-cillo más débil derriba, marca á la indiferencia de los demás el sitio donde descansa para una eternidad. Y él sonríe al infortunio, y cada golpe de la suerte le hace más esforzado, más enérgico y más audaz. ¡Qué le importa la ingratitud de sus hermanos!

Mas nó; no cubrirá el olvido el nombre de los generosos obreros que cayeron en «Lo Cañas»; aun entre el torbellino en que, desgraciadamente, se agitan nuestras clases proletarias, al ruido del cepillo y al resplandor de la fragua, en pleno campo y sumido entre tinieblas, en las serranías y en la mar, el hombre de trabajo, — y con él todos los buenos chilenos, — evocará el recuerdo del amigo que sucumbió bajo el puñal de aleve asesino, dedicará una lágrima á su memoria y jurará vengarlo si algún día osara un insensato renovar en esta querida patria escenas salvajes, cuyo relato avergüenza y horroriza, y cuyos odiosos verdugos llevarán en la frente una marca de eterna ignominia!

¡Y en ese juramento acompañarán al obrero todos sus conciudadanos!





INDICE

	PÁGS.
DOS PALABRAS.....	7

PRIMERA PARTE.—DOS LÍNEAS DE HISTORIA

I.—La hecatombe.....	9
II.—La prensa dictatorial.....	31
III.—La prensa constitucional.....	37
IV.—El castigo.....	53
V.—Rectificaciones dictatoriales.....	63
VI.—Acusación del Ministerio Público.....	83
VII.—Dos excursiones.....	99
VIII.—En el templo.—A la memoria de los mártires...	121

SEGUNDA PARTE.—BIOGRAFÍAS

I.—Isaías Carvacho.....	129
II.—Carlos Flores.....	155
III.—Ramón 2.º Irarrázabal.....	165
IV.—Wenceslao Aránguiz.....	171
V.—Arturo Vial Souper.....	179
VI.—Guillermo Varas.....	185
VII.—Luis Ignacio Fuenzalida.....	189
VIII.—Ismael Zamudio.....	197
IX.—Manuel Campino.....	203
X.—Alberto Salas.....	209
XI.—Luis Zorrilla.....	213
XII.—Vicente Borne.....	219
XIII.—Arsenio Gossens.....	237
XIV.—Santiago Bobadilla.....	243
XV.—Joaquín Cabrera.....	251
XVI.—Luis S. Valenzuela Labbé.....	259
XVII.—Los héroes del trabajo	265